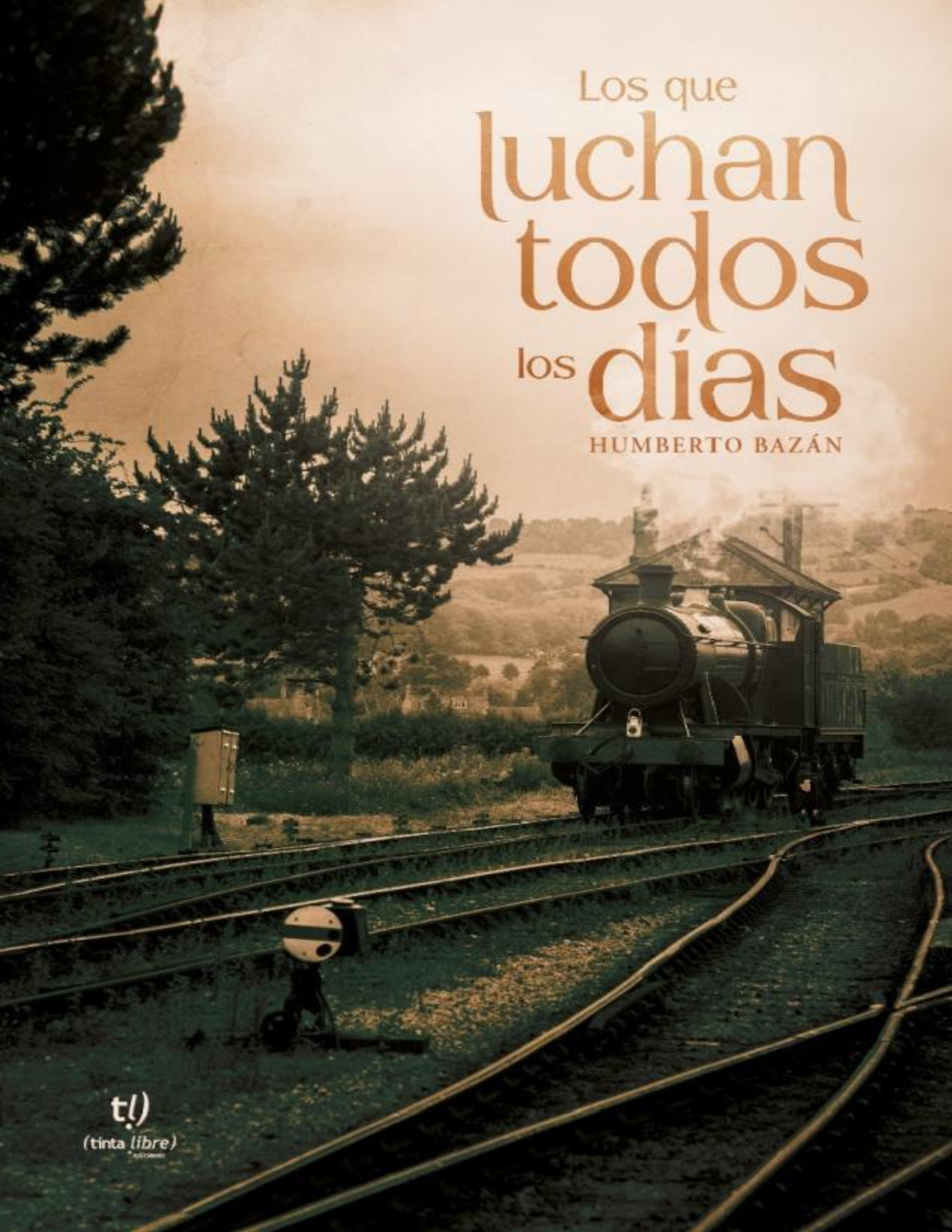
Los que luchan todos los días

HUMBERTO BAZÁN



t!)
(tinta libre)
ediciones

Los que
luchan
todos
los días
HUMBERTO BAZÁN
t!)
(tinta libre)
ediciones

En un pueblo cordobés agrícola-ganadero, se desarrolla una historia que refleja las luchas y los desafíos propios de la vida rural durante la década de los cincuenta. La trama gira en torno a un director de escuela con convicciones de izquierda, que llega a un entorno marcado por la tradición. Su encuentro con una joven desencadena un romance que se ve entrelazado por las complejidades sociales y políticas del pueblo.

En el lugar de antagonista se encuentra la figura del líder de los ricos terratenientes, quien emplea todos los recursos a su disposición para mantener su poder y privilegio. En medio de este trasfondo, a medida que la relación entre el director y la joven se afianza, un conflicto laboral se intensifica hasta adquirir tintes de insurrección, en medio de la Revolución Libertadora de 1955. El panorama se complica aún más cuando el director es falsamente acusado de un acto atroz, enfrentándose a la disyuntiva entre defender su honor y sacrificar su amor por la joven.

Los que luchan todos los días es una conmovedora historia que resalta las tensiones entre el deber, la moral y los deseos del corazón en un periodo de cambios tumultuosos y convulsiones sociales en Argentina.

t!)
(tinta libre)
ediciones

Producción editorial: Tinta Libre Ediciones
Córdoba, Argentina
Coordinación editorial: Gastón Barrionuevo
Diseño de tapa: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones.
Diseño de interior: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones.

Bazan, Humberto
Los que luchan todos los días / Humberto Bazan. - 1a ed - Córdoba : Tinta Libre, 2024.
200 p. ; 21 x 15 cm.
ISBN 978-987-824-955-1
1. Novelas. 2. Novelas Románticas. 3. Novelas Históricas. I. Título.
CDD A863

Prohibida su reproducción, almacenamiento, y distribución por cualquier medio,
total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor.
Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y
distribución por internet o por cualquier otra red.
La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad
de/l los autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

© 2024. Bazan, Humberto
© 2024. Tinta Libre Ediciones

t!)
(tinta libre)
ediciones

A Silvia Ataide y Horacio Poggio.

Los que luchan
todos los días

Año 1954

La pelota esperaba solitaria, expectante, en el punto fatídico donde se ejecutan los penales. A doce pasos del arco. La llaman la pena máxima en los grandes estadios y también en esta cancha pequeña de un humilde pueblo de Córdoba.

El partido estaba empatado en cero y la falta se había cometido a segundos de terminar el segundo tiempo.

Era un encuentro deportivo entre dos equipos de pibes cuyas edades no superaban los diez años. Los de uno y otro lado de la vía. Todos se parecían: tierra en sus ropas y transpiración en sus cuerpos.

—Lo pateo yo, soy el más hábil —decía uno.

—Yo soy el que le pega más fuerte —afirmaba otro.

—Yo le pego esquinado, no lo ataja nadie —opinaba un tercero.

—Lo pateo yo —determinó una voz y, sin esperar respuesta, se encaminó hacia la pelota.

La levantó en sus manos, la acomodó con el tiento hacia el arco, como le habían dicho alguna vez, retrocedió aproximadamente tres metros y dirigió su mirada al arquero. Lo vio más robusto que nunca; parecía que su cuerpo cubría todo el arco. Bajó la vista y comprobó que sus piernas estaban firmes. “Buen augurio”, pensó. Observó sus alpargatas: estaban rotas y los dedos asomaban gozosos de su libertad, pero él estaba seguro de que el hilo sisal sujetaría firmemente los pies a las zapatillas.

Tenía que hacer el gol, no había otra alternativa; sus compañeros y su orgullo así lo exigían. Lo que sí, se juró que nunca más patearía un penal.

De pronto, se encontró corriendo hacia el fútbol y, cuando su pie impactó en la pelota, no fue todo lo firme que él había pensado, pero la deformidad del balón y el desnivel del terreno le imprimieron a la bola un efecto tal que el arquero se tiró a un lado y el fútbol se metió lentamente en el otro palo. ¡GOLAZO! ¡Todo estalló! Fioravanti gritó largamente su gol, a la vez que sus compañeros corrían a abrazarlo y la tribuna coreaba su nombre. Era su momento de gloria.

De repente, todo se fue apagando: la tribuna, la transmisión radial, el furor del gol. Solo estaban los viejos árboles que rodeaban la canchita, sus compañeros y los rivales, que se retiraban cabizbajos, arrastrando la vergüenza de los perdedores.

Era hora de volver a su casa, que estaba a pocos metros de la canchita, y bañarse. Ya se sabe que no todo es alegría en este mundo. Vivía en una construcción destinada a empleados del ferrocarril con tirantes de madera que hacían las veces de vigas y columnas, rellenadas con ladrillos de canto. El techo era de chapa acanalada de zinc, tortuoso en días de invierno o verano, delicioso en días de lluvia. Para atemperar el frío o el calor, había un cielo raso interior de cartón prensado. Tenía un comedor que casi nunca se usaba (salvo cuando venían visitas), dos dormitorios y una pequeña cocina. En su interior, un fogón de hierro fundido alimentado a leña,

con salidas de fuego, cuya temperatura se regulaba con una tapa perforada con distintas concentricidades, y un horno diminuto. Una casa a dos aguas con terminaciones de latón en sus extremos y costados.

La salida de la cocina coincidía con el acceso a una habitación y al comienzo de un patio techado por el entramado de un parral cuyas uvas eran deliciosas. Continuaba en forma de T hacia un patio mayor, cubierto por una gran cantidad de árboles frutales: durazneros, ciruelos, cítricos; también, paraísos y hasta un eucalipto con el tronco de un metro de diámetro y ramas inalcanzables donde hacían nido las loras.

Algo alejado de la casa estaba el baño: un armazón de chapa angosto y con un escusado. Había una ducha que servía para bañarse en verano.

El frente de la casa estaba cubierto de plantas florales; la mayoría, rosales naturales o injertados. También había calas, margaritas y claveles. En épocas de floración, una explosión de colores exacerbaba los sentidos hasta llegar a sentir que uno podía saborearlos.

Algunos días —si se prestaba atención— podía escucharse un concierto musical orquestado por la intensidad del viento. A veces, acompañaba un coro espantoso y desafinado, originado por gorriones y algún chajá.

Rogelio, así se llamaba aquel morocho de diez años, era hijo de una linda italiana y de un catamarqueño venido de los cerros.

Tal vez por eso a él le agradaba volver al hogar, entrar a la casa y encontrar la presencia de su madre; entonces se tomaba un instante para admirar su belleza, nunca había visto a una mujer más hermosa. Le parecía perfecto el castaño oscuro del pelo y el verde de sus ojos, que siempre ofrecían una mirada llena de ternura y mostraban un camino allanado de obstáculos que llevaba al centro del alma.

Ingresó a bañarse. El agua del fuentón se iba oscureciendo y tomando un marrón oscuro a medida que entraban en acción el jabón, la piedra pómez y el afrecho, que actuaba como un exfoliante natural. Después de eso, la piel quedaba enrojecida pero libre de suciedad o casi, según la inspectora de aseo que, por cierto, era su madre.

Se vistió con ropa dominguera y salió rumbo a la estación, donde llegaría el tren proveniente de Córdoba; siempre había algún viajero que necesitaba información sobre alojamiento o ayuda con el equipaje.

***

La estación de trenes era una construcción típica inglesa: techo a dos aguas de zinc, con paredes de ladrillos vistos pintados de color marrón, grandes aberturas con el característico verde inglés. Contaba con una sala de espera y boletería y una oficina donde se desarrollaba toda la actividad relacionada con la estación. Grandes palancas accionaban cables de acero que manejaban las señales indicadoras del pase libre o la no autorización de entradas para trenes. Había telégrafos y un sistema de telefonía, ambos con hilos. El jefe de estación tenía su propia oficina. Más alejados, los baños; todos ellos, muy limpios y con olor a desinfectante Manchester o más conocido como creolina.

El andén era espacioso y brindaba comodidad de desplazamiento tanto a los pasajeros que arribaban como a los que partían. Era común en Argentina la presencia del tren, los pobladores estaban acostumbrados a sus recorridos y sabían que todas las líneas y ramales del ferrocarril convergían en el puerto de Buenos Aires.

Muchos pueblos fueron fundados a partir de la presencia del ferrocarril. Como el pueblo donde Rogelio vivía con su familia, a 120 km, en el NE, de la ciudad de Córdoba. La población de Toscana, además de dedicarse a la ganadería y a los campos de cultivos, trabajaba para el ferrocarril controlando el estado de las vías y los rieles, y prestando atención a la llegada y salida de los trenes. Los trabajadores contaban con un espacio amplio que llamaban “campamento”, donde el personal ferroviario tenía sus casas con las comodidades mínimas pero seguras.

El emplazamiento de las vías del ferrocarril daba entrada y salida a los trenes que provenían de Córdoba, de Santa Fe y de otras ciudades. Esto definía una vía principal, dos ramales secundarios, y otras tantas maniobras para cargar los granos acopiados por los productores en los galpones destinados para tal fin. Pero las vías también dividieron al pueblo. De las vías para allá, los pobladores con más poder adquisitivo y los edificios públicos importantes, como la municipalidad, el correo, el hotel, los bares y el club de más categoría. De este lado de las vías, vivían los obreros, la gente más humilde, los pobres y los indigentes. Claramente había una división de clases que no podía disimularse.

A la estación también concurrían personajes del pueblo que tenían algún tipo de extravío mental, como era el caso de don Zenón y de Irene Carrasco. El hombre tenía una edad indefinida, harapiento, con un sombrero de fieltro terminado en copa cónica y de ala plana que ocultaba a medias su rostro anguloso; los ojos cargaban las nubes de una incipiente ceguera. Para caminar se ayudaba con un bastón improvisado, una rama seca y nudosa de paraíso al que aferraba con firmeza su mano mugrienta y sarmentosa. Su vocabulario era escaso, algunas palabras ininteligibles o frases confusas referidas a la magia negra. Los niños se burlaban de él. “Don Zenón, lachicarará. Don Zenón, lachicarará”, repetían a su alrededor y él —molesto— levantaba el bastón de modo desafiante, sin consumar jamás la amenaza.

Irene, por su parte, era una mujer delgada de curvas delicadas y armoniosas; su rostro reflejaba dolor, pero podía percibirse que había sido muy hermosa. Sus labios, otrora firmes y carnosos, eran una fina línea curvada hacia abajo. Los ojos azules contrastaban con su mirada, oscura e impenetrable. Decían, en el pueblo, que se había enamorado de un joven que un día se había ido a la ciudad a buscar trabajo con la promesa de regresar, pero nunca había vuelto a saber de él. Tanto había llorado por su amor que primero se le habían secado los ojos; luego, el cuerpo y el alma, hasta que su mente había enloquecido. Todavía lo esperaba. Y seguramente lo haría hasta el fin de sus días.

Hacia ella se dirigió Rogelio cuando arribó a la estación, que estaba a solo cien metros de su casa y que había recorrido por el ancho y gravoso sendero peatonal.

—Buenas tardes, Sra. Irene —saludó.

—Hola, mi niño preferido, ¿cuántas veces tengo que decirte que soy señorita…?

Dicho esto, se inclinó para acariciarle la cara, le dio un beso en la mejilla y seguidamente lo

atrajo hacia su cuerpo para abrazarlo. Rogelio quedó envuelto en el perfume arrasador de aquella mujer y permaneció quieto, disfrutando el momento, pensando lo bueno que sería observarla caminar desnuda por la calle, como —según se decía— la habían visto otros. Su pensamiento fue interrumpido por el pitido del tren que se aproximaba. La locomotora embestía el aire con una gran nube de vapor y su frenada se acompañaba con un ruido agudo de metales que friccionaban la zapata, las ruedas y las vías. Todo a puro acero.

Rogelio seguía oprimido por los brazos de Irene, y el apretón era más fuerte a medida que los pasajeros bajaban del tren y el esperado arribo de su amado no se producía. Sintió cómo un llanto contenido convulsionaba en el cuerpo de la mujer y cómo la presión de sus brazos aflojaba hasta desaparecer. Se alejó de la estación sin despedirse. La figura de Irene se diluía, al final del andén, como el vapor de la locomotora.

En ese momento, Rogelio descubrió a un hombre visiblemente desconcertado, parado con sus valijas y bolsos en el piso. Se acercó a él y lo saludó con amabilidad.

—Buenas tardes, señor, ¿puedo ayudarlo?

—Hola, chango, busco dónde alojarme.

—Hay dos lugares: un hotel que está más o menos a cuatro cuadras de aquí, o la pensión de doña María, que es aquella que se ve allá —indicó señalando con la mano el lugar.

—Que sea la pensión —dijo el desconocido mientras comenzaba a levantar sus bártulos, y se encaminaron hacia la pensión, llevando cada uno valijas y bolsos.

—¿A qué grado vas?

—Pasé a cuarto grado —respondió Rogelio.

—¿Te gusta el colegio?

—Sí, es un edificio grande con muchas aulas y un patio inmenso para jugar en el recreo. Aunque nosotros vamos a la canchita que está fuera del colegio, al frente.

—Me refería a si te gusta estudiar.

—Más o menos, lo que sí me gusta es leer.

—¿Y qué leés?

—Los libros de mi padre.

—¿Te acordás de alguno?

—El *Martín Fierro*, *Las Malvinas son nuestras*, *Biografía Patria*, *Biografía Sacra*. Además, *El Tony Misterix*, *Selecciones*.

—Muy variado por lo que veo. ¿Alguien te dice qué leer?

—No, yo leo lo que quiero.

—A propósito, ¿puedo hacerte una pregunta? Si no querés no me respondas.

—Pregunte nomás.

—¿Tu papá es peronista?

—¡Claro!, y yo también.

—¿Y qué lee tu papá?

—Lo mismo que yo y, además, un periódico que llega por correo: *La Vanguardia*.

—¿*La Vanguardia*, dijiste?

—Sí, estoy seguro. Llegamos —dijo Rogelio deteniéndose frente a un edificio antiguo, cuyo frente era un bar.

—Gracias. Antes de despedirme, quiero decirte que vengo a hacerme cargo del colegio primario. Soy el nuevo director.

A Rogelio lo tomó absolutamente por sorpresa esta declaración. Sintió que se le aflojaban las piernas y la sangre le subía al rostro. Semejante autoridad y él ahí... Agachó la cabeza y atinó a decir:

—Lo siento, yo…

—Ja, ja, ja, no tenés por qué ponerte así. Soy solamente un hombre con un cargo público, nada más.

Por suerte, apareció doña María, la dueña de la pensión y, al ver a Rogelio, tiernamente exclamó:

—Hola, mi amor, ¿qué andás haciendo?

—Buenas, doña María, este señor es el nuevo director del colegio y necesita alojamiento.

Después de todo el protocolo de admisión, salieron afuera para despedirse.

—Gracias, Rogelio, me has sido de mucha utilidad y me he sentido muy cómodo con tu compañía. Seguramente nos veremos pronto.

—Buenas noches, Sr. —dijo Rogelio y se encaminó a su casa, a pocos metros de la pensión.

De pronto, se dio cuenta de que no había recibido ninguna propina por el servicio de guiar al viajero al hospedaje; pero no importaba, le había agradado el nuevo director de escuela. Sin embargo, lo había dejado con cierta incomodidad interior, con un desacostumbrado desasosiego, con un presentimiento raro: como si algo, bueno o malo, estuviera por suceder. “Seguramente son tonterías mías”, se dijo.

Y se olvidó de aquella sensación en cuanto entró a su casa y lo abrigó la ternura de su hermosa madre.

***

Marcos Miguel Jamil, el nuevo director, ya instalado en la pensión, se dispuso a descansar después del agotador viaje.

Sentía que aquel era un nuevo comienzo, un volver a empezar, y debía enfrentar las viejas frustraciones con renovadas esperanzas. Un lindo desafío. ¿Tendría la fuerza suficiente?, ¿la inteligencia y la templanza para llevar adelante la tarea encomendada? Claro que sí; él era un hombre que, pese a su juventud, tenía convicciones muy firmes.

Había nacido en Catamarca y era hijo de inmigrantes árabes. Siempre se había destacado como estudiante y se interesaba por los temas educativos, lo que generaba en él una permanente actitud docente, aun cuando mantenía charlas informales. Habitualmente, era muy activo en todos los cursos —posgrados y concursos docentes que se dictasen—, un buceador de la problemática

social y política, y sensible a las luchas de los desposeídos.

Quizás por eso, o por su inquietud filosófica o por su contacto con activistas, había sido inevitable su acercamiento a la teoría marxista. De ahí a una profunda crisis personal, había habido solo un paso. Veía todo trastado, todo subvertido, ponía en dudas la existencia de verdades eternas y sentía que su último baluarte había sido brutalmente destruido: su creencia en Dios. El método directo, sin atenuantes, del materialismo dialéctico. Todo era cuestionado. En algunos casos, de modo arrasador. Pero, como ocurría con otras tormentas, era consciente de que, también para esta tormenta ideológica, debía buscar refugio; dejarla pasar, o enfrentarla y avanzar. Sabía que, de salir, lo haría fortalecido y renovado. Herido, vacilante tal vez, pero victorioso.

En esa situación estaba cuando había conocido a Ángeles José: una morocha de curvas infartantes, grandes ojos oscuros, de mirada profunda y engañosa que le recordaba a las sirenas de Ulises.

Él pensaba que, con su labia poética y cautivadora, la conquistaría, solo que su estado emocional había quedado conmocionado y atrapado en la urdimbre de sus propias contradicciones.

Recordaba las charlas entre ellos. La palabra, por entonces, era patrimonio exclusivo de él. Ángeles lo hacía sentir un orador de cámara y lo escuchaba extasiada, inmóvil, boquiabierta. A veces, él percibía que, en algún momento —y de pronto—, ella se pondría de pie para aplaudirlo.

Aquella mujer —sin dudas— sobrealimentaba su ego, pero, a la vez, también le gustaba mostrarse en público y que se fijaran en ella. Lo acompañaba a todas sus actividades sociales y resultaba una agradable compañía, aunque era demandante y había que estar permanentemente atento a sus requerimientos.

Recordaba una situación que le causaba pudor de solo rememorarla...

Estaban en un mini festival folclórico que se realizaba en una gran explanada recuperada como parque. El escenario había sido montado en una loma. Por él pasaban artistas conocidos y otros de segunda línea. Un lugar para disfrutar de un buen vino y escuchar música tradicional. Se ubicaron en una de las mesas, donde la jarra con vino se vació rápidamente: señal inequívoca de que habían bebido lo suficiente para justificar la algarabía y las risas elevadas.

De pronto, Ángeles José se levantó con el pretexto de ir al baño. Como era habitual en ella, se alejó contorneando exageradamente su trasero ante las lascivas miradas de los hombres. Cuando desapareció de su vista, él tomó un cigarrillo y se dispuso a relajarse. ¡Cómo costaba mantenerla dentro de ese círculo de intimidad que suelen tener otras parejas! ¿O acaso él era un celoso? Calmó sus incertidumbres pensando en momentos gratos.

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que le costó volver a la realidad y reconocer esa voz que le resultaba familiar. Cuando miró hacia el escenario, la vio allí, en una pose que siempre cuestionaba: con las piernas separadas, ligeramente encorvada, recitaba un poema campero con gesto acusador y masculino. Sintió vergüenza y miró a todos lados como pidiendo disculpas. No le gustaba como recitaba, no le gustaba su lenguaje corporal, menos su

intencionalidad.

Cuando regresó a la mesa, se la veía exultante, radiante, altiva, muy segura de sí misma. Parecía decir a viva voz: "¡Aquí estoy yo!".

Le dio un eufórico abrazo y le susurró al oído:

—Vamos, quiero que me hagas tuya "ya".

Salieron apresurados en busca de un lugar adecuado. No había hoteles cerca, y su casa estaba lejos. Solo encontraron un descampado cuyos árboles formaban una especie de corralito. Él tiró el saco en el piso y allí hicieron el amor en un acto urgente, casi desesperado, con múltiples orgasmos, casi al borde del agotamiento. Ángeles, de pronto, se levantó, se acomodó la ropa, se alisó con las manos el peinado, le dio un largo beso, y se fue.

¿Por qué la urgencia? ¿Alguien la esperaba y se le hacía tarde? Todo era un interrogante sin respuesta. Así era ella.

Había sido una relación tempestuosa, Marcos pensaba que hasta había fracasado en su afán cristiano de encaminarla. ¿Cristiano? Pero ¿no era que ya no creía en Dios? Un desliz semántico lo sentenció en un mudo diálogo consigo mismo, y se dispuso a descansar en aquella rústica habitación de pensión que era su realidad.

A la mañana siguiente, lo esperaba un día muy agitado: debía conocer su nuevo lugar de trabajo, soportar las presentaciones de rigor y el escrutinio al que lo someterían sus dirigidas. Ya en la cama, cerró los ojos y se fue durmiendo con el pensamiento enfocado en unos ojos negros.

***

Se levantó antes de que sonara el despertador.

Se encaminó al baño, que era compartido, se aseó y comenzó a vestirse: traje oscuro, corbata al tono, a rayas, camisa blanca con gemelos, zapatos bien lustrados. Se miró al espejo y este le devolvió la imagen de una persona correcta, formal. Un metro setenta y cinco, tez tostada por la exposición al sol, contextura delgada y un fino bigote prolijamente cortado. Luego de aceptarse, se dirigió a la salida. Tenía que llegar a la parte posterior de la estación ferroviaria y atravesar —según le habían dicho— una cancha de fútbol.

A medida que se acercaba a la escuela, su ansiedad crecía. Imaginaba un gran edificio, una galería interna con forma de herradura, con ventanales a ambos lados y aulas bien iluminadas. Al ingreso, la sala de maestras, la sala de música y la dirección. Hacia el fondo, la cantina, los baños y un amplio patio con numerosos árboles; en el medio, el mástil con escalones de forma circular.

Pero su llegada no fue apoteótica ni mucho menos triunfal. Se vio impactado por la dejadez del edificio, la falta de pintura, la caída del revoque. Tampoco veía actividad docente, como era de esperar. El único que lo recibió fue el portero. Un hombre entrado en años, cercano a su jubilación, derrochón de sonrisa y bondad.

—Buen día, señor, ¿qué desea?

—Buen día, mi nombre es Marcos Miguel Jamil y soy el nuevo director del colegio.

—¡Caramba, señor! ¡Bienvenido! Yo me llamo Julián Quinteros y soy el portero —dijo el

hombre mientras estrechaba, con su mano callosa, la mano firme de Marcos Jamil.

—No veo al personal docente, Julián.

—Suelen venir más tarde, señor.

—Ni bien estén todos, ¿me avisa y les anuncia que hay reunión de personal dentro de una hora? ¡Ah!, Julián, ¿podría alcanzarme un café?

—No tengo café, pero le puedo hacer una taza de mate cocido con yerba de la buena.

—Acepto —dijo Marcos mientras se dirigía a la sala de dirección.

La sala era amplia y estaba bien iluminada. Había cuadros con fotos o pinturas de San Martín, de Sarmiento y de Rivadavia; como presidiendo la galería de exposición, Juan Domingo Perón en su caballo pinto. No sabía la razón, pero inmediatamente pensó en los pasquines policiales que se pegaban en las comisarías con el rostro de personajes buscados por la ley para que respondieran por sus acciones.

—Permiso…

La voz de Julián interrumpió sus pensamientos. Traía una bandeja con humeante mate cocido y un trozo de pan casero.

—No me acostumbre mal, o me volveré exigente —bromeó Marcos mientras bebía la infusión —. Tome asiento y cuénteme de usted —pidió Marcos a su dependiente.

—Soy casado, tengo dos hijas; una de ellas termina la primaria este año y tal vez vaya a estudiar a la ciudad. Tengo una familia común, feliz. Me gusta este trabajo, me gusta ver crecer a los chicos, en todo sentido, y me ilusiona que ellos sean los hacedores de un mundo mejor.

—Simple, sensible y profundo. Presiento que usted puede ayudarme mucho en lo que pretendo de este colegio.

—Con mucho gusto, señor, con una salvedad: no soy alcahuete de nadie —aseveró con firmeza Julián.

—Por supuesto, es un pacto —dijo Marcos mientras sostenía la mirada mansa pero firme del portero.

La simple frase de “Permiso, señor, voy a ver si llegó el personal” fue suficiente para quebrar el emotivo momento de ambos.

Quince minutos más tarde, todo el personal del colegio estaba reunido en la sala de maestros. Todas mujeres, tanto docentes como el personal de maestranza, exceptuando a Julián.

Marcos pensó que no sería nada fácil dirigirlas, mientras realizaba un paneo visual intentando interpretar, aunque fuese someramente, sus idiomas gestuales.

Percibió que el sentimiento general era curiosidad, salvo el de una maestra que parecía la mayor de todas y que permanecía apartada, pero un paso adelante del resto. Se balanceaba sobre sus pies, no podía disimular el fastidio y tenía un aire autoritario evidente.

Marcos sabía que debía enfrentar el momento con autoridad. Se mostró tranquilo y puso una de sus manos en el bolsillo del pantalón; eso daba un aire canchero y lo sabía. Descansó el cuerpo sobre una de las piernas y repasó mentalmente lo que tenía pensado decir, pero descubrió que, por el momento, eso estaba oculto en alguna parte de su memoria. Comenzaría identificándose,

después ya se vería.

—Buenos días, mi nombre es Marcos Miguel Jamil y soy el nuevo director.

—Perdón, señor —interrumpió una voz fuerte y clara. Rápidamente Marcos giró la cabeza buscando a la dueña de esa voz. Sabía que era la señora mayor, la del balanceo corporal y el gesto adusto—. Mi nombre es Aurora Castillo de Molina y soy la vicedirectora. No he recibido ninguna comunicación o notificación de su nombramiento ni de su arribo, por ende, desconozco su autoridad.

Un murmullo recorrió la sala. La confrontación por la disputa de poder parecía inminente.

Lejos de incomodarse, el cuestionado director miró directamente a la vice y le sostuvo la mirada hasta hacerla parpadear. Se tomó un breve tiempo para responder. Una sonrisa leve pero sarcástica le apareció en los labios.

—Tengo en mi portafolio el nombramiento correspondiente y la fecha de mi asunción. Deduzco que los papeles pertinentes deben, necesariamente, estar en este establecimiento y no fueron leídos por Ud., lo cual es, obviamente, una falta grave. ¿Quién o quiénes son los encargados de recibir la documentación oficial? —preguntó Marcos con tono imperativo.

Su sonrisa había sido sustituida por una ligera curvatura hacia abajo de sus labios. Esto, más su bigote, le daban un aire de ferocidad asiática.

—Yo, Sr. —intervino Quinteros—. Todas las comunicaciones del Consejo están asentadas en el libro diario y se encuentran en el anaquel que está a su derecha, Sr. director.

Señaló, con la mirada, un canasto de mimbre atestado de sobres tipo oficio impecablemente cerrados.

—Sra. vice —dijo Marcos realizando un ademán cortesano—. Allí estaba la documentación en cuestión y el cese de su suplencia como directora.

“Se acabó su efímero reinado”, pensó Miguel mientras buscaba con la vista a su derrotada oponente. Los ojos de la mujer despedían una mirada lacerante de odio que, por un instante, pareció envolverlo en un cono de arrollador desprecio. Pero su coraza anímica e intelectual estaba preparada para soportar eso y mucho más.

—Sra., prosigo con mi presentación después de tan lamentable interrupción. Debido a la flagrante negligencia, y a propósito de esta, aclaro que, en adelante, no voy a tolerar actitudes como estas. Mientras yo ejerza la dirección, pretendo ser democrático, porque todos tienen derecho a opinar, solo que la última palabra será la mía. Bienvenida la confrontación de ideas. Y debemos ser respetuosos de la reglamentación de la enseñanza, sin llegar al esquematismo. Siempre el objetivo principal es la educación, el niño que la recibe y su entorno social, paleando algunos déficits, como la alimentación a través de nuestra cantina. Según tengo entendido, la misma funciona los días de clase. ¿Y los días feriados? —Hizo una pausa para darle énfasis a la pregunta y luego continuó—: Tenemos, además, métodos de enseñanza, pero por el momento acataremos los actuales. Si se cuestiona deberán presentar una alternativa científica probable y posible.

A esta altura, Marcos comprobó que la atención de su pequeño auditorio era completa y, pese a que podía seguir exhibiendo ideas y conceptos, dio por concluida la exposición.

Después, se fueron presentando las maestras y el personal no docente. Le agradó el plantel, aunque ya habría oportunidad de evaluarlo más detenidamente. Entonces debía poner en marcha su memoria para recordar sus nombres, quizás ayudándose con las características corporales de cada uno.

La más robusta era la Sra. Yolanda, maestra de Música. La morocha y delgada, la Srta. Pocha, aunque la pobre en realidad se llamaba Encarnación. Cuando vio a la Srta. Juana, de ojos grandes y negros, recordó otros ojos que no le eran fáciles de olvidar.

Quedó pendiente la charla con la vice, debía pensar una estrategia por y para la confrontación. Marcos no se imaginaba que este era el inicio de una oposición encarnizada, no solo en la escuela, sino también en la comunidad pueblerina. Mientras tanto tenía mucho por hacer. Lo primero era conocer su nueva morada, que estaba en el predio de la escuela. Debía buscar a Julián por la llave de ingreso.

La casa estaba ubicada al fondo, después del patio de recreo y detrás de una huerta algo abandonada. La edificación parecía una suerte de prisma truncado, innecesariamente extendido hacia arriba. Planta baja, cocina-comedor, baño y *living*. “Acá será la biblioteca”, pensó Marcos al instante. Una escalera ancha, de madera, llevaba al primer piso: dos dormitorios grandes y baño.

Todos los ambientes, ventilados, con ventanas que, además, daban una buena iluminación. Tenían dos puertas de entrada, una por la cocina y otra por el *living*. Era lo más parecido a los claustros monacales; tal vez tendría que eliminar un poco de puertas y, en algún momento, derribar paredes. Abrió todas las ventanas; el olor a encierro era inaguantable. Y, como una reacción claustrofóbica, luego de quitarse el saco y la corbata, comenzó a sacar las puertas y dejar desnudos a los marcos y sus goznes. Más calmo empezó a acomodar los pocos muebles que había: una mesa, una silla y un mueble para guardar los utensilios de cocina.

Había dos camas en cada dormitorio y, en uno de ellos, una matrimonial. Le llamó la atención una cama de plaza y media que tenía la particularidad de estar inamovible, fija al piso. Tal vez fuera…

—Sr. director… —Las palabras de Julián, parado bajo el dintel de una de las puertas, interrumpieron sus pensamientos—. Tengo un mueble que puede servirle de biblioteca —dijo mientras bajaban la escalera.

—Qué buena noticia que me da, estaba pensando dónde pondría mis libros cuando llegaran.

—Me alegro de serle útil de algún modo. Debo confesarle que este mueble pertenece a esta casa, solo que lo sacamos para resolver una urgencia.

—Siéntese, Julián —ofreció Marcos mientras preparaba el mate dulce y con agua muy caliente; por suerte, al portero también le gustaba así.

“Buen augurio —se dijo—, buen augurio”.

—Si me permite, señor, quiero advertirle que ha elegido usted a una contrincante muy peligrosa —sentenció el portero—. En primer lugar, ella estaba segura de que el puesto de directora le sería dado inevitablemente y, en segundo lugar, es una mujer socialmente formada para lograr todos sus caprichos.

—Vea, Julián, yo vengo aquí con la firme convicción de educar a mis alumnos en el pensamiento crítico, fomentar el amor al conocimiento, que lo que aprendan les sirva para ser mujeres y hombres de provecho, como mínimo. Por supuesto que esto también es responsabilidad de los padres, y haremos que vengan a nosotros para que conozcan qué clase de educación se les brinda a sus hijos. Y todos juntos, ellos y nosotros, lograremos los mejores resultados. Pero, en esta cuestión, hay una premisa fundamental: el ejemplo. Mis docentes deben serlo, incluida la señora vicedirectora.

—Me gusta lo que propone, Sr., pero no le será fácil, lo presiento.

—Seguro que así ha de ser. Confío en mis fuerzas, pero también soy consciente de que solo no podré lograrlo. Necesito la colaboración docente, no docente y de la población en general.

—Estoy dispuesto a ayudar dentro de los términos que ya le aclaré —dijo mientras se levantaba para irse. Que tenga buen día, y le deseo lo mejor —finalizó.

—Gracias, saludo a su familia —respondió Marcos.

Una vez que estuvo solo, terminó de acomodar sus limitadas pertenencias. Debía hacer llegar sus libros y el resto de sus cosas, y su máquina de escribir.

***

Esperó a que se retirara todo el personal y se dispuso a recorrer el predio del colegio. Necesitaba conocer sus vericuetos.

Una vez que lo hizo, satisfecho con lo que encontró, se encaminó hacia la dirección, donde en adelante pasaría la mayor parte del día. Se sentó en un sillón que, si bien no era el asignado al director, le resultó el más cómodo de todos.

Comenzó a repasar los acontecimientos del día: su presentación, el altercado con la vice, la presentación del personal. Tendría que prestar mucha atención a cada maestra. Recordó, casi sin querer, a la señorita de grandes ojos oscuros, la señorita Juana, y sus pensamientos se ampliaron hacia el recuerdo de aquella mujer que le costaba sacar de su vida. Era consciente de que tenía que expulsarla de su corazón. No podía ni debía olvidar la traición. Inevitablemente, se acordó del día en que la había encontrado besándose con otro, en esa plaza mal iluminada, descuidada, con árboles de poco follaje.

Allí estaba Ángeles, envuelta en un ceñido abrazo, con el rostro arrebolado por la pasión y con la falda levantada. Dudó si irse o quedarse, si llorar de vergüenza o reírse de impotencia. Optó por quedarse, por buscar en su interior la contención necesaria para evitar una reacción salvaje. De pronto, inesperadamente, sintió la urgencia de desnudar su traición y la llamó:

—¡Ángeles!

Ella se soltó rápidamente del abrazo. Se enfrentó a la mirada acusadora de Marcos; sus ojos se agrandaron ante la sorpresa. Pero el asombro duró poco; inmediatamente todo su cuerpo se preparó para la mentira o para la justificación.

—No es lo que creés, dejame explicarte.

—No tenés nada que explicar —replicó Marcos mientras dejaba el lugar mortificado,

caminando hacia ninguna parte.

Quería alejarse rápidamente; como si, al tomar distancia, lo ocurrido fuera a desaparecer. ¿Cómo podía ser que le hubiese hecho esto? ¿Qué sentía? ¿Bronca, dolor? ¿Qué era peor?: ¿el engaño o la pérdida? Tal vez ambas, porque la traición y la pérdida generan dolor, y este carcome el alma y obnubila la mente; es como que no existiera otra cosa que la pena.

—Marcos —llamó Ángeles casi sin aliento—, dejame explicarte. Detenete, por favor. Mirame, no quiero hablarle a tu espalda.

Marcos, que seguía caminando, se detuvo y la enfrentó. ¡Dios, qué bonita estaba! El rostro enrojecido por el esfuerzo de la carrera, y esos ojos negros…

Qué fácil sería olvidar todo, internarse en la profundidad de esa mirada, recorrer ese cuerpo centímetro a centímetro, como la hormiguita de Neruda.

*"No me olvides, razón, no me abandones —suplicó Marcos en su mudo pensamiento—. ¡*Vade retro*, Satanás!"*.

—Basta, Ángeles, ya me has hecho demasiado daño. Seguramente tendrás tus razones. Es posible que yo no haya estado a tu altura o que no colmé tus expectativas. Todo es posible, pero no hay dudas en lo que vi; es una realidad incontrastable, inmodificable. Lo que vi se llama traición.

—Miguel, lo de recién fue circunstancial, un capricho pasajero. Es a ti a quien amo, tú eres lo más importante en mi vida. Además, siempre te dije que, si me porto mal, tú me tienes que pegar para que no me vuelva a equivocar.

—Jamás haría tal cosa. Primero, no se educa a los golpes y, segundo, yo solo quería amarte y que me acompañaras a vivir. No pudo ser, mala suerte. Chau, Ángeles, te deseo lo mejor.

Y se alejó dejando a la mujer que no quería ver nunca más, pero lo que no había podido dejar era su dolor.

Entonces, sentado en el sillón, recordó las veces que se había propuesto olvidarla. Había sido imprescindible tomar distancia, desarrollarse en la docencia, buscar un puesto en algún pueblo de Córdoba, alejado de todo. Había que racionalizar este sentimiento.

Sonrío al evocar su decisión. Debía apuntar al presente, a su objetivo, aunque llevara consigo un recuerdo incómodo, aunque ya dolía menos.

***

Los días se fueron sucediendo, acumulando en semanas y en meses. Marcos fue organizando poco a poco la escuela y a su personal. A quien no pudo convencer de sus objetivos fue a la vicedirectora, que no solo se opuso a estos, sino que elevó un informe al Consejo de Educación que fue desestimado y puesto en la cajonera de pendientes.

Era hora de que saliera de la escuela, de auscultar el pulso y humor pueblerino. El primer paso sería llamar a Rogelio a la dirección. ¡Buen susto se pegaría!

—Permiso, señor, buen día —dijo Rogelio con el guardapolvo mitad impecable y mitad sucio; seguramente venía de oficiar de arquero en el picado habitual de los recreos—. ¿Ud. me mandó a

llamar? —balbuceó temeroso, a sabiendas de que nadie era llamado a dirección sino para ser reprendido por alguna falta.

—Buen día, Rogelio. Quiero que, por favor, me compres cigarrillos y, además, preguntarte si podés servirme de guía para conocer el pueblo y a su gente.

Rogelio se sintió aliviado.

—Cuando usted quiera, señor, solo tiene que decirme cuándo.

Así comenzó la peregrinación hacia lo desconocido, con un motivo conocido: debería conseguir ayuda para su escuela. Lo que no sabía Miguel era que esa marcha individual sería un golpe profundo a su sensibilidad social.

***

Rogelio no entendía por qué le resultaba tan difícil remontar su barrilete. Nunca había sido bueno para esa tarea ni para construir el cometa, pero… entonces le parecía que la caña estaba seca. El papel era del periódico local, pegado con poco engrudo para no “empacharlo”; los tiros, iguales, salvo el central, que era más corto para lograr que tirara más; la cola, bien balanceada, pero, aun así, no subía. Le sacó un poco de cola y entonces sí se elevó triunfante.

Exhibía majestuoso su pobreza porque, al lado de los otros que surcaban el cielo, no cabía siquiera una comparación. No obstante, a Rogelio no le interesaba cotejar. Era su barrilete y volaba, la magia estaba lograda.

Los barriletes se remontaban en el playón del ferrocarril donde estaba la vía principal, la auxiliar y la de maniobras. El lugar, espacioso, se ubicaba en la parte lateral de los galpones donde se acopiaba el cereal. Estaba entre la calle principal del pueblo y la paralela, que nunca habían tenido nombres. El terreno tenía unos trescientos o cuatrocientos metros de ancho a lo largo de las vías; de un paso a nivel al otro, que marcaban la entrada y salida del pueblo.

Con el barrilete en sus hombros, Rogelio se fue arrimando a la calle principal, donde paseaban las chicas y algunos muchachos en las tardecitas de los domingos y que, por supuesto, era el lugar de encuentros, desencuentros y de más de un intento amoroso. Un buen observador podía seguir cada historia que allí sucedía: relaciones permanentes, o fugaces y pasajeras.

Por allí caminaban los chiquillos y chiquillas del pueblo y, por supuesto, también Susana. No era simpática ni linda ni agradable, pero tampoco fea: se diría indefinida. Era su novia a expreso pedido de ella a través de una amiga en común, con la aceptación inexplicable por parte de él.

Casi no había diálogo entre ellos, la comunicación se daba mediante la intervención de algún comedido que hacía de mensajero. Y, bueno, allí estaba ella, parada, como esperándolo.

—Hola —le dijo tímidamente Rogelio.

—Hola —le respondió Susana.

Se quedaron mirándose a los ojos, sin moverse, sonriéndose, buscándose de manera ingenua. Les gustaba que fuera así, y el tiempo juntos era subjetivamente inconmensurable.

Las que medían el momento, con impaciencia y desagrado, eran las amigas de Susana, que la llamaban a los gritos y rompían la magia. Rogelio se quedaba mirando a Susana hasta que

desaparecía entre los paseantes del domingo.

—Bueno, bueno, te quedaste embobado —le dijo una voz a sus espaldas.

Cuando se dio vuelta, enrojecido de vergüenza, se encontró con dos señoritas rubias hermosas. Eran la Rulo y Chani, dos hermanas muy jóvenes y de juicios distintos. La Rulo, de rostro relleno, de ojos verdes y pícaros, bien formadita, de pechos grandes y redondos, de cintura pequeña, de piernas firmes y bien torneadas. En cambio, Chani, era delgada, de ojos también claros y de mirada profunda; le sobraba dulzura.

—¿Cómo te puede gustar esa flaca? No tiene nada de donde agarrarse —sentenció groseramente la Rulo, refiriéndose a la novia de Rogelio—. Además, yo quiero que seas mi novio —bromeó acariciando su cara y llevándola hacia ella como si acurrucara a un bebé.

Y, de nuevo, Rogelio absorbió ese perfume particular que emana del cuerpo de una mujer. También sintió una sensación extraña en su bajo vientre. Sinceramente, le gustaba el contacto de su cara con esos pechos duros, turgentes y, aunque no lo supiera todavía, provocativos. Entrecerró los ojos entregándose sin reparo a ese gesto cariñoso, sin saber qué hacer con sus manos anhelantes. Tentado estuvo de soltar el palito del ovillo de hilo de su cometa.

—¡Fijate, Rulo! Le vas a hacer perder el barrilete al chico —dijo la Chani, que rompió ese momento de ensueño y de juego erótico—. Parece que te gusta mucho el barrilete, más que la misma Susanita —afirmó, socarrona y dulcemente, la hermana de la Rulo, a quien no le gustó nada que interrumpiera el abrazo.

Rogelio comenzó a recoger el hilo para bajar el barrilete; su confusión era evidente. Entonces Chani se le acercó, lo tomó de los hombros y le habló tiernamente, como ella sabía hacerlo.

—Viví tu barrilete y tus juegos, no permitas nunca que asalten tu niñez ni tu inocencia, sea quien sea.

Le plantó un beso en la mejilla, y se fueron presurosas por la concurrida calle principal, dejando al muchacho en estado de confusión.

Recogió la cola del barrilete, se lo tiró sobre la espalda y se dirigió a su casa. Nadie lo salvaría del baño. Pero hizo dos pasos y se encontró con el director del colegio.

—Estaba esperando que te desocuparas para poder hablarte —dijo Miguel con un tono que a Rogelio le sonó a burla.

—Estaba recogiendo mi barrilete, señor.

—Tienes un gusto variado de mujer por lo que alcancé a observar.

—¿Ud. qué opina de la belleza, señor?

“Caramba con el niño”, pensó Miguel mientras buscaba como contestar sin ser evasivo y darle una respuesta lo más veraz posible.

—La belleza cuesta mucho, te diría demasiado.

—No le entiendo, Sr.

—Te lo prometo, Rogelio, alguna vez vamos a hablar de eso. Me comprometo como hombre y como maestro. A propósito de compromiso, ¿recuerdas que íbamos a visitar y conocer gente del pueblo?, ¿podemos empezar ahora? —preguntó Miguel.

—Dejo el barrilete y vamos. Mi casa está allá, cruzando las vías y la canchita de fútbol.

***

Los atendió una señora joven, de unos treinta y ocho años. Morocha, con la cara manchada, ojos bondadosos, cuerpo delgado y vientre prominente. Parecía embarazada. Se la notaba agitada, abriendo la boca de manera continua, en busca de aire; claramente, debía tener asma. Estaba desaliñada y su ropa, salpicada con harina; seguro estaba elaborando algún pan o pasta.

La casa tenía el revoque caído, y podían verse los ladrillos carcomidos y una parte de adobe. Era probable que un techo de zinc tan remendado como aquel tuviera, además, goteras. El piso, de tierra, bien barrido y recién regado, daba un aire fresco al ambiente. En tres de las habitaciones de la casa, convivían camas, cómodas y sillas. En una cuarta, la cocina, algún aparador y más camas. Por último, había un cuarto con un ropero desvencijado, una cama turca de dos plazas y un gran espejo de cuyo extremo superior colgaba un rosario. Al costado de la cama, un cajón de manzanas invertido que servía de mesa de luz y de sostén de una imagen de la Virgen del Sagrado Corazón y de la foto de Evita. Ambas eran alumbradas por una vela que se iba consumiendo en un plato de aluminio.

Ni bien la señora abrió la puerta, Rogelio se le colgó al cuello en un abrazo muy cariñoso y efusivo que sorprendió a Miguel.

Rogelio realizó las presentaciones de rigor y, cuando tuvo que explicar el motivo de la visita, no pudo hacerlo. Ni él mismo sabía muy bien la razón.

Doña Icha, dueña de casa, los hizo pasar invitándolos a sentarse en unas sillas que rescató de un montón de ropa recién lavada.

—Sra. —dijo Miguel—, yo soy el nuevo director de la escuela primaria y, como no conozco a la comunidad, le pedí a nuestro amigo en común que me presentara a su gente para conocer las necesidades que tienen y la opinión que les merece el colegio.

—Señor, no creo ser la persona más adecuada para opinar. Tuve que dejar el colegio de muy chica para trabajar de sirvienta y ayudar a mis padres. Apenas si sé leer. Tal vez le ofenda nuestra pobreza. Ud. es una persona tan culta. Mírese, nada menos que director del colegio.

—Por favor, señora, yo soy el que tiene que disculparse por el atrevimiento de presentarme así. Me siento honrado de su atención.

—Dios le bendiga, entonces. Mando a mis hijos al colegio para que no sean ignorantes como yo. Créame, somos pobres pero honrados. Les pido que se esfuercen, tal vez la señorita Amapola tiene razón cuando les dice que son duros de “entendedera”. Si les pega con el puntero es porque no aprenden o no prestan atención. Por suerte, el colegio les da la comida, porque con lo que cuestan los útiles y el guardapolvo… El sueldo de mi marido es escaso, él es peón del ferrocarril. Tengo siete hijos, antes eran nueve.

Tuvo que interrumpir la charla porque le vino un nuevo ataque de asma y le costó reponerse.

Salieron al patio y Rogelio se esforzó por hacer notar la existencia del horno de barro, ubicado debajo de un inmenso algarrobo. A la sombra, había una mesa con pan recién amasado, cubierto con un mantel deshilachado para que leudara. Desde ese lugar podía verse el escusado sin techo

y con una lona de arpillera, como toda puerta.

El patio: un yuyal con árboles de paraíso y siempre verdes. Miguel creía estar preparado para enfrentar la realidad de la gente, pero su ánimo se fue ensombreciendo a medida que avanzaba la conversación. Fue un gran alivio cuando la visita llegó a su fin.

Una vez afuera, Miguel hizo una pregunta que le oprimía el pecho y la garganta.

—¿Por qué elegiste este lugar para que fuera el primero?

—No sé, creí que era el mejor de todos. Usted vio el esfuerzo que hace para llevar adelante su casa, criar a sus hijos y que se eduquen. Doña Icha perdió hace poco una hija. La Olguita era nuestra directora de teatro, e iba a presentar una obra ideada por ella y actuada por nosotros cuando enfermó de meningitis y murió; no pudimos debutar ni ella ni nosotros. Al poco tiempo perdió a Reinita, una pequeñita de tres años que murió ahogada. Acá no llueve nunca, señor, pero ese día llovió sin parar y esta calle parecía un río; allí cayó la pequeña. La recogieron sus hermanos, que chapoteaban en el agua, creyendo que era una muñeca. Mi mamá dice que esa mujer es una santa por todo lo que tuvo que pasar.

—Lo siento mucho, chango, no fue mi intención reprocharte.

Esta fue la primera visita, quizás las otras fueran más dolorosas o no.

***

La segunda visita se hizo a otra clase de gente. “A los que tienen”, recalcó Rogelio. Y vaya si se notaba. Varias hectáreas de campo para la siembra y la crianza de animales vacunos, porcinos y equinos; estos últimos, casi en estado salvaje que, de tanto en tanto, eran arriados del monte a los corrales para comprobar si estaban saludables y elegir a algunos para ser domados y utilizarlos en las tareas de campo o venderlos.

El dueño de todo aquello era Rodolfo Rossi, conocido como “el Pocho”, “el RRP”.

La casa tenía un frente de granito, postigones de chapa que cubrían grandes ventanales de vidrios biselados y divididos, techos altos, plano de cemento, con caída al patio posterior. La construcción era más bien antigua, con plantas ornamentales y una entrada hasta el fondo que daba a un galpón que servía de cochera y depósito de algunos utensilios del campo.

“El gran contraste”, recordaría luego Miguel.

El interior era lujoso: dos arañas inmensas, con varias luces llenas de caireles, colgaban del amplio techo. Todo el mobiliario era de roble lustrado, con centro de mesa bañado en oro. En las paredes lucían pinturas de diversos artistas, más o menos famosos, aunque de dudosa procedencia y autenticidad.

Los recibió su dueño: un hombre alto, fornido, con gesto prepotente. Su rostro delataba una gran exposición al sol y sus ojos, enrojecidos, su adicción al alcohol. Vestía al estilo gauchesco: con bombachas amplias, botas caña alta, pañuelo al cuello. El típico patrón de estancia. El humo del cigarrillo que tenía en la boca pareció nublar el aire por un momento.

—El joven director quería hablar conmigo —disparó Rodolfo Rossi con suficiencia.

—Sí, humildemente quería conocerlo y presentarme. Sé que Ud. es una persona influyente en

el pueblo. Mi nombre es Marcos Miguel Jamil y soy el nuevo director de la escuela primaria.

—Y yo soy el Sr. Rossi, esposo de Amapola Sastre Ahumada, maestra de su escuela. Ella me dijo que usted era un joven e inexperto director; que, si no se adaptaba rápidamente, iba a tener problemas —ironizó Rossi.

—Convivo con los problemas —respondió Miguel haciéndose eco del reto—, a mis alumnos les enseño a enfrentarlos y a resolverlos.

—Yo, en cambio, evito los problemas y elimino de raíz todo lo que pudiera causarlos.

Rogelio solo observaba. Era mudo espectador de esta confrontación, por el momento, velada.

No fueron necesarias más palabras. Las dichas llevaban una importante carga explosiva que movilizaba, pero ambos sabían, por el momento, que no estallaría.

—Sr. Rossi, gracias por su tiempo y tenga usted buen día —dijo Miguel levantándose de la silla, tapizada lujosamente en terciopelo negro.

—Señorito director, ¿ya se va? Casi no hemos hablado.

—Con usted no hay nada que hablar —respondió Miguel a punto de perder los estribos.

—Como usted diga, joven director.

Una vez fuera de la casa, Miguel aspiró profundamente; el aire de adentro se había vuelto irrespirable. Con un Rogelio confundido, pudo desahogar su bronca.

—Qué hombre insufrible y vanidoso —sentenció Miguel—. Es autoritario y relajante, ¿no te parece, chango?

—La verdad, no entiendo la pregunta. Lo que me pareció es que se estaba burlando.

—Ya me contestaste, Rogelio. Y, como sé que vas a buscar en el diccionario el significado de las palabras que se dijeron, agregá *egocéntrico*.

—Es muy difícil, tendría que escribirla y no tengo lápiz ni papel.

—Te propongo que vayamos a tu casa, escribas las palabras y me presentes a tu familia.

***

Los recibió la madre de Rogelio, una hermosa mujer de tez blanca, pelo castaño y ojos verdes. Nariz recta y delicada, al igual que sus labios; un cuerpo delgado de pechos redondos y proporcionados. A través de su vestimenta suelta, podía adivinarse una cadera firme y piernas bien formadas. Tenía ese tipo de belleza imponente, pero no agresiva. No llevaba maquillaje ni lo necesitaba. “Es una mujer muy bella”, pensó Miguel.

Se presentó como Ada Rosini. Lo hicieron pasar al comedor, una sala de modesto mobiliario (totalmente opuesto al visitado con anterioridad), pero con la humildad y calidez de un hogar. Supo de inmediato que esas cualidades eran mérito de sus moradores.

Recibió un fuerte apretón de manos de Emiliano Correa, el padre de Rogelio, y se sintió envuelto en una agradable corriente de empatía. Se trataba de un hombre sencillo, de tez morena, contextura delgada pero fibrosa, visiblemente acostumbrado al esfuerzo físico y al trabajo bajo el sol.

Su figura contrastaba con la de su esposa, pero, aunque no era un hombre apuesto, su mirada

era mansa, penetrante, bondadosa, firme. Alguien le había dicho alguna vez que parecía un guerrero de la paz y él había respondido: “Un hombre, soy un hombre nada más”.

Rápidamente se estableció entre ambos una corriente de simpatía que derivó en una charla de dos viejos amigos. Eran Miguel y Emiliano, sin barreras que los separara.

—La educación es la base de la evolución —dijo Miguel—. A un pueblo culto no se lo puede arrear así nomás.

—El pueblo ruso era analfabeto y, sin embargo, hizo la revolución —retrucó Emiliano.

—Es cierto, pero sus dirigentes eran personas muy bien formadas intelectualmente y, sobre todo, supieron interpretar acertadamente las necesidades del pueblo. Y usaron el método correcto para satisfacerlo. Ellos leyeron muy bien la realidad. Pero… no quiero desviarme del tema. Me interesa discutir contigo cuestiones muy importantes para nuestra escuela y, por ende, para todo el pueblo. —Y continuó—: Hablaba de la evolución dependiente de la educación, es decir, lo que se ve después, mañana. Por supuesto que primero hay que llegar con la educación y llegar bien. Y luego hay que aplicar correctamente lo aprendido. Aunque resulte una verdad de Perogrullo, es bueno tenerlo presente. Estas premisas están ligadas y relacionadas dialécticamente entre sí. Y depende del colegio donde aprende los conocimientos y, por supuesto, de la familia que le enseña a vivir. Necesitamos, además, reafirmar lo aprendido en la escuela, y el hogar es el indicado para ello. Hay que ver, además, de proveerle los elementos y las herramientas necesarias. En suma, hace falta una cooperadora que ayude al colegio.

La conversación entre ellos se fue poniendo más animada y extendiendo en el tiempo. Tomaron mate y, luego, unas copitas de grapa cuando se enteraron de que ambos eran de Catamarca.

***

Las visitas a los diferentes pobladores de Toscana se fueron sucediendo sin interrupciones, alternando casi de manera sistemática con los dos sectores. Porque, aunque prácticamente nadie lo reconocía de manera abierta, la politización estaba presente en algunos rebeldes, desertores o conciliadores de clase.

Una de esas personas también fue entrevistada por Miguel. Se llamaba Juan Marini, un respetable señor de más de sesenta años, casado con una dama de modales delicados, fina, agradable y siempre dispuesta a dar una mano a quien lo necesitara. Marta Sánchez Renán, doble apellido, de la alta alcurnia cordobesa, lo que a ella le causaba gracia. Quería que simplemente la llamasen Marta y que ni siquiera antepusieran el Sra. Una pareja muy respetada que no participaba en política partidaria ni adhería institucionalmente a los derechos humanos.

—Todo ser humano debe tener acceso a la cultura sin importar la condición social, económica o credo —dijo Juan Marini en un momento de la charla—. Por ende, la educación debe ser gratuita en todos los niveles.

—Estoy de acuerdo, Sr. Marini, pero es fundamental crear la necesidad de educarse. Es difícil cuando se tiene otras prioridades, como, por ejemplo, la alimentación. Hoy tuve problemas con un padre que sacó a su hijo de la escuela porque lo necesitaba para las tareas del campo —enfatizó Miguel.

Desarrollaron sus ideas y conceptos con algunas coincidencias y también divergencias, pero todo en un ambiente de cordialidad. Cuando se despidieron prometieron seguir reuniéndose.

***

En la calle, la oscuridad se tragaba el último vestigio de claridad. Miguel levantó la vista hacia el cielo. La noche iniciaba su reinado temporal, y la luz de la luna llena deformaba el perfil de árboles y objetos. Caminó lentamente, dejándose llevar por la fantasía lumínica del momento, hasta llegar a la plaza central del pueblo.

Una hectárea con variada forestación donde prevalecían las coníferas. La plaza parecía un gran tablero de tatetí. Desde cada vértice nacía un sendero que conducía hacia el centro. A través de unos pocos escalones, se accedía a una base de piedra blanca que contenía el mástil para la bandera. A lo largo y ancho del predio, algunos bancos de cemento y otros de fundición combinados con listones de madera.

Miguel se sentó a disfrutar del aire fresco de principios de mayo y a pensar. Al rato, miró a su costado. “Mucho espacio”, pensó. La soledad le ardía en el pecho, pero ya llegaría el tiempo de llenar vacíos. “Por ahora —se consoló— debo mantener en alto mis ideales y llevar a cabo mis proyectos”. Ya había detectado, entre los habitantes del pueblo, a posibles aliados.

Estaba relajado, con el camino allanado hacia la concentración total. La caminata, el aire, la luna habían contribuido a que lo lograra. De pronto, un ruido rompió la quietud. Se levantó rápidamente y se dirigió al lugar de donde provenía el sonido. Lo que vio lo dejó anonadado: un trasero redondo y blanco como una luna, simétricamente partido en dos nalgas, que le abarcó toda la visión. Fue como estar frente a un escenario cuando cae el telón. De encaje al principio, de algodón después.

—Degenerado, hijo de puta —descargó la dueña de las nalgas.

—Señorita, yo… —intentó justificarse Miguel.

—Mirón, espión, andá a espiarla a la yegua de tu madre —siguió insultando la “víctima” mientras se retiraba arrebolada, junto con otra señorita que la estaba esperando.

Miguel había quedado tan atontado como sorprendido y, además, con sentimiento de culpa. Buscó ordenar sus pensamientos, se sentó nuevamente, aspiró aire para poder normalizar su respiración y aquietar el ligero temblor de sus manos.

Al cabo de un rato, logró tranquilizarse y, al repasar lo vivido, llegó a la cuenta de que no había cometido ningún acto inmoral. Sin embargo, no podía ocultar el impacto que le había causado ver aquel hermoso trasero. Tendría que averiguar quién era la señorita y pedirle las correspondientes disculpas.

***

La señorita en cuestión, después de semejante trance, caminaba enfurecida por las calles del pueblo, rumbo a su casa, pensando en lo pecaminoso e inadmisible de aquel encuentro.

—Virgencita, qué vergüenza.

—Basta, Silvia, no es para tanto —trató de consolarla la amiga, testigo del erótico acontecimiento.

Silvia era una hermosa criatura. Dieciocho años, tez blanca, rostro alargado, ojos claros, de mirada engañosamente mansa, labios gruesos; pelo largo, sedoso, lacio y negro. Delgada, de cintura pequeña y caderas estrechas; piernas fuertes, torneadas y firmes. De ninguna manera pasaba inadvertida. Y ella lo sabía.

—¡Cómo podés decirme que no es para tanto! Me espió desnuda, me ensució con su mirada.

—No puedo decir si su mirada era limpia o sucia, lo que sé es que fuiste vos la que invadió su tranquilidad —argumentó María—. Cuando me dijiste que ibas a orinar, lo tomé con la naturalidad de siempre. Es tu costumbre bajarte los calzones en cualquier lugar del pueblo, por eso no miré hacia dónde ibas. Cuando te ubiqué ya te habías bajado el pantalón y la bombacha, y recién ahí me di cuenta del señor sentado en el asiento de atrás. Quise avisarte, pero no quería alertar al hombre y que se diera vuelta. Seguramente escuchó tu agüita de manantial. Creo que ese hombre es el nuevo director del colegio primario. Supongo que el pobre habrá quedado bizco.

—Lo mismo, no debió mirarme ¿Qué se cree que soy?

El origen de Silvia era muy humilde. Había perdido a su madre con apenas seis años. Era hija única y su padre, un hachero que, siendo joven, había sido desmontador y entonces era peón ferroviario.

Su educación, por lo tanto, era limitada: primario completo y con buenas notas. En el pueblo no existía el colegio secundario; ir a otro pueblo o ciudad costaba mucho, y su padre no tenía modo de solventarlo. Además, ella era la que ayudaba en las tareas de la casa. Sin embargo, nunca había podido resignarse a la mediocridad.

Había optado por la autodidáctica primitiva, casi intuitiva al principio; luego, más organizada. Había sido Marta Sánchez Román quien había descubierto en Silvia a una jovencita ávida de conocimientos, amante de la lectura y la moda. La había estimulado para que aprendiera corte y confección y, luego, el sistema Mendía para la creación de vestidos. También había puesto a su alcance libros de textos y los grandes clásicos. La joven se había ido cultivando, pero socialmente era considerada una incipiente y oscura costurera.

Vivía en la periferia del pueblo, en una casa que su padre había logrado levantar de a poco, sin planos ni proyecto previo. Aún estaba sin terminar, mas era una casa digna, con paredes de ladrillo bien revocadas y pintadas, con piso de cemento estucado. El mobiliario, escaso pero cómodo. Todo estaba siempre impecable porque Silvia era fanática de la limpieza y el orden. Su habitación era un “chiche”; al lado de la cama, tenía la máquina de coser y, sobre un mueble, sus libros bien acomodados. Un cuadro de su madre, la imagen de la Virgen María, un rosario y la fotografía de sus quince años. Vivía feliz junto con un padre que adoraba y que era su única familia.

Cuando aquella noche llegó a su casa, preparó la cena y la sirvió sin hablar, con la mirada baja, todavía presa de lo que había vivido en la plaza. No podía ver a su padre a los ojos. Buscó una excusa para levantarse de la mesa y se encaminó a su habitación a llorar desconsoladamente.

Estuvo largo rato sollozando, hasta que el sueño la venció. Pese a todo, su descanso fue tranquilo y reparador. Soñó que su madre había bajado a consolarla y a sumarle palabras dulces a su alma.

Cuando despertó estaba igual de radiante y contenta que siempre. Para ella no había sido un sueño; su madre había estado a su lado, acariciándola.

***

Tenía un vestido de novia por terminar, un modelo que ella misma había diseñado. Quería hacer las cosas bien para poder trabajar con la señora Marta la temporada siguiente. Estaba previsto un festival semiprofesional de moda para presentar nuevos modelos, y su amiga María le insistía todo el tiempo en que ella desfilara.

—¿Cómo voy a desfilar si soy parte de la creación de los vestidos? —rezongaba Silvia—. Para eso están las modelos, ellas saben cómo lucirlos y para eso se han preparado.

—Pavadas —contestaba María—. Tenés el cuerpo y la elegancia necesaria. Además, siempre has sostenido que cada costura, cada pespunte, cada partecita de un vestido debe ser resaltado con el movimiento de la modelo.

—Y sí…, es fundamental —afirmó Silvia.

—Entonces, con más razón, ¿quién mejor que vos? Además —agregó María—, puede que vaya el director del colegio y que te conozca vestida.

—María, no me gustan esas bromas. Sabés muy bien que ese acontecimiento me hizo mucho daño.

—No seas mojigata; todo fue casual, sin intención. Vos no querías mostrar, y él no quería mirar.

—Estoy muy avergonzada, dolida, me siento casi violada.

—Ay, no seas exagerada.

—No soy mojigata. Es más, hago vestidos audaces, insinuantes, y no tengo ningún problema con la desnudez tampoco. Amo a mi cuerpo y lo respeto; por eso, que te quede claro, no está al alcance ni a la vista de nadie.

—Pero… ¿y el goce?, ¿y la felicidad?

—No seas libertina, María, no entiendo cómo podés hablar de felicidad. El goce dura un instante, después es todo vacío.

—No sabés lo que te perdés. Creo que tenés que conocer a alguien, sentir su abrazo, ver cómo responde tu cuerpo ante él.

—Todas soñamos con tener al hombre que nos llene de felicidad y que nos haga sentir cosas, pero que sea duradero… ya es otra cosa.

Silvia tenía muchos amigos varones, algunos buscaban más que amistad. En los bailes del pueblo, la sacaban a bailar solo para poder arrimarle el cuerpo, pero ella se mantenía firme y reacia en su negativa. “Solo amigos”, respondía.

***

Algo andaba mal. La reiteración, casi constante en su memoria, del acontecimiento reciente en la plaza del pueblo se repetía en su mente como una película y, en cada repetición, se perfeccionaban más los detalles de la anatomía de la mujer.

Lo más llamativo era que no recordaba el rostro, tal vez por la intensidad de la noche o por la cortina de su pelo que, como un relámpago, solo dejaba entrever unos ojos enardecidos y acusadores.

Tenía que saber quién era y aclararle la situación. Ella debía entender que lo sucedido había sido un hecho involuntario. Pero, en el fondo, sabía que había otra razón: en realidad, había quedado impactado por aquel culo divino y ese hermoso pelo lacio y oscuro.

Tal vez Rogelio pudiera ayudarlo después. Entonces tenía que resolver algunos problemas de su escuela. Uno de ellos era la reunión que había pedido la señorita Juana, la de los ojos grandes, por una diferencia que había tenido con la señora Amapola Sastre Ahumada de Rossi. “Pavada de nombre”, pensó.

Lo primero era despojarse de prejuicios absolutamente; luego, dar comienzo a la reunión.

—Señoras, sé que existe una diferencia entre ustedes. Si están de acuerdo, empezamos con la reunión.

—Un momento, señor director —interrumpió Amapola—. Solicito que esté presente la Sra. vicedirectora.

—No tengo objeción alguna, pero ¿por qué debería estar presente la señora Aurora?

—Es por la experiencia que ella tiene y la rectitud que posee.

—Debo advertirle, Amapola, que yo poseo esos atributos y que, además, soy el director de este colegio. No obstante, vaya y busque a la Sra. vice.

Cuando Amapola salió, Miguel posó sus ojos en la Srta. Juana y la notó firme, tranquila e inalterable. Por las dudas, él se había preparado para una reunión tormentosa. Tendría que ser cauteloso, la presencia de la vice lo incomodaba.

Juana se consideraba una mujer de convicciones firmes. Era delgada, de labios gruesos y nariz recta. Recogía su pelo en una sola trenza que dejaba caer hacia adelante, por encima del hombro. Su rostro, redondeado, ofrecía cierta dicotomía con su cuerpo fibroso y de pechos firmes.

A pedido de Miguel, fue ella quien empezó a hablar.

—Desde el año pasado, hay rumores de que la Srta. Ahumada golpea a sus alumnos en las manos con el puntero y, también, les efectúa otros castigos corporales. Al principio me pareció una calumnia grosera en contra de una maestra de trayectoria. Y nadie tenía pruebas. Hasta que hace un mes, aproximadamente, encontré al alumno Sergio García llorando en un recreo. Como antes había sido alumno mío y lo conocía, le pregunté por qué lloraba, y me contestó: “Por nada”. Pero nadie llora por nada, ¿verdad, director? Al insistirle, me contestó que su señorita le había pegado con el puntero y estiró la mano para mostrarme. Inmediatamente le comenté a la Srta. vicedirectora. Ella me escuchó con suma atención y me dijo que lo dejara en sus manos, que iba a investigar y solucionar todo. Una semana después, la Sra. Castillo me comunicó que no

era cierto lo del golpe, que había podido comprobar que el alumno se había lastimado jugando a la pelota. Como, por supuesto, jamás se me hubiese ocurrido dudar de la Srta. vicedirectora, di por finalizado el supuesto altercado. —Miguel creyó notar un cierto dejo de ironía en la voz de Juana—. Solo que —continuó— ayer vi, con mis propios ojos, como la Srta. Sastre Ahumada castigaba con el puntero a un niño dentro del aula y…

—En mi colegio ¡no! —se expresó casi gritando Miguel, casi volteando su asiento rápidamente. Al mismo tiempo, la vicedirectora y la maestra cuestionada también se levantaron para quejarse. Pero Miguel no las dejó hablar y les ordenó—: ¡Siéntense! —El aire se cortaba solo—. Exijo una inmediata explicación a semejante hecho. —Lo dijo con vehemencia, mientras evaluaba las reacciones, y descubrió que nadie estaba sorprendido por lo escuchado, y entonces dedujo que era una práctica más frecuente de lo que pensaba—. Srta. Amapola, ¿qué tiene usted para decir? —preguntó Miguel conteniendo su furor a duras penas.

—Sr. director, parece que usted no conoce que algunos alumnos son muy duros de entender. Y un golpecito en las manos los despierta, les abre las puertas del razonamiento. Además, no es una flagelación.

—Sra. vice, ¿estaba enterada de estas prácticas? —preguntó Miguel.

—Digamos que no oficialmente. Los métodos de cada maestra suelen ser privativos de las mismas. Jamás pondría en duda la capacidad docente de la Sra. Ahumada de Rossi. Para su conocimiento, Sr. director, por ellas pasaron prácticamente todos los integrantes de las Fuerzas Vivas de esta localidad, incluyendo al intendente y al juez de paz.

—No se educa con violencia; en todo caso, es una limitación nuestra si el alumno no aprende. Voy a ordenar una investigación administrativa, y podrán hacer el descargo correspondiente de la Srta. Amapola y de usted por ser la superior inmediata y tener conocimiento de su práctica… didáctica.

Dicho esto, se levantó y se dirigió al patio, necesitaba aire puro y sacar su enojo; lo que había escuchado lo había alterado en grado sumo. Cuando logró calmarse, descubrió a Rogelio en una de las galerías.

—Hola, Rogelio. ¿Qué hacés fuera del aula?

—Buen día, Sr., estoy castigado por conversar en clase.

—No habla bien de ti esa actitud. Tendrás que reflexionar sobre esta impertinencia y la falta de respeto a tu maestra.

Rogelio estaba rojo de vergüenza; no le parecía tanto la falta como para que el director lo retara. Le tenía un respeto casi venerable al director, y que lo hubiese encontrado en penitencia le molestaba mucho. Lo único que atinó a hacer fue a agachar la cabeza.

Consciente de la incomodidad, y como para sacar a Rogelio del mal momento, Miguel le pidió que lo ayudara a buscar a una joven a la que debía pedirle disculpas.

—Sí, Sr., solo tiene que decirme cuándo la buscamos y quién es —respondió Rogelio aliviado.

—Mañana es sábado, podríamos reunirnos por la mañana. Te la describiré y tú seguramente la podrás identificar. Ahora vuelve al aula y permite que te enseñen; ¡es muy importante!

Acompañó a Rogelio al aula. Dio un golpecito y abrió la puerta.

—Srta., el alumno Rogelio promete firmemente no volver a hablar mientras usted expone —dijo disimulando una sonrisa.

—Que entre entonces —respondió la señorita, también con una sonrisa cómplice.

***

El sábado, para Rogelio, era un día como cualquier otro, salvo por el hecho de no tener clase. Pero ese día tenía que acompañar al director, y eso lo entusiasmaba. Cuando se lo dijo a su madre, ella quedó sorprendida, a tal punto que quiso saber el motivo del encuentro, el para qué.

—Solo sé que tengo que ayudarlo a encontrar a una mujer de la que no sabe ni el nombre.

—Raro, ¿no?

—Sí, raro, después te cuento.

Y salió enloquecido como un viento sur.

***

Llegaron casi al mismo tiempo, como les corresponde a dos personas puntales.

—Buen día, Sr. ¡Usted dirá!

—Hola, chango —saludó Miguel—. El motivo por el cual te molesto es para encontrar a una señorita de pelo negro y largo, delgada. —"Y de un hermoso culo", pensó, pero no lo dijo—. La altura, más o menos, metro sesenta y cinco —comentó señalando sus hombros con las palmas de la mano—. Me parece que es joven, de dieciocho o veinte años.

—Señor, no son muchos los datos, podría ser cualquiera. ¿No tiene más, señor?

—Es lo que vi en una situación muy particular y, para colmo, de noche. Lo que puedo agregar, casi como un presentimiento, es que es muy bonita.

—Sigue siendo muy poco para encontrarla…

—Una vez te prometí hablarte acerca de la belleza en una mujer. Bueno, este es el momento y espero que sirva de algo. Estamos rodeados de belleza, la naturaleza es la principal proveedora; cualquier ser viviente es una muestra de ella, ya sea vegetal, animal o humano. El hombre también es creador de belleza, en su elaboración manual o intelectual, también en sus ideales o sentimientos. Pero la belleza en la mujer es incomparable, pese a que es subjetivo o justamente por eso. No es más que la suma de componentes bellos, es decir, la nariz, la boca más hermosa, el cuerpo más perfecto; vale decir, lo resultado del conjunto.

—Estoy más perdido que antes —alcanzó a decir Rogelio.

—También tienen que ver los gestos, la manera de hablar y de caminar, o como se sienta o se para —prosiguió Miguel.

—Mi mamá es bella, la Virgen María es bella.

—Sí, coincido con vos en que tu mamá es bella. No te olvides de que la ves más hermosa porque la amás, o porque venerás a la Virgen.

—Entonces, ¿tiene que ver con lo que uno siente?

—Sí, aunque también cada sociedad tiene un modelo de belleza y va cambiando a través del tiempo.

—¿Entonces? —preguntó Rogelio desconcertado.

—Creo que nos fuimos por las ramas —concluyó Miguel—. Lo mejor es dejarlo acá. Solo te pido que recuerdes que es una chica muy bonita, de más o menos veinte años, y… me disculpo por hacerte perder tiempo. Puedes irte nomás.

***

Al llegar a su casa, la madre de Rogelio preguntó:

—¿Y? ¿Qué pasó? ¿Ya encontraron a la mujer?

—No, ni salimos a buscarla. Se puso a hablar de la belleza, mucho no entendí. Y por qué la buscaba..., creo que para disculparse.

—Bueno, ya la encontrará —le dijo la mamá—. Si ya estás libre, acompañame a ver a Silvia.

—¿Quién es Silvia?

—Una chica que hace costuras, tiene buen gusto y sabe mucho de moda pese a ser jovencita. Tengo que hacerme un vestido, y ella me puede ayudar. Tú la conoces, ha venido a casa varias veces.

—No sé, no recuerdo. Pero, bueno, vamos —dijo Rogelio resignado.

Ya en el lugar, golpearon las manos para ser atendidos. De la casa salió una joven que prontamente fue a saludarlos. Besó a su madre y lo mismo hizo con él.

—Sra., su hijo crece rápidamente y seguro ya estará rompiendo corazones.

Claro que conocía a esta mujer. Pelo largo, negro, delgada, más o menos veinte años, y bonita.

Se sentó en un banco que le ofrecieron y se dispuso a seguir todos los movimientos de la joven. Se desplazaba de manera suave y elegante. Siempre que caminaba contoneaba sus caderas, pero con naturalidad, coordinada.

De pronto, la muchacha dejó lo que estaba haciendo y se encaminó hacia Rogelio, le puso una mano en el hombro y, mirándolo a los ojos, le dijo:

—¿Sabés que desde que viniste no me has quitado los ojos de encima?, y eso me llama la atención. ¿Hay algo que me quieras decir? —Rojo de vergüenza, Rogelio tuvo que admitir que sí —. Bueno, entonces, decímelo —insistió Silvia sin quitarle los ojos de encima.

Rogelio se sintió acorralado, confundido, avergonzado de haber sido descubierto. Miró a su madre como buscando apoyo y, para sus adentros, dijo: “¡Tragame, tierra!”.

Y, en un arrebato de valor, balbuceó:

—Hoy me hablaron acerca de la belleza en la mujer… y… ¡usted es tan bonita!

Rogelio notó que la mirada de la mujer se enternecía y creyó ver sus ojos húmedos; de pronto, no supo qué hacer con sus manos.

—Eres muy tierno, chiquilín. —Y le dio un beso en la frente—. Sra., se ve que Ud. educa a su

hijo para conquistar los corazones femeninos.

—De ninguna manera —respondió la madre de Rogelio—, no hablamos de esas cosas; en lo que sí insisto siempre es en que tiene que ser respetuoso.

—Si no habla con Ud., ¿quién le habló sobre la belleza?

—El director del colegio —respondió Rogelio.

—¡Ese guarango y degenerado! —explotó Silvia fuera de sí.

—Calmate, hija, estás muy alterada y estás temblando. Contame qué te hizo ese hombre.

—Veníamos del club con María, que había ido a buscar a su papá, y al cruzar por la plaza sentí la necesidad de hacer pis. Como era de noche y no había nadie, busqué un lugar más o menos oculto. Me bajé el pantalón y la bombacha, y me puse hacer pis. Cuando terminé y me levanté para subirme la ropa, descubrí que este mirón degenerado me estaba observando.

Rogelio escuchaba el relato entre sorprendido y sonriente, tapándose la boca con las manos.

—Puede ser que ese hombre estuviera allí desde antes y que se haya sorprendido, tanto como tú, de la situación —razonó Ada Rosini.

—¿Y por qué me tuvo que mirar? Me faltó el respeto.

—Sabés, yo conozco al director y me parece una persona buena y respetuosa. Al menos aparentemente…

—Ud. lo dijo, “aparentemente”… Tal vez finge.

—No, Silvia, me parece que debés permitirte la duda, hablar con él —aconsejó Ada.

Rogelio le había dicho que el director buscaba a la chica porque necesitaba pedirle disculpas.

***

Madre e hijo emprendieron el regreso a casa. Él, trotando alrededor de su madre, pateando piedritas, chocándola de a ratos. De pronto, la tomó del brazo, se apoyó en su cuerpo y preguntó:

—Mami, ¿te molestó que le haya dicho a Silvia que era bonita?

—De ninguna manera puede molestarme que mi hijo sea un caballero; además, es cierto en cuanto a su belleza.

—Sí, pero vos sos la más linda de todas y no es porque yo te ame. Sos bonita bonita…

—Gracias, chiquito, sos muy dulce.

Y lo abrazó tiernamente durante todo el camino, hasta llegar a la casa.

***

Miguel estaba inquieto ese sábado a la tarde, tenía una sensación de hastío que no lograba calmar. Un estado que, por cierto, no le era desconocido y que siempre le pesaba cuando tenía problemas sin resolver.

Le preocupaban los temas del colegio, los métodos de enseñanza, y más aún cuando había descubierto que el agresivo comportamiento de la maestra podía tener sus cimientos en la adicción al alcohol.

Además, la vicedirectora era, sin dudas, cómplice, al menos por omisión. Todo esto, sumado a la situación incómoda de la señorita Juana, que era quien había puesto la situación en evidencia y que innegablemente era objeto de persecución por parte de la vice y otras dos maestras que habían formado un frente común.

Recordó que Juana lo había invitado a cenar ese sábado y, ante su negativa, le había rogado que fuera aunque fuese por única vez. Miguel presentía que era algo más que una invitación protocolar.

Lo que le preocupaba en ese momento era encontrar a esa chica para aclarar el malentendido y poner a salvo su prestigio. Aunque en el fondo se preguntaba si no había algo más en esa búsqueda.

Buscó un libro en su pequeña biblioteca, la lectura siempre lo calmaba. Pronto quedó atrapado en el manejo de la dialéctica por parte de Engels: muy didáctico en la presentación de las contradicciones.

Cuando había comenzado a disfrutar de la lectura, fue interrumpido por un leve batir de manos que supuso pequeñas. Al abrir la puerta, se encontró con Rogelio.

—Chango, qué agradable sorpresa, no esperaba que me visitaras. Pasá, adelante, ponete cómodo; tengo un refresco riquísimo que seguramente te va a gustar.

—¡Cuántos libros, señor! —dijo Rogelio sorprendido al ver la biblioteca—. *El capital*, ¿Qué hacer?, *El manifiesto comunista*, *Hamlet*, *Allá lejos y hace tiempo*…

Fue pronunciando los títulos, que se le hacían interminables.

—Solo los regímenes fascistas o las dictaduras pueden prohibir libros —sentenció Miguel—. De todos modos, no comentes con nadie los libros que yo tengo, por las dudas nomás.

—No entiendo.

—Es difícil de entender, muchacho, pero hay gente que tiene muchos prejuicios o ignorancia y razonan en consecuencia. Bueno, pero contame a qué se debe tu visita.

—La encontré, señor. A la muchacha, digo. Se llama Silvia y está muy enojada con usted. Nos contó lo que usted le hizo.

—Yo no le hice nada, Rogelio… Simplemente, una noche estaba sentado en el banco de la plaza principal y, de pronto, escuché un murmullo como de agua. Me levanté y fui a ver de dónde provenía, y me encontré con un trasero blanco. Era esta señorita que estaba terminando de orinar, vistiéndose.

Rogelio asintió y dijo:

—Tenía usted razón, es muy bonita.

—Si sabemos dónde vive y quién es, vamos inmediatamente a su casa; necesito terminar este tema cuanto antes —expresó decidido Miguel.

Y se fueron caminando hacia la casa de Silvia.

***

Cuando llegaron los atendió un hombre morocho de unos cuarenta y cinco años. Se notaba que

su piel estaba permanentemente expuesta al sol. Tenía la misma altura de Miguel, era fibroso y de brazos fuertes. Su rostro estaba marcado por arrugas incipientes y gestos duros.

—Buenas tardes, Sr. Mi nombre es Marcos Jamil, soy el nuevo director del colegio primario y necesito hablar con usted. En realidad, con quien quería hablar es con su hija, para aclarar una situación bastante embarazosa. Pero, si usted participa, mejor aún.

—Yo soy Rosendo Ortiz, padre de Silvia, pero ella no está en este momento —dijo en tono serio y ofreciendo su mano para un saludo formal.

—El gusto de conocerlo, Sr. Ortiz. Si su hija no está, lo mismo puedo explicar a usted esta desafortunada experiencia.

—Pase, nos sentamos y charlamos.

—Gracias… A propósito, Rogelio, podés irte a tu casa y te agradezco el favor que me has hecho.

Y accedió a entrar en la casa de Silvia Ortiz.

Una vez adentro, notó que era una casa modesta pero muy acogedora, con perfume a limpio. La distribución de los muebles y cada detalle suponían, detrás, la mano de una mujer con buen gusto. Se sentó en una silla de esterilla, alrededor de una mesa de algarrobo, con una carpetita bordada al crochet; en el centro había un florero de vidrio con dos margaritas y una rosa aterciopelada roja.

—Le escucho, Sr. director.

—Vea, Sr. Ortiz, me precio de ser una persona honorable y respetuosa, y este incidente me ha trastornado, más aún porque está implicada una señorita.

—Y, si esta señorita es mi hija, le aseguro, señor, que soy capaz de cualquier cosa por ella —advirtió Rosendo Ortiz.

—Como tiene que ser, Sr., como tiene que ser —aseveró Miguel y comenzó a contar el famoso incidente. Lo relató apegado a su versión y, según él, a la verdad—. Yo estaba allí, no tenía intención de espiarla, solo estaba allí —concluyó Miguel. Rosendo Ortiz, si bien era una persona simple y directa, tenía sus códigos y, por lo general, siempre necesitaba de un momento para cotejar lo expuesto—. Haga usted las preguntas necesarias —expresó Miguel impaciente.

Aunque podría haber sido un momento de tensión, no lo fue. Solo silencio para la reflexión, que fue interrumpido abruptamente por el ruido de la puerta principal al abrirse.

En el vano de la puerta, apareció una joven. La luz le formaba una aureola alrededor del cuerpo, con la semejanza de un halo místico, maravilloso.

“¡Es ella!”, pensó Miguel en un acto casi de admiración, e inmediatamente comparó la figura borrosa de su memoria con esta, nítida e impactante.

¡Qué hermosa mujer! El pelo negro, largo y lacio tapaba los costados de su cara y caía sobre los hombros como la mantilla que usan las mujeres en la iglesia. Una presencia dulce, angelical.

Pero rápidamente, al reconocerlo, ella se puso en guardia y su cuerpo se preparó para la agresión. Colocó las manos en su cintura y abrió las piernas para tomar firmeza. Su mirada era una brasa ardiente y, casi gritando, expresó:

—¡Papá! ¿Qué hace este hombre en nuestra casa? Este individuo es el causante de mi vergüenza. He sido vejada por él, ¡echalo de acá!

—Calmate, Silvia, el Sr. ha venido a dar su justificación de lo acontecido. Te sugiero que lo escuches.

—¿Acaso ahora lo defendés pese a lo que me hizo?

—No defiendo a nadie, solo te pido que te calmes y escuches lo que tiene por decir. Yo me voy al bar. Disculpen. —Y saliendo dijo—: Siempre me he preciado de conocer a la gente, no creo equivocarme con usted. Pero, si así fuese, tengo otras armas para rectificar mi error.

Miró a Miguel masticando lo que parecían palabras de advertencia. El hombre salió y se quedó un momento en el umbral, escuchando como Silvia seguía increpando al director.

—Usted es una mala persona y…

—Cállese, señorita —le ordenó Miguel alzando la voz—. ¡Siéntese!

Silvia, sorprendida, no dijo nada y se sentó. Don Ortiz, todavía en la vereda, sonrió y se alejó satisfecho.

“No me equivoqué”, se dijo.

—Ante todo, señorita, permítame presentarme. Me llamo Marcos Miguel Jamil, soy el director del colegio primario. Soy un hombre respetuoso de las personas y, más aún, de su intimidad. —Hablaba mirándola a los ojos, aunque por momentos se perdía en el verde amarillento de las pupilas y sus pintitas verdes, que parecían iluminar desde la cercana profundidad del alma. “¡Hechicera!”, pensó y, de pronto, se dio cuenta de que había dejado de hablar—. Perdón —dijo rápidamente, recomponiéndose—. Pretendía explicarle mi situación en el incidente que tanto le molestó. No vengo a pedir perdón ni a disculparme porque yo no hice nada indebido, simplemente estuve allí; sentí un ruido y busqué el origen del mismo. Créame, no fue mi voluntad incomodarla, y menos avergonzarla.

Silvia, que sostuvo la mirada desde el principio y que también notó la fugaz pero perceptible interrupción de la conversación, advirtió, por mero instinto, que había sido algo de ella lo que había provocado la pausa del hombre. Y, así como notó eso, percibió también que su enojo se había esfumado y que, por alguna razón, esperaba desesperadamente que él siguiera hablando.

Hay momentos donde la física no interviene, donde el tiempo parece no transcurrir, donde las almas simplemente se ponen en sintonía. El entender esto, razonarlo es otro proceso.

La aparición estruendosa de dos jovencitas risueñas y parlanchinas rasgó el buen momento. Pero, cuando vieron que su maestra de Diseño estaba con un hombre y que este era el director del colegio, se pararon en seco y se callaron. Hubo una segunda interrupción. Una joven de la misma edad que Silvia, su amiga María, que al verla con Miguel hizo un comentario irónico:

—Vaya, vaya, amiga. ¿Sola y con este hombre horrendo?

Las alumnas de Silvia aprovecharon para abalanzarse sobre su maestra y contarle sus aventuras pueblerinas; lo hacían las dos a la vez. Miguel se sintió invadido, incluso incómodo. Se levantó y, dirigiéndose a Silvia, le expresó:

—Srta. Silvia, lamento no tener una respuesta o un comentario de su parte.

Ella lo miró, pero fue María quien respondió:

—Vaya tranquilo, “dire”. La conozco y le puedo asegurar que ya no piensa mal de usted.

Se despidió y salió presuroso, entre confundido y sonriente. Ya tendría tiempo de aclarar sus ideas; por lo pronto, necesitaba una ducha urgente.

***

Mientras el agua le daba frescura al cuerpo, rememoró los ojos de la muchacha y la intensidad de su mirada; reconoció que había sufrido un gran impacto y que se sentía movilizado de muchas maneras.

Lamentó tener que abandonar esos pensamientos tan gratificantes para abocarse a la invitación a comer, para la que ya no faltaba demasiado tiempo.

No quería intimar con personal a su cargo, pero la urgencia del pedido lo había hecho cambiar de opinión. Era importante para él estar al tanto de todo y tenía la convicción de que, en esta ocasión, no se trataba de una simple cena.

***

Siguiendo las indicaciones que le habían proporcionado, llegó hasta la casa de Juana. Era una edificación humilde pero cuidada. De ladrillos, revoque bien terminado, pintura de colores claros y acertadamente combinados; aberturas medianas, de buena madera, color marrón oscuro. El jardín, sumamente cuidado, era cuestionado por un viejo perro de caza que alzó la cabeza y lo miró durante un tiempo cuando se hizo anunciar con un decidido golpe de manos. De inmediato fue atendido por Juana que, tras un suave apretón de manos, lo hizo entrar en la casa y lo llevó directo al comedor, donde ya estaba una mesa tendida con un mantel blanco bordado y calado en los bordes. Sobre él, platos, cubiertos, finas copas, vajilla que se notaba celosamente cuidada y solo usada en algún acontecimiento importante.

Lo acompañó hasta su lugar en la mesa, la cabecera; lo que, por cierto, era todo un honor. Se sentó en la silla de esterilla, un poco abrumado por tanto agasajo. Juana le sirvió vino tinto, ofreciéndole soda por si lo prefería.

Inmediatamente, apareció un hombre alto, rubio, de cara colorada y curtido por una permanente exposición al sol. De anchas espaldas y brazos musculosos, manos grandes y callosas. Miguel sufrió su potencia cuando se dieron la mano, al presentarse.

—Javier Carnero es mi nombre, y su cultura honra esta casa, señor director —agregó mientras levantaba un vaso con vino, como invitando a un brindis…

—Salud, Javier, el honrado soy yo por dejarme compartir con tan hermosa familia. Mis conocimientos son solo circunstanciales; la cuestión es la utilidad que les puedo dar y si contribuye a formar una sociedad más justa. Hoy mi aporte es a cuentagotas.

—Ya habrá tiempo de hablar, señor Miguel, ahora lo invito a disfrutar de este riquísimo asado.

Juana, sentada al lado de su esposo y de sus hijos —impecablemente vestidos—, ubicados frente a ella, no dejaban de mirar sorprendidos al director del colegio, sentado a su mesa.

La cena fue todo un éxito. Miguel desplegó su simpatía y conocimiento para entretener a los comensales; sus historias fueron el deleite de chicos y grandes.

Después del postre, Juana llevó a sus hijos a la cama. Los niños no podían ni debían escuchar lo que tenían que hablar los mayores.

—Sr. Miguel —comenzó Juana—, la insistencia para que usted viniera es por una razón muy importante: es imprescindible que esté enterado de lo que pasa en este pueblo y hablar, también, de cómo ha venido a romper una forma muy arraigada de dirigir el colegio, en consonancia con las llamadas Fuerzas Vivas de la ciudad.

—Confieso, señora, que usted ha logrado despertar mi curiosidad. Adelante, la escucho atentamente.

—Este pueblo comenzó a ser manejado, digámoslo así, por tres o cuatro cabezas visibles, sustentadas por otra cantidad mayor de personas influyentes y pudientes. El intendente, el comisario, el juez de paz, la mayoría de los comerciantes, los estancieros o campesinos ricos; y estos, a su vez, arrastran a otros sectores, incluso algunos asalariados. En general, los tres más importantes no se identifican con ningún sector político; en todo caso, digitan las elecciones de autoridades. Con el advenimiento del peronismo, se retrajeron un poco, pero ya están infiltrados en el movimiento. Basta ver quién dirige la unidad básica peronista. Hace unos años atrás, arribó a este pueblo un hombre que se hacía llamar José, que quiso formar un sindicato de obreros rurales. Decían que era comunista, intentó movilizar el sector, buscó el apoyo de los obreros ferroviarios; pero la Unión Ferroviaria estaba en Córdoba. Aun así, logró adhesiones, pero un buen día desapareció, y no se supo más de él. Lo extraño fue que, en la pieza donde vivía, estaba toda su ropa y sus pertenencias. A mí no me cabe la menor duda de que lo hicieron desaparecer. Nunca nadie reclamó por José, ni siquiera conocíamos su apellido, a nadie se le ocurrió preguntárselo; se popularizó como José y así quedó. Intentamos, tibiamente, averiguar su paradero. Se nos hizo saber, aunque veladamente, que no era problema nuestro, que no había nada que reclamar.

—Antes de que continúe —interrumpió Miguel—, ¿cómo tiene usted individualizado a cada personaje y sabe su rol social o político? Es como si se hubiese dedicado a investigarlos, a estudiarlos con un método incipientemente clasista, según veo. Y permítame decirle, sin mala intención, que es un poco raro en una maestra pueblerina.

—Me ofende, señor. Simplemente, José nos mostró como funcionaba esta gente, y más aún cuando a Javier le pasó lo que le pasó —enfatizó Juana tomando la mano de su marido.

Miguel se movió en su asiento, como buscando una mejor posición; aparentemente, lo que estaba por escuchar prometía ser interesante. Parecía que hubiese sido elegido por algún designio especial. Hacía unas horas nomás, había conocido a esa muchacha preciosa que era Silvia y que, con solo pensarla, le venían cosquillas al cuerpo. Se esforzó para no sonreír. Y entonces esta historia que le estaban contando, que parecía tener características particulares y llamativas.

Saboreó el tinto que quedaba en su copa, encendió un cigarrillo, y se dispuso a escuchar.

Javier también se tomó su tiempo, él debía continuar la conversación y parecía buscar las palabras adecuadas para que fuera entendible, ya que la oratoria no era su fuerte. Él era una

persona simple, directa, casi fatalista, que sabía que las cosas pasaban porque el destino lo disponía así. Solo que a su lado la tenía a Juana, y ella era todo lo contrario. Lo había ayudado a no aceptar las injusticias.

La miró con ternura y vio su gesto de aliento. ¡Qué lindo y fácil era amarla!

—Sr. Miguel —comenzó—, mis padres eran chacareros, tenían unas cuantas hectáreas sembradas y algunas vacas para el ordeñe y cría; además, algunos caballos chúcaros en el monte. Disponían de un tanque australiano, con su molino. Poseían arados para trabajar la tierra y, pese a la humildad de su capital y al trabajo arduo que aquellas tareas significaban, la llevaban bastante bien. Yo trabajaba con ellos de sol a sol; todo era orgullosamente nuestro. La gran ventaja era la cercanía del pueblo. Es más, nuestra casa estaba en el límite: el frente miraba al pueblo y el patio daba al corral donde ponían a las vacas para ordeñar, la yerra y otros menesteres. Fueron los mejores años de mi infancia, los mejores. Todos trabajábamos. Mi madre, mi padre y yo nos levantábamos a las cuatro de la mañana para ordeñar. Aunque yo solo hacía tarea de apoyo al ternero. Una vez terminada la labor, abríamos la tranquera para que el ganado se fuera a pastorear. Mi padre llevaba la leche a la cremería y a sus clientes habituales, y yo me iba al colegio. Eran tiempos de desahogo económico, le diría de prosperidad. Se vendían algunos animales, la leche diaria. Si la cosecha era buena, se vendían los granos. Todo bien.

»Cuando terminé la primaria, a mi madre se le puso en la cabeza que yo tenía que seguir estudiando. Me anotaron en el colegio Deán Funes y empecé el bachillerato. Vivía en la casa de unos tíos y, una vez por mes, venía al pueblo; llegaba los viernes y me iba los domingos a la tarde. En esos viajes, a veces coincidía con Juana, que estudiaba Magisterio en Córdoba. Y, si bien hicimos la primaria juntos, escasamente coincidíamos en lugares comunes. En los viajes ansiaba verla y la espiaba desde lejos. Yo era muy tímido entonces, y más aún con las mujeres; tantas veces estuve tentado de acercarme a charlar, pero no me animaba. Así pasaba el tiempo y ella no era más que mi Juana de lejos.

»Un día, después de mucho sin verla, apareció nuevamente en el andén de la estación Alta Córdoba. Estaba irreconocible; para mí, más bonita. Había algo distinto en ella, algo que no alcanzaba a distinguir qué era. Busqué un lugar apartado y cómodo para poder mirarla sin que ella lo notara, y lo mismo hice cuando subimos al tren: elegí el mismo vagón y me senté en una butaca, en el costado opuesto del pasillo. Desde allí podía observarla constantemente. Contrariamente al deseo de todos los pasajeros, no quería llegar rápido a destino. En un momento me distraje y noté que no estaba más en su asiento. Giré el cuello buscándola, pero no, no estaba. Pensé que tal vez se había cambiado de vagón o habría ido al baño. Al volver a mi posición inicial, la encontré parada frente a mí, con esos hermosos ojos negros mirándome. Toda la sangre del cuerpo se amontonó en mi cara, no podía creer que la tuviera tan cerca; casi que, con un leve movimiento, mis manos podían rozar su cuerpo, y ganas no me faltaban. No, señor.

»“Hola, Javier, me mirabas tanto que a lo mejor necesitabas algo y no te animabas a pedírmelo, lo cual me parecía extraño; nos conocemos de hace muchísimo tiempo”.

»Busqué decir algo, pero no podía hablar. Busqué tragar saliva, pero no tenía. Algo tenía que hacer, algo tenía que decir. “¡Vengan, santos milagrosos, vengan todos en mi ayuda!”, pensé.

Con gran esfuerzo pude recomponerme, me levanté y le ofrecí sentarse. Ella accedió y, antes de sentarse, quiso quitarse el saco que llevaba puesto y, en un gesto no del todo inocente, extendió el pecho hacia adelante para quitar los brazos de las mangas. Entonces aparecieron sus senos, en toda su dimensión y belleza. Pude darme cuenta, entonces, de ese gran cambio que había visto en Juana: ¡tenía tetas! Y si las tenía era porque se había convertido en una mujer. Entonces me pregunté en qué me había convertido yo si ella había crecido así. Bueno, de todas formas, algo tenía que decirle: “Hola, Juana —comencé—. La verdad es que siempre estoy mirándote, y hoy me gusta mucho más lo que veo”.

»Juana se dirigió a buscar su valija para poder seguir conversando y, al alejarse, también descubrí que su cuerpo era delgado, pero bien formado y de “ancas” partidas, como Cora, mi yegua preferida.

»Perdón, Sr. Miguel, me fui por las ramas, pero es que mi unión con ella fue fundamental para enfrentar lo que vendría.

»Un día comenzamos a tomar conciencia de la falta de animales en el campo. Primero, los que estaban alrededor de la casa, aquellos preparados para el engorde o para la venta a las carnicerías. Luego, las vacas lecheras, y ahí sí dimos aviso a las autoridades. Pero la policía no logró nada, absolutamente nada.

»Pasaba el tiempo y el cuatrerismo se agudizaba cada vez más. Entonces, decidimos enfrentarlo por nuestra cuenta. Mi madre, mi padre y yo, los tres armados con escopetas de dos caños, calibre 16 y una buena cantidad de cartuchos. Mi padre era quien las preparaba, él había estado en el Ejército haciendo la conscripción.

»Nos parapetábamos en el monte, distanciados, pero no muy separados. Las noches en espera se hacían largas y tediosas. Cuidábamos de no quedarnos dormirnos para advertir el arribo de los cuatreros. Si lo hacían por el centro, los cubrirían los animales; pero, si entraban por los costados, estarían más desprotegidos. Nuestros únicos aliados eran los perros, acostumbrados al arreo de animales, que ayudaban a mantener unidos al ganado y que, además, seguramente detectarían cualquier presencia humana desconocida.

»La cuarta noche fue noche cerrada, sin luna, ideal para el robo. Mi padre también lo advirtió. Casi con seguridad que vendrían, la cuestión era a qué hora. Por ese motivo evitamos prender los soles de noche.

»Como a las dos de la mañana, los animales comenzaron a moverse, algo los había alertado. Los perros corrían alrededor de la tropa, ladrando. ¡Allí estaban! Solo había que detectarlos. No podía verlos, pero sí una sombra prolongada que, compacta, se desplazaba hacia nosotros por el ala donde se encontraba mi padre, que comenzó a disparar espaciado debido al tipo de arma que teníamos; se tardaba bastante en recargarla. La intención de mi padre era ahuyentarlos, que no le robaran; por eso sus disparos eran a una altura baja, considerando que los bandidos estaban montados.

»Mi madre corrió a ayudar a mi padre y no tuvo su misma consideración: ella tiraba para herir. Yo, por mi parte, cuando vi por dónde venían, me mezclé con los animales y desde allí disparaba. La acción solo pretendía ser intimidatoria; el disparo de una escopeta tiene poca

distancia de efectividad y, además, ingenuamente, pensábamos que los cuatreros estaban desarmados. Gran error el nuestro: no solo tenían armas, sino que algunas eran a repetición. Cuando me di cuenta de eso, elevé la puntería; ya no se trataba de ahuyentar bandidos, sino de salvar la vida. Nos movíamos de un lugar a otro para evitar ser blancos fáciles; nos detectaban los fogonazos de las escopetas.

»En ese fragor creí percibir un brillo y hacia allí disparé. Luego se escuchó un grito de dolor o me pareció. Lo fehaciente era que los ladrones salieron huyendo sin llevarse nada. Inmediatamente corrí hacia donde estaban mis padres, los encontré en un rincón del monte. Mi papá, tendido en el suelo con una herida profunda en la pierna, arriba de la rodilla; y mi madre, intentando curarlo.

»“Hay que llevar a tu padre de inmediato al médico. Es serio y tiene que ser desinfectado con urgencia”.

»No había hospital en el pueblo, ni siquiera dispensario, solo un doctor cuyo consultorio estaba montado en su casa. Cargamos a mi padre en un *sulky*. Despertamos al Dr. Venturi, quien atendió la herida rápidamente. Tuvo que extraer varias municiones de la pierna, suturar y vendar.

»Amanecía cuando volvimos a casa. Con el silencio raspándome la garganta, fui en busca de los animales para ordeñar. Ensillé a Cora y fui a separar a las lecheras y a sus crías. También había que inspeccionar el lugar, por si encontraba alguna huella extraña. Por suerte, las vacas, custodiadas por los perros, no se habían movido mucho. Desmonté y rastrillé el lugar. Estaba lleno de pisadas de animales, pero no había marcas de herraduras o de cascos; posiblemente, las patas de los caballos habían sido cubiertas con trapos. Encontré restos de sangre, señal de que alguien o más de uno había sido herido. Descubrí también cartuchos vacíos y cápsulas servidas de rifles. Alcé una y dejé lo demás como estaba; debía hacer la denuncia a la policía, y seguramente vendrían a verificar la escena. Lo que sí hice fue seguir las huellas; un alambrado de nuestro campo estaba tirado en el suelo, había sido cortado y era en el sector que daba al campo de Pocho Rossi.

»En la comisaría me recibieron en forma indiferente, como si nosotros fuéramos culpables y no las víctimas. Pusieron miles de pretextos, demorando la ida al campo. Cuando pude convencerlos habían pasado varias horas.

»Al llegar al lugar, ya no estaban las cápsulas vacías, los animales habían sido movidos y, por consiguiente, toda posible huella había sido borrada. Los únicos cartuchos vacíos que encontraron estaban sobre el terreno donde habían estado mis padres. Quise enseñarles por dónde habían entrado los “cuatreros”, pero el alambrado estaba intacto. Todo en sospechoso orden.

»A partir de estos hechos, sucedieron acontecimientos duros y, en algunos casos, fatales. Casos como el vivido por nosotros se multiplicaron. Había, sin lugar a dudas, un plan sistemático para ser echados de nuestras tierras o, tal vez, obligarnos a venderlas a un precio miserable. Mi familia fue muy golpeada. Mi padre no se repuso de sus heridas, se le engangrenó la pierna y al poco tiempo murió. Tuve que abandonar los estudios y dedicarme al campo. Empecinado en salvarlo, tuve que enfrentar todo tipo de atropellos: el robo de animales y, también, de herramientas y maquinarias.

»Fue para esa época que arribó José. Nos fue mostrando quiénes eran los interesados en arruinarnos y por qué lo hacían. Juana participaba de algunas reuniones siempre que podía. Fue siempre mi sostén. Una vez recibida de maestra, se anotó en el Consejo Educativo para enseñar en la escuela del pueblo y, como se produjeron varias vacantes, logró acceder a una suplencia y, luego, al nombramiento.

»Mi madre, vencida por la tristeza, murió y entonces decidimos unir nuestras vidas en matrimonio. Yo no era para ella el mejor partido, en realidad estaba lleno de deudas y con bajas posibilidades de saldarlas. Pero esto no hizo mella en su decisión de casarnos; ella me había elegido… y punto.

»Fuimos azotados por una gran sequía, la más grande de toda la historia. Los animales se morían, los sembrados se secaban. Un desastre. Nosotros éramos, tal vez, los únicos que teníamos todo el campo sembrado con maíz y contábamos con un tramo listo para ser cosechado. Si lográbamos hacerlo, estábamos salvados. Los animales habían sido llevados a Río Dulce, donde había agua y estarían al cuidado de una tía de Juana.

»Para entonces Juana estaba en su segundo embarazo, más linda que nunca. Una noche me desperté sobresaltado por el ladrido de los perros. Había un extraño resplandor; al principio, pensé que estaba amaneciendo. Al salir, descubrí la razón de la claridad: el campo se estaba incendiando, todo ardía con facilidad. Al recorrerlo noté que el incendio se originó había originado desde la periferia hacia el centro. Pero, curiosamente, los campos colindantes al mío se habían salvado. Luego me di cuenta de que todo había sido planificado. Las llamas estaban dirigidas para que avanzaran hacia el centro; incluso había gente trabajando en ello con el pretexto de no permitir que el incendio se propagara. Nada había sido fortuito, por el contrario, alguien lo había iniciado y creía saber quién era. Ahora sí que estaba en la ruina definitiva. Regresé a la casa desconsolado; la garganta, casi cerrada por la bronca, sin poder descargarme, sin poder llorar.

»Me parecía escuchar la voz de mi padre: “Los hombres no lloran, ¡pelean!”. No valía la pena denunciar. ¿Para qué?

»Fui a buscar a José y no lo encontré. Pregunté a sus vecinos, me dijeron que hacía más de una semana que no lo veían. Probé abrir la puerta y cedió; estaba sin llave. Al entrar vi todo revuelto, como si hubiesen estado buscando algo. Por esto fui a la comisaría, me dijeron que se iban a ocupar del asunto. Conclusión: José había desaparecido. Nunca más lo vimos. No tenía parientes, nadie sabía su origen ni su apellido. ¿Quién iba a reclamarlo?

»Hubo otros casos como el mío. Campos que fueron adquiridos por migajas y sus exdueños quedaron en la ruina, obligados a emigrar. El o los causantes de estos manejos usaron testaferros para adquirir las chacras. En mi caso, el método fue diferente. Vino el propio Pocho Rossi a ofrecerme comprar el campo; se haría cargo de las deudas contraídas y las demás costas. Al principio, me negué solo por rebeldía, pero sabía que no tenía salida y que los plazos de pago ya se habían acabado. Mi negativa apenas si servía para ganar una o dos semanas de tiempo. En realidad, eso era lo que yo creía. Lejos de ganar tiempo, me hundía económicamente, cada vez más.

»Sabía que, por su ubicación, mi campo era muy codiciado. Después me enteré de que había un hacendado de Santa Rosa interesado en el campo, pero fue debidamente persuadido para que no me efectuara ninguna oferta. Pocho Rossi sabía de la importancia de cerrar el trato lo más rápido posible y evitar así alguna oferta descolocada, más los tiempos de ejecución judicial.

»Volvió a la carga a los pocos días de la primera oferta. Pero no vino solo, estaba acompañado del abogado del pueblo y de su guardia pretoriana, dos jóvenes bien montados. A uno de ellos lo conocía de la infancia, habíamos compartido travesuras siesteras y varios partidos de fútbol. Iba en un zaino finamente ensillado con un apero muy lustroso del que colgaba una estrella plateada, a la altura de las piernas. Y, ¡oh, casualidad!, su pierna estaba vendada y, evidentemente, con una herida. Todo un mensaje.

»La propuesta fue la misma, lo único que agregaba era un ofrecimiento de trabajo: que yo me quedara ocupando un cargo de puestero, haciéndome cargo del campo y permaneciendo en la casa por el término de cinco años. Luego de discutirlo con Juana, le pedimos que se extendiera a siete años el vínculo y nos permitieran albergar a nuestros animales en el campo. Contrariamente a lo esperado, no puso objeción alguna. Se realizó la operación rápidamente. Nos entregaron el cheque, se firmaron los acuerdos; el Pocho Rossi estaba muy apurado.

»Ahora estamos a meses de finalizar el acuerdo y, pese a que pudimos comprar esta casa, como así también vender los pocos animales que teníamos, nuestra relación laboral es insostenible.

Javier hizo una larga pausa, se sirvió vino en la copa y bebió lentamente. Daba la impresión de que había finalizado su relato. Por ello Miguel dijo:

—Es, sin duda, una historia conmovedora; lo que no alcanzo a entender es qué tengo que ver yo en esto.

—Nuestra intención —respondió Juana— es que comprenda los métodos que emplea esta gente. No se detienen ante nada. Queremos alertarlo y, a la vez, hacerlo partícipe de lo que se avecina. Preste atención y, por favor, me interrumpe las veces que usted necesite —sugirió Juana—. Nosotros sabemos, por un amigo en común que trabaja en el Ministerio de Educación, de su hombría de bien, de su pensamiento y su ideología. Él nos sugirió que hiciéramos un frente común, aunque más fuese para defendernos. No estaba en los planes que usted fuese el director del colegio primario. Este puesto ya estaba asignado a la que hoy es su vicedirectora.

»El otro tema es que la maestra Amapola Sastre Ahumada, esposa de Pocho Rossi, no solo tiene métodos de enseñanza brutales para con los niños, sino que, además, es alcohólica. No sé si usted lo ha notado, siempre huele a alcohol. Créame que lo pensé mucho antes de comunicarle a Ud. lo del castigo que les inflige a sus alumnos, pero es una situación que no se puede dejar pasar. Hay todavía más... Se rumorea que usted anda espiando a jovencitas cuando van al baño.

—¡No puede ser! —respondió Miguel casi gritando—. Antes de venir acá, fui a aclarar este hecho con la señorita involucrada.

—Ni falta hace que lo diga, Sr. Miguel. Solo queríamos avisarle por si a ellos se les ocurre utilizar estas infamias.

—Pero es que, en el momento del hecho, éramos solo tres personas.

—O un cuarto que lo estuviera siguiendo a usted. Puede que haya una SS local.

***

Silvia no podía sacarse de la cabeza el momento recientemente vivido, ni a Miguel. Le había impresionado su autoridad e inteligencia. “¿Inteligencia de qué? —se preguntó burlona—. Apenas si es una persona culta. ¿Cómo va a caerme bien? Es un viejo para mí. No es tan viejo, debe tener doce o trece años más que yo —continúo Silvia revelando su pensamiento contradictorio—. ¡Me gusta, sí, me gusta! ¡Quiero verlo de nuevo! —finalizó”.

Al otro día se levantó particularmente contenta. Quería averiguar más de Miguel y sabía que Rogelio podía darle esa información.

La mamá de Rogelio la recibió gustosa y sorprendida.

—Buen día, hija, qué agradable sorpresa. ¿Qué te trae por aquí?

—Quería tomarle unas medidas, las anoté en un papel y las perdí —mintió Silvia—. ¿Su hijo Rogelio no está?

—No, se fue a jugar, tenía un partido de fútbol.

—Bueno, me voy porque estoy apurada.

—Pero ¿no tenías que tomarme las medidas?

—Claro, sí, estoy un poco despistada —respondió Silvia, que sacó el centímetro y efectuó las mediciones.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Ada solícita al descubrir que lo de Silvia había sido una mentira muy ingenua.

—No, señora, perdone la molestia. Saludos a Rogelio.

“¡Qué tonta he sido! —se reprochó la joven mientras caminaba hacia ninguna parte—. Soy una papelonera, no puedo comportarme como una “muchachera”, como una buscona. Tengo que calmarme y no actuar impulsivamente. Tendría que ir a buscar a María, aunque seguramente se burlará de mí. Además, esto debe ser una atracción pasajera hacia un hombre mayor”.

Trataba, por todos los medios, de disimular su interés por Miguel.

***

De pronto, se encontró en la plaza, en el lugar exacto, donde había sido sorprendida semidesnuda. Se sentó en el sitio donde había estado Miguel y en ese momento se le ocurrió “una idea”. Tenía que discutirla con la señora Marta, y hacia su casa se dirigió rápidamente.

—Sra. Marta, se me ocurrió una idea que quiero discutir con usted —dijo después de saludarla.

—Estás muy acelerada, mi “palomita”. Ven y siéntate, traigo un café y charlamos —sugirió Marta alisando tiernamente su cabello.

Ellas tenían una corriente afectiva muy fuerte, tal vez porque una necesitaba una hija y la otra, una mamá.

—Se me ocurrió el lugar ideal para el desfile de moda. Usted dijo que lo más adecuado era en alguno de los clubes que tenemos, pero que, de hacerlo en uno u otro, acarrearía problemas. Entonces pensé que, tal vez, la escuela primaria podía ser el lugar apropiado y que la comunidad

lo vería con buenos ojos.

—Puede ser —dijo Marta luego de tomarse un tiempo para pensar—. No obstante, la escuela no posee un salón de actos, las aulas tampoco están adecuadas para un evento como este —finalizó.

—Pero tiene una gran galería, que es una U invertida y se puede utilizar para desfilar, agregando el centro y los laterales. La gente estaría en el patio utilizando toda la extensión de la galería, lo cual permitiría más chicas desfilando.

—Bravo, sí, me gusta la idea —aprobó la Sra. Marta—. Pero tu trabajo se duplicaría.

—Tal vez —admitió Silvia entusiasmada—, aunque se pueden organizar adecuadamente las salidas de las modelos y el tiempo de exposición.

—Tenemos que ir a hablar con el director para pedir permiso de utilizar la escuela y negociar la organización, y las ganancias si las hubiere. Le pido a Juan que nos lleve, y vamos ahora mismo.

—¡Noo! —negó Silvia vehementemente—. Tal vez haya que pensarlo más. Digo, la cuestión de la organización. Sugiero que vayamos mañana.

—Bueno, palomita, como tú quieras —aceptó Marta un poco sorprendida por la forma en que Silvia se había opuesto de ir, ese mismo día, a la escuela—. Mañana vamos en el auto a buscarte.

Después de saludar, Silvia salió apresurada y aliviada.

No podía presentarse así frente al director, tenía que arreglarse un poco y vestirse adecuadamente.

***

Al otro día Silvia lucía brillante. Su pelo negro, bien cepillado; las piernas, rasuradas. Una pollera acampanada arriba de las rodillas, bien ceñida en la cintura, más fina que nunca. Había pintado sus labios y uñas del mismo tono, delineado sus ojos con lápiz negro, lo que le daba más intensidad a la mirada. Aunque no era su fuerte el maquillaje, se las arregló para lograr un toque distinto, tal vez hasta provocador.

El sonido impaciente de una bocina le advirtió que venían a buscarla. Una última mirada en el espejo, el típico movimiento de los labios para igualar el *rouge*, y salió.

—¡Silvia, qué elegante estás! —saludó gratamente sorprendida la Sra. Marta—. ¿No es mucho para ir a hablar con un director de escuela?

—Buenas tardes, señor Juan. Buenas tardes, Sra. Marta —saludó formalmente Silvia mientras se acomodaba en el asiento de atrás, en el Ford negro último modelo, al tiempo que estiraba los brazos para acariciar el hombro de ambos en una manifestación de cariño hacia esa pareja, tan querida y respetada—. Esta entrevista es muy importante, y no se pueden dar ventajas —respondió Silvia.

***

Los recibió Julián Quinteros, solícito y agradable (como era su costumbre), saludando muy especialmente a Silvia, que era, por cierto, su alumna favorita.

—Sr. Quinteros, pregúntele, por favor, al Sr. director si puede atendernos. Dígale que Juan Marini quiere verlo.

Al rato nomás, volvió Julián y les mostró el camino donde los aguardaba Miguel. Inmediatamente, Silvia se colgó del su brazo en una manifestación sincera del cariño que se tenían.

Miguel se puso de pie.

—Sr. Marini, Sra. Marta, qué gusto da verlos. Por favor, tomen asiento.

Como Silvia venía retrasada, charlando con el portero, Miguel no había notado su presencia todavía y, por lo tanto, se sorprendió al verla. Sintió como su belleza le golpeaba el corazón. Extendió la mano para saludarla y percibió la calidez de sus dedos, como una caricia. Cuando pudo mirarla a los ojos, notó la claridad de estos y los adivinó más transparentes, como si se abriera una puerta de luz y los rayos emanados le llegaran al alma. La sintió ansiosa y, a la vez, frágil, y él sintió una necesidad imperiosa de protegerla.

Silvia también recibió el impacto de su mirada. Fue como un fuego que le recorrió el cuerpo.

Todo esto sucedió en un instante; solo el instinto femenino de doña Marta Sánchez Renán pudo percibirlo.

“Ojalá no te equivoques, palomita —pensó para sus adentros—. Te mereces lo mejor y no quiero que sufras”.

Comenzó la charla de Juan Marini a modo de presentación, y continuó la Sra. Marta, exponiendo la necesidad de la integración de la escuela en el poblado. Habló de los costos y de cómo se repartirían pérdidas y ganancias. Rápidamente llegaron a un acuerdo. Silvia no intervenía; disfrutaba de la erudición de Miguel, de su velocidad mental, de su inteligencia y de su voz educada…

Cuando le tocó a Silvia desarrollar el tema de producción y dirección artística, lo hizo con una claridad conceptual llamativa y consistente que coincidía con el razonamiento de Miguel. Una fluidez de ideas similares o complementarias que causó cierta diversión en la pareja Marini. Pero también sintieron que estaban de más.

—¿Nos permiten? Disculpen que los interrumpa, pero acabamos de recordar que tenemos un compromiso ineludible y tenemos que retirarnos. Mañana nos juntamos, Silvia, para repasar lo acordado.

Cuando los Marini se retiraban, entró Julián.

—Debo cerrar el colegio, señor director.

—¿Ya? Cómo pasó el tiempo. Bueno —dijo dirigiéndose a Silvia—, si la señorita no se opone y no la comprometo, la acompaño hasta su casa.

—De ninguna manera me compromete —contestó Silvia encantada de continuar con la compañía de Miguel.

***

Caminaron un rato en silencio. Luego, con voz pausada, Silvia dijo:

—Cuando usted fue a disculparse a mi casa…

—Perdón, Silvia, yo no fui a disculparme, fui a explicarle mi situación.

—De todas maneras, en ese momento debí decirle otras cosas. Usted no tendría que haberme mirado. No crea que ando por ahí exhibiendo mis intimidades —replicó roja de vergüenza de solo recordar el momento.

—Me hago cargo de su pudor y reconozco que fue un momento embarazoso, pero le propongo que olvidemos el incidente; está claro que ni usted quiso mostrar ni yo tuve la intención de mirar. Simplemente, las cosas se dieron así.

Miguel la invitó a sentarse en el único asiento que había en esa plazoleta camino a la casa de Silvia. Al hacerlo, él pudo admirar las hermosas rodillas de la joven, redondeadas, continuación de unas pantorrillas delgadas bien torneadas.

Resultaba infrecuente en una mujer mostrar esa parte de las piernas. Comenzaba una incipiente tendencia a usar los vestidos más cortos, ligeramente arriba de las rodillas. Y, por supuesto, ella, habituada a la moda, no solo trataba de utilizar lo que era vanguardia, sino, además, imponerla en sus clientas. De hecho, sus creaciones eran vestidos y polleras así.

Miguel trató de apartar su vista de esas hermosas piernas. Esta mujer era una fuente de belleza.

—¿Por qué tan callado, Sr. Miguel?

—Por favor, Silvia, llámame Miguel a secas. En cuanto a mi silencio…, estaba pensando en usted; si me permite, le voy a ser absolutamente sincero, y espero que no se moleste. Pensaba en lo hermosa que es; en la belleza de su cara, de su cuerpo, en sus gestos y sus movimientos. Es usted muy femenina y, pese a no saber absolutamente nada de su persona, me atrae.

Miguel se sorprendió de sí mismo, no tenía pensado decir lo que dijo. Le salió espontáneamente, expresó lo que sentía en ese momento.

Silvia, también sorprendida, lo escuchó emocionada. Cada palabra que emitió se instaló en lo más profundo de su ser. Las oyó con la mirada fija en el piso, sin levantar la vista y, cuando pudo hacerlo, expresó:

—Podemos ser amigos.

—Dadas estas circunstancias, no creo en la amistad entre usted y yo. —Entonces sí Silvia pudo mirarlo a los ojos, y estuvieron largamente adivinándose. Luego, Miguel agregó—: Voy a intentar ser su amigo, solamente con una pequeña condición: que, cuando hablemos, nos miremos a los ojos siempre.

—De acuerdo —asintió Silvia—. Ahora tenemos que seguir organizando el desfile.

Lo dijo como un desafío, como quitándole importancia a lo acontecido. Había perdido totalmente el dominio de sí misma y no quería que se notase tanto.

Estuvieron charlando, ultimando detalles del evento, cada uno aportando lo suyo, hasta que decidieron continuar en otro momento. Cada uno por su lado necesitaba asimilar lo vivido.

***

Al llegar a su casa, Silvia encontró a María, quien sabía de la entrevista, esperándola. Corrió

hacia ella estallando en llanto.

—¿Qué te hizo ese hijo de puta? —preguntó María abrazándola; entonces, vio que, en medio de sus lágrimas, su amiga sonreía. Desconcertada, María preguntó—: ¿Qué es lo que pasa? Por favor, no entiendo.

—Creo…creo que me enamoré.

***

Miguel tenía que atender varios problemas relacionados con el colegio. Estaba reunido, en ese momento, con la vicedirectora Aurora Castillo. El primer tema era quién portaría la bandera en la próxima fecha patria.

—La bandera la portará Rogelio Correa, y serán sus escoltas la niña Rosina y Estela Cardoso.

—¿Cómo eligen al abanderado en este colegio? —interrumpió Miguel.

—Se busca el mejor promedio de todos los grados, excepto de los tres primeros porque son muy chicos para llevar la bandera.

—Vale decir que el mejor promedio del colegio es Rogelio.

—No exactamente —corrigió la vice—. En realidad, el mejor promedio es de Rosina. Rogelio es el segundo, pero siempre es el varón el que lleva la bandera.

—No es justo. Si Rosina tiene el mejor promedio, la que tiene que llevar la bandera es ella.

—Pero es una nena.

—Efectivamente, es una nena con el mejor promedio del colegio.

—Entonces, usted le va a comunicar a Rogelio que no es el abanderado.

—No, lo que voy a anunciar es quién es abanderada por mérito propio y por acto de estricta justicia. Llame a los tres niños y les comunicaré quiénes y por qué son los abanderados y escoltas.

Cuando los tuvo frente a él, notó en Rogelio cierta desazón, mientras que Rosina no cabía en sí del gozo que le provocaba la noticia.

El otro gran tema era la señorita Amapola Sastre Ahumada, y su inclinación a los violentos métodos de enseñanza y a su adicción a la bebida. Reunido con ella y la vicedirectora, les hizo saber su opinión y su consecuente resolución.

—En mi colegio —comenzó diciendo Miguel— no admito ni admitiré ningún método violento de enseñanza. Si el niño tiene alguna dificultad cognitiva o alguna falta de atención, se comunica a los padres para que, juntos, se avance en la solución del problema. En cuanto a la adicción al alcohol, no toleraré que usted, señora Sastre, venga al colegio en estado de ebriedad. Mi obligación es elevar un informe al Ministerio de Educación; seguramente abrirán una investigación, y no me caben dudas de que saldrá perjudicada. No es mi intención frustrar la carrera de nadie, pero tampoco dejar pasar una trasgresión como esta. Les propongo, en primera instancia, una amonestación por lo sucedido y su compromiso, señora, bajo palabra de que no repetirá ningún acto de violencia con los alumnos y, por supuesto, abstenerse de venir ebria a dar clase. Firmamos los tres y guardamos el documento sin que pase al organismo oficial.

Accedieron rápidamente. Y los papeles se guardaron en el armario, bajo llave.

Cuando las maestras se retiraron, Miguel sacó el documento y lo guardó en el bolsillo de su saco; si lo dejaba allí, muy pronto iba a desaparecer.

***

Tenía que ir inmediatamente a entrevistarse con el papá de Rogelio. Quería proponerle integrar la cooperadora del colegio, claro que antes había que crearla. Poseía varias ideas al respecto.

Al llegar a la casa de Emiliano Correa, lo encontró refrescando las plantas con una regadera de metal. Cuando se detenía en las rosas, lo hacía con tal esmero que no había dudas de que la tarea le resultaba no solo placentera, sino también un acto de amor.

—Vengo a interrumpir tu romance —bromeó Miguel.

—El romance es entre el clavelito y la rosa —fabuló Emiliano—. Vamos adentro, tomamos unos mates y charlamos. ¿A qué debemos tu visita, Miguel? —preguntó el dueño de casa

—Deseo poner en funcionamiento la cooperadora para nuestro colegio. Tú sabes —afirmó Miguel— que es fundamental no solo para ayudar económicamente al colegio, sino que además es importante para la integración de los padres al colegio; si esto se logra, cierra el círculo de la educación, mejorando ostensiblemente la interacción dialéctica entre el colegio y el hogar. El funcionamiento de una cooperadora pone en evidencia uno de los sentimientos sociales más importantes de una comunidad: la solidaridad. Y lo mejor de todo es que la solidaridad es contagiosa. Para mí es una falta grave que la escuela no tenga una, y creo que urge su creación.

—¿Por qué tanto apuro? —preguntó intrigado Emiliano.

—He llegado a un acuerdo con el matrimonio Marini y... la Srta. Silvia Ortiz. —Hubo una vacilación al nombrar a Silvia, un lapsus casi imperceptible—. Ellos han organizado un desfile de moda y me pidieron si podían utilizar el colegio como lugar del evento. Les dije que sí porque es una forma de acercar e integrar el colegio a la comunidad. Pero se necesita personal para trabajar en conjunto en la organización y el desarrollo del desfile.

—Esta es una improvisación temeraria —objetó Emiliano—. La creación de la cooperadora, en principio, es una idea muy buena, pero se necesita, como mínimo, una buena discusión para poner en claro sus fines y objetivos. En cuanto al desfile, se necesitan, por lo menos, unos seis meses para llevarlo a cabo.

—No tengo tanto tiempo, solo dispongo de cuarenta y cinco días —se excusó Miguel y, además, ya di mi palabra.

—Puedes retirarla o posponerla. Nunca pensé que eras un improvisado, al contrario, tenía la impresión de que eras una persona cauta y reflexiva.

—Es que lo soy —afirmó Miguel tocado por las palabras de Emiliano.

—Hablá con los Marini. Ellos son personas muy comprensivas, seguramente entenderán.

—¡Es que no son ellos!

—No entiendo, ¿acaso no es con ellos con quienes acordaste? No me digas que… ¡Oh, por Dios…, es una criatura!

—No es una criatura —intervino Ada, que había entrado al salón sin que advirtieran su presencia—, es toda una mujer; mi madre, a su edad, me tuvo a mí. Además, esta chica tuvo que madurar rápidamente cuando murió su mamá. Espero que sepan respetarla y que no la hagan sufrir —sentenció.

Se produjo un silencio filoso y prolongado. Los tres bajaron la vista, tal vez como modo de reflexión o tratando de encontrar alguna salida al conflicto que se presentaba.

A Miguel le tocó romper el silencio. Lo hizo tímidamente, como si hablara con él mismo.

—En ningún momento dije que tuviera alguna relación con la señorita Silvia…

—Ni falta hace, Sr. Miguel. Basta con mirar el brillo de sus ojos cuando la nombra —interrumpió Ada irónicamente.

—Solo hemos cambiado algunas ideas acerca del desfile. Ella nada sabe de mí, y yo nada sé de ella. Debo reconocer, eso sí, que es muy bonita, elegante e inteligente.

Ada, que no podía ocultar su sonrisa, preguntó:

—¿Le gusta, Miguel?

—Por supuesto, Silvia es una chica que gusta a todo el mundo —se defendió Miguel, quien de pronto sintió una necesidad imperiosa de acariciar a la muchacha, aunque más no fuese con el pensamiento.

—Y tú, cariño, ¿qué opinas? —preguntó Ada a su marido.

—Solo puedo decir que conozco bien al padre de Silvia, que sé de su fuerza física y de lo bien que maneja los cuchillos —bromeó Emiliano.

—Hablando en serio, te propongo, entonces, que nos aboquemos de lleno a la organización del desfile. Se me ocurre que podría hablar con algunos papás del club, y también pedir ayuda a los alumnos de quinto y sexto grado. Y… dejamos para más adelante la formación de la cooperadora, tomando como base a los integrantes de la comisión profestival que vamos a conformar.

—Bravo, Emiliano, estoy en todo de acuerdo contigo. Y ya tengo mi candidato a presidente de la cooperadora.

Al salir de la casa, Miguel se encontró con Rogelio, que venía de la calle.

—Hola, Rogelio, ¿me acompañás? Voy a la casa de Silvia.

—Buenas tardes, señor director, no puedo acompañarlo porque tengo que estudiar —respondió Rogelio muy serio.

—No es mucho el tiempo que vas a perder conmigo.

—Ya perdí la bandera. Ud. me la quitó, señor.

—Yo no te la quité, solo efectué un acto de estricta justicia —sentenció Miguel contrariado.

Era una situación embarazosa y despareja. Un señor mayor, con mucha experiencia en discusiones y, además, docente; contra un niño, rojo de vergüenza, en desventaja, pero dispuesto a defender lo suyo. Así lo vio su padre que, junto con su esposa, eran mudos espectadores.

—Voy a llamarle la atención a Rogelio, no puede enfrentar así a su director. Además, está equivocado —expresó Ada dubitativa.

—Dejalo, es su pelea, defiende su verdad. Ya se va a dar cuenta de su error, me llena de orgullo su actitud.

Miguel trataba de calmarse y recuperar al docente que había en él.

—¿Acaso tenés dudas del merecimiento de tu compañera Rosina, de excelentes notas y conducta?

—No, señor, ella es muy estudiosa y muy buena y, además, es mi amiga. No tengo nada contra ella. ¡Usted me sacó la bandera!

—Te entiendo, Rogelio, creeme que te entiendo. Pero date tiempo, ya comprenderás —concilió Miguel dando por finalizada la discusión.

***

El contratiempo no debía alterar su intención de visitar a Silvia, por lo tanto, sus pasos se encaminaron hacia su casa.

En el trayecto pudo revivir objetivamente lo acontecido con Rogelio. Sonrió al recordar como lo había enfrentado el niño, bien parado y seguro, y le auguró un futuro de fuertes convicciones.

Este pensamiento le sirvió para atenuar su ansiedad por encontrarse con Silvia. Al llegar a la casa, golpeó fuertemente las manos para ser atendido. María, la amiga de Silvia, salió a recibirlo.

—Buenas tardes, señor director. Déjeme adivinar: busca a Silvia.

—Sí, efectivamente.

—Está muy atareada con el desfile, apenas descansa, ¡tiene tanta energía! Le voy a decir que usted la busca.

—No, por favor, permítame sorprenderla en plena actividad. Perdone usted mi atrevimiento.

María lo pensó un momento y lo hizo pasar.

Al trasponer la puerta de entrada, Miguel notó que todas las voces que hasta entonces se escuchaban callaron de pronto. También se detuvieron las máquinas de coser y las agujas en manos de las jóvenes que ayudaban a Silvia, quien permanecía inclinada sobre la mesa, efectuando un corte sobre un molde de papel y con el centímetro colgado al cuello, muy concentrada en su tarea.

Miguel se tomó todo el tiempo para contemplarla. ¿Es que siempre lo sorprendería su belleza? Vestía una camisa de manga larga, recogida, bien ajustada al cuerpo; una pollera ancha acampanada, sujeta con un cinturón ancho que abreviaba su cintura. Calzaba unas chatitas que resaltaban la perfecta curvatura de sus pantorrillas. Por Dios, cuánta belleza.

Y eso que su pelo, sedosamente lacio y negro, tapaba su rostro, que recién apareció cuando enderezó la cabeza, alertada tal vez por el silencio que se había instalado en el improvisado taller de costura. Cuando sus ojos se posaron en él, sintió su mirada mansa y pura, y un profundo golpe en el centro del pecho, que le quitaba el aire y la voluntad de poder cerrar la boca, que había quedado ridículamente entreabierta.

Silvia, también sorprendida por la presencia de Miguel, atinó solo a reclamar:

—María, ¿qué me has hecho? Y usted tiene que avisarme cuándo va a venir —lo increpó a

Miguel, que a duras penas se iba recuperando.

—Por favor, no culpe a María, yo le pedí que no le avisara de mi presencia. Quería sorprenderla trabajando, perdone mi atrevimiento.

—Chicas —interrumpió Juana—, creo que nos merecemos un par de horas de descanso.

Y rápidamente fueron desalojando el recinto.

—Quería ver algunos detalles organizativos —mintió Miguel—. De hecho, he conseguido ayuda de Emiliano Correa para organizar una comisión profestival. Quería que conversáramos un rato, Silvia, si vamos a trabajar juntos… Quizás, hablar de su vida, de sus proyectos, sus sueños; hablarle un poco de los míos. Tal vez a usted no le parezca y considere que hay una diferencia importante de edad entre nosotros, y hasta es posible que me vea como un “viejo”. Si es así, dígamelo sin tapujos. Quizás, hasta tenga ideas diferentes a las suyas. A mi madre solían decirle que yo era un tipo de ideas raras, peligrosas, que ofendían la moral y las buenas costumbres.

—¿Y usted qué dice ante esas acusaciones?

—Que mis ideas no son para nada raras, todo lo contrario. Y, en cuanto a la moral, es importante saber a cuál moral se refieren; si es la de los explotadores, seguro que se ofenden. Yo, que lucho contra ellos... Mi moral es la de los desposeídos. Lo mismo podíamos decir de las buenas costumbres. ¿De qué costumbres hablan? ¿La de explotar mano de obra? ¿La costumbre de empobrecer a la gente para enriquecerse ellos? ¿La costumbre de no permitir el acceso a la cultura a las masas empobrecidas? Si es así, ofendo las buenas costumbres. Amo la humanidad para que todos, absolutamente todos, tengan los mismos derechos y obligaciones.

—Yo amo a Dios —aseguró Silvia—, del cual usted no dijo si lo ofende o no.

—Me parece bien que usted lo ame, pero yo no creo en su existencia.

—Me da miedo lo que dice… Entonces, ¿usted está con el diablo?

—No, por favor. Los teólogos sostienen que, si Dios existe, también existe el diablo. Vale decir que, si no se cree en la existencia de Dios, tampoco se cree en la existencia del diablo. Por favor, Silvia, nunca tenga miedo a las ideas distintas o desconocidas.

—Pero Dios no es una idea —replicó enfáticamente Silvia—. En todo caso, es un sentimiento.

—Si es así, Dios es subjetivo, lo que equivale a decir que depende de las personas que lo sienten.

—Me expresé mal. Dios es todo, es nuestro creador, el que rige nuestras vidas; es un ser hermoso, tierno y bueno. Yo lo llevo dentro de mí; es el que me ayuda a soportar lo que me lastima, lo que me duele y, además, mi mamá está junto a él —expresó Silvia muy emocionada, hasta el punto que las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No, por favor, Silvia, no llore, solo estábamos hablando. Si usted lo siente así, está bien que lo haga; cada uno debe interpretar a su manera.

Sacó un pañuelo del bolsillo y suavemente le secó el rostro, con inmensa ternura. Estuvo tentado de abrazarla contra el pecho, pero comprendió que no era el momento.

***

Organizar un desfile de modas no es nada sencillo. Se debe contar con la infraestructura adecuada; disponer de una pasarela, de un espacio donde ubicar a la gente y uno para la venta de entradas; conformar todo lo referido a la iluminación, la publicidad, etcétera.

Uno de los temas más discutidos fue el de las entradas. Querían que el precio resultara accesible para todos, pero, también, que los ingresos cubrieran mínimamente los costos.

La señora Marini gastó mucho dinero en la compra de telas y demás accesorios para la confección de los vestidos. Alguien más se comprometió a pagar el trabajo de las costureras. A Silvia no le interesaba cobrar, solo quería tener la satisfacción de llevar adelante el evento. Por otro lado, creía que era una inversión a futuro. La señora Marini pensaba que, después del desfile, podría vender sus diseños. Además, había logrado que participaran mayoristas cordobeses, gente de la moda y algunos medios periodísticos.

Este evento, gustase o no, era elitista. Evidentemente, solo podrían adquirir las prendas aquellos con cierto poder adquisitivo. Miguel pensó que eso era una ventaja porque el colegio no tenía espacio para albergar demasiada gente.

Pero, cuando se inicia un proyecto, este desarrolla su propia dinámica y, si no se contemplan todas las posibilidades, puede resultar incontrolable. Esto fue más o menos lo que sucedió.

El boca a boca, más alguna publicidad en los medios, produjo una conmoción social importante. A tal punto que, a pocos días de la realización del festival, hubo que llamar, de manera urgente, a una reunión de las partes organizadoras porque todo el pueblo quería presenciar el evento.

Al principio, la galería de la escuela fue un caos. Todos opinaban a los gritos. A Miguel le costó esfuerzo lograr que hicieran silencio y organizarlos para que hablaran uno por vez.

Naturalmente, Miguel se convirtió en moderador y presidente de la asamblea. Advirtió que todo integrante de la comisión tendría voz y voto, lo que la concurrencia aceptó sin discusión. Comenzó su exposición haciendo historia de como se había ido organizando el evento y también sus fines, los costos y la repartición de ganancias, en caso de haberlas. Habló, además, del entusiasmo del pueblo, que quería su festival. Trató de ser imparcial y justo. Invitó a la concurrencia a anotarse en una lista de oradores para proponer soluciones.

La primera en anotarse fue Silvia, quien expuso lo que, para ella, debía hacerse.

—Este desfile fue un sueño que teníamos con la Sra. Marta Sánchez Renán de Marini. —Marcó enfáticamente el nombre—. No teníamos grandes pretensiones, ella solo quería que yo pudiera exponer los modelos que había creado. Fue por su gran bondad que pude elaborar los mismos. El Sr. Marini colaboró estrechamente con este sueño, obviamente, sin ningún interés económico. —Miguel disfrutaba doblemente de la oratoria de Silvia, la veía y escuchaba extasiado; tan joven y tan segura, tanta claridad era patrimonio solo de algunos pocos y ya veteranos. Tenía que admitir que estaba perdidamente enamorado de ella—. Pero lo que fue un deseo particular —continuó Silvia— se ha convertido en el objetivo de todo el pueblo. Y no exagero. Por lo tanto, señores, el pueblo tiene que participar. Si no hay lugar, tendremos que ser

creativos, aunque eso altere la organización del evento.

Al terminar fue ruidosamente aplaudida en señal de asentimiento. Luego, tomó la palabra Javier que, junto con su esposa Juana, eran entusiastas colaboradores del desfile.

—Si todos estamos de acuerdo, como unánimemente se expresaron, hay que buscar un lugar más conveniente donde entre toda la gente. A nuestro criterio, tendría que haber sillas en los laterales de la pasarela y armar una especie de tribuna en altura, que se puede construir con caños y tablones, similar a las tribunas de fútbol.

—¿Se dan cuenta —interrumpió Miguel— de que es un riesgo muy grande improvisar de ese modo? Ni siquiera tenemos lo más importante, que es el lugar.

—Se me ocurre —intervino Emiliano— que podríamos hacerlo en los galpones de acopio de cereales; es una construcción sólida y espaciosa. Tendríamos que gestionar ante el ferrocarril un alquiler temporario, limpiar, colocar las luces, instalar la pasarela y montar las tribunas tubulares.

Después de la exposición de Emiliano, se produjo un silencio. En presencia de una solución, se debe pensar si aceptarla o no. De pronto, todos volvieron a ponerse de pie. Hablaban a la vez y Miguel se vio obligado a intervenir nuevamente para poner orden.

—Si todos están de acuerdo —dijo—, tenemos que organizarnos en grupos, que cada persona se responsabilice por la tarea que se le asigne y luego reunirnos diariamente para evaluar los avances. No olviden que quedan solamente diez días. Por lo tanto, el día nueve, tiene que estar todo, absolutamente todo, finalizado.

Tuvo que apelar a su capacidad organizativa para encomendarle las tareas a cada líder designado. Esperaba no equivocarse en ello. Al cabo de una hora, todo se encaminaba y pudo captar, satisfecho, que el entusiasmo iba en aumento.

Notó que Silvia estaba por retirarse y, entonces, presuroso, le pidió a Emiliano que lo reemplazara y se dirigió hacia ella.

—Veo que ya se retira, Silvia, y no quería que se fuese sin que pudiera agradecerle la claridad conceptual de su intervención y expresarle mi admiración.

—Por favor, Miguel, me hace ruborizar. Al contrario, yo debo agradecerle por salvar y lograr mi sueño.

—¿Sabe una cosa? Sus sueños bien pueden ser mis desvelos.

—Lamento causarle tantos problemas.

—No me entendió, Silvia. Lo que pretendo es ser parte de sus sueños y ayudar a realizarlos.

—Miguel, al principio era mi sueño. Hoy veo que es de todos y es lo más hermoso que me puede pasar. Por cierto, eso me compromete mucho más, hasta siento que mi tiempo ya no es mío o, por lo menos, no para dedicarlo a mis cosas.

—Si me permite, la acompaño a su casa.

—Le agradezco, Miguel, pero el Sr. Marini me lleva a su casa; tenemos que ultimar detalles con la señora Marta.

—¿Solo por eso?

—Absolutamente, Miguel, los tiempos son estrechos. No lo tome como un rechazo, me gusta

su compañía —dijo y giró rápidamente para que no detectara el rubor en su rostro.

***

Y el día llegó con la misma exactitud cósmica de siempre, pero con una expectativa colectiva distinta de un pueblo que intentaba vivir algo grato y diferente.

Silvia se levantó antes que amaneciera, casi sin dormir, ansiosa, inquieta, pero a la vez feliz. Su objetivo más importante estaba a punto de cumplirse, un sueño largamente acariciado. Y no venía solo, traía consigo a Miguel, y se preguntó seriamente quién traía a quién.

No tuvo que elegir demasiado el atuendo. Se pondría el mismo pantalón pescador que había usado el día anterior.

Se sentó frente al espejo y comenzó a maquillarse. Delineó sus ojos con cierta reminiscencia egipcia que le agregaba intensidad a la mirada.

Se dirigió al galpón donde se llevaría a cabo el desfile y donde esperaban las demás chicas para realizar el último ensayo general, el definitivo.

Al entrar descubrió a su infaltable amiga María con las chicas ya ubicadas a un costado. Miguel trabajaba en una lámpara reflectora. Advirtió que su rostro reflejaba el cansancio de su trasnochada: tenía una leve sombra de barba, unos anteojos a mitad de la nariz que le dejaban libres los ojos. Un encantador relámpago visual se plasmó en su memoria y le agitó el corazón, más aún cuando él levantó la vista y su mirada le acarició el alma.

—Buen día, Silvia, por favor, dígame cómo hace para ser tan bonita.

—Buen día, Miguel, gracias por el cumplido. Le sugiero, casi le exijo, que se vaya a descansar. En pocas horas más, voy a necesitar de su lucidez e inteligencia para poder llevar adelante esta quijotada.

—Sí, ya me voy. Antes debo decirle, para su tranquilidad, que todo ha sido probado: la música y las luces. No se agote, por favor. Usted, más que nadie, tiene que estar lúcida.

***

A las cuatro de la tarde, se abrió el salón. Desde muy temprano, el público estaba merodeando el lugar. Algunos hacían fila para sacar las entradas y otros, para entrar. Adentro todo estaba bien dispuesto, iluminado, quieto, silencioso.

La mayor actividad se daba entre bambalinas, en los vestuarios, en la sala de maquillaje. Se habían colocado tabiques, una amplia sala de espejos, un cambiador y una antesala para la salida a escena. Una división más pequeña se utilizaba como sala de maquillaje; las sillas eran atención del almacenero de ramos generales. Por lo general, las tareas eran supervisadas por la Sra. Marini.

Silvia repasaba, una y otra vez, el vestuario y el listado de quiénes llevarían cada ropa y en qué momento. Algo la preocupaba y por eso realizaba una revisión más exhaustiva.

Respiró hondo, extrajo agua del bidón, se sirvió una copa y la tomó casi con desesperación. Tenía que sentarse y calmarse, pero lo descartó de inmediato; si lo hacía, se le arrugaría la ropa,

y ella tenía que estar impecable.

Vestía traje verde claro, chaqueta bien entallada y una pollera bien ajustada, con una blusa de seda también al cuerpo, medias negras con una línea oscura en la parte posterior, sostenidas con ligas en la parte alta de los muslos, detalles que marcaban las formas de sus piernas de manera grandilocuente.

La confección de los diseños era así y representaba, claramente, la transición a una nueva época.

Volvió al vestidor y se dirigió directamente a la Sra. Marta.

—Tengo la impresión de que falta algo, como si hubiese olvidado algún detalle —comentó Silvia preocupada.

—Palomita, no sé, ¿qué puede ser? A mí me parece que todo está bien: el salón, la pasarela, el vestuario, las chicas…

—¡Las chicas! Eso es, vamos a verlas.

Una vez que estuvieron con ellas, rápidamente se dio cuenta de que faltaba una.

—¡Por Dios! Falta Concepción, tan luego Concepción.

La desazón y angustia de Silvia se debía a que estaba previsto que la jovencita cerrara la muestra con un vestido en el que había puesto mucho esmero y trabajo, y que había sido confeccionado sobre el cuerpo mismo de Concepción.

¿Y entonces? Repasó mentalmente el cuerpo de cada chica, pero nadie se adaptaba a él.

—Chicas, chicas, presten atención —dijo Silvia—. ¿Alguien sabe por qué no vino Concepción? —Nadie respondía, solo murmullos entre sí y hombros que se levantaban—. Por favor, si alguien sabe algo, que lo diga. Es muy importante saberlo para solucionar el problema.

—Parece ser que el padre no quería que participara —respondió finalmente una de las modelos.

—A mí también algo me comentó —agregó otra.

—¿Qué hago ahora, Sra. Marta? —preguntó angustiada Silvia.

—Voy a ver quién se puede acercar a la casa de Concepción para averiguar qué pasa —expresó solícita Marta mientras se encaminaba hacia afuera del vestuario.

En el camino se encontró con Miguel, que repasaba el discurso de apertura. Estaba impecablemente vestido con un traje azul marino, chaleco, corbata de seda a rayas azules y rojas, camisa blanca y puños dobles que le permitían lucir un hermoso par de gemelos de oro, regalo que su padre le había hecho cuando se había graduado.

Al ver a Marta, dejó rápidamente sus papeles y se dirigió a ella.

—Tenemos una situación crítica, Miguel. Concepción, una de las chicas, no se ha presentado y Silvia está como loca.

—No sé por qué Silvia se preocupa tanto, supongo que cualquiera puede reemplazarla.

—Ahí está el problema, Miguel: resulta que es una prenda exclusiva que Silvia creó sobre el cuerpo de Concepción.

—Entiendo —admitió Miguel—, aunque me niego a creer que no haya nadie que pueda lucir ese modelo.

—En general, no hay figura como la de esta chica, pero además ensayaron los movimientos y los giros para realizar la caminata en pasarela.

—En ese caso, la que tiene que modelar es Silvia; conoce todo sobre el modelo y, además, tiene muy buena figura para lucirlo.

—Se lo voy a proponer, creo que puede ser una buena idea.

***

—No, no, de ninguna manera. Yo no soy modelo; soy solamente la diseñadora, la modista, la costurera, lo que quieran, pero nada más. —Fue la respuesta exaltada de Silvia—. El director no tendría que meterse en cosas de mujeres.

Miguel fue a buscar a Emiliano para ver si podía averiguar algo más sobre el faltazo de Concepción

El padre de Concepción se había negado a dar explicaciones de por qué su hija no iba a participar en el desfile. Ofuscado, solo había dicho: “No voy a entregarle mi hija a ese hijo de puta”.

—Por lo visto, me he ganado enemigos sin querer y sin saberlo —dijo Miguel sorprendido cuando Emiliano le contó—. Después de esto, voy a tener que tomarme un tiempo para evaluar en qué lugar estoy parado y evaluar una estrategia. Está entrando mucha gente y ya falta poco para el inicio del espectáculo. Voy al vestuario a ver si Silvia pudo resolver el problema.

Silvia estaba en un rincón, repasando sus apuntes organizativos. La admiró a distancia; siempre encontraba en ella algo nuevo, una pose o un gesto que incrementaba su belleza. Se aproximó sigilosamente, hasta tenerla tan cerca que casi podía rozarla. Cuando ella advirtió su presencia, levantó la vista hacia él. Era tanta la ternura que transmitía en su mirada que tuvo que hacer un esfuerzo para reprimir el impulso de tomarla en sus brazos.

—Sr. Miguel, ¿en qué puedo servirlo?

“En tantas cosas, chiquita, en tantas cosas”, pensó Miguel sin decirlo.

—Sé que ha tenido un contratiempo y…

—Es algo que yo tengo la obligación de solucionar y, si no hay solución, no se realizará la presentación final y yo…

—Nada de eso —dijo Miguel en una especie de contrapunto de interrupciones—. Usted no puede matar la ilusión más importante de su vida.

—Qué sabe usted de lo que pienso y siento…

—Lo suficiente para comprender el tremendo dolor que causa la no presentación de su creación más importante.

—Tendré que resignarme.

—Jamás diga eso. No tolero a los que se dan por vencidos sin luchar. —La tomó por los hombros y logró que lo mirara a los ojos. Resistió la tentación de besarla, de consolarla. Solo buscó las palabras y tono de voz adecuados, y comenzó a hablarle—. Los sueños nunca se dejan de lado. Son los alimentos del alma, son los que hacen que no nos estanquemos en una realidad

no querida. Algunas personas los dejan ir y se hunden en la mediocridad. Otros luchan, una y otra vez, para modificar lo que no les gusta; son los idealistas. Usted elige. —Miguel hizo una pausa y continuó—: Déjeme decirle que usted es una muchacha muy talentosa, capaz, decidida, y no solamente por el diseño, sino también para mostrar el modelo. ¡Míreme a los ojos! —dijo alzando la voz—. Usted es muy bonita, Silvia, y tiene una elegancia natural, y conoce como mostrarle a la gente la vestimenta que le conviene.

—¿Qué sabe usted de moda, de belleza y de lo que yo pueda inspirar en la gente?

—Simple: soy especialista en belleza femenina, y no hace falta ser un erudito para saber que usted no pasa desapercibida. En segundo lugar, no puede defraudar a quienes creemos y confiamos en usted.

Después de decirle esas palabras, se acercó al micrófono. Ya era hora y tenía que dar inicio al evento. Dejó a Silvia entre sorprendida y extasiada, y así la encontró Marta, que la estaba buscando casi con desesperación.

—Silvia, estamos a cinco minutos de abrir el festival y no sabía dónde estabas. ¿Qué te pasa, querida? ¡Tenés una cara!

—Creo que me abofetearon.

—Por Dios. ¿Quién te golpeó?

—No fue a mi cuerpo, sino a mi orgullo. Y también creo que me lo merecía.

***

—La escuela Fray Mamerto Esquiú, la Sra. Marta de Marini y la Srta. Silvia Ortiz les dan la bienvenida al Primer Festival de la Moda en nuestra querida localidad. Se trata de un evento único en su género que nace de la inspiración de dos mujeres talentosas y creativas. Seguramente, esta muestra dará que hablar y trascenderá las fronteras locales. Y la escuela, por mí representada, sensible a todo hecho cultural, está aquí para dar apoyo a este proyecto aunque haya individuos y/o sectores que atentan contra el espíritu solidario y social de las entidades de bien. Hoy debía desfilar una preciosa niña que venía ensayando desde hace mucho tiempo en el modelaje, pero su padre truncó arteramente el sueño inocente y juvenil de la joven de lucir un modelo ante ustedes, y lo hizo con la sola intención de perjudicar al colegio. —Miguel hizo un silencio para dar énfasis al mensaje y, luego, continuó—: Pero, al margen de actitudes que no voy a tolerar, lo importante ahora es dar inicio a este festival tan esperado y que ustedes puedan disfrutarlo.

La pasarela tenía forma de U; con alfombras rojas, propiedad de la iglesia del pueblo, conseguidas por gestión de la Sra. Marta y gracias a la buena voluntad del cura párroco. Estaban firmemente sujetas a un piso de madera. A ambos lados, había luces realizadas con cajas de latas de aceite, también fijadas al piso. Eran cajas cuyo lado brillante servía para la reflexión de la luz emitida por las lámparas. Estaban diseñadas para regular la altura de la emisión ya que, en muchos casos, debían evitar que se notara, por ejemplo, la repetición de calzado en las modelos. Las otras luces debían enfatizar, especialmente, el trabajo de las chicas y estaban sostenidas desde los tirantes del techo. Sus formas colgantes tenían un hermoso trabajo artesanal.

También había que destacar la escenografía en la que tanto empeño había puesto la señora Marta, con diseño de Emiliano, y ejecutada por un entusiasta grupo de obreros ferroviarios y algunos alumnos bajo la dirección de Etelvina, la maestra de Labores.

Se había pensado, además, en la mejor distribución del público para su comodidad y la mejor visión posible. Se habían colocado sillas en los laterales de la pasarela y, en la parte central, se habían dispuesto asientos especiales o butacas. Era el área más cara, especial para los figurones.

Atrás se había montado una especie de tribuna o gallinero bien asegurada. La popular, la más humilde de las ubicaciones, pero la de mejor visión panorámica.

Luego de la presentación oficial, tomó el micrófono el relator y comenzó el desfile. La primera en mostrar su atuendo fue una jovencita de diecisiete años llamada Jesusa, poco dotada en físico y nombre.

“Creo que Silvia se equivocó al elegir la apertura”, pensó Miguel.

—Permiso, Miguel —le susurró Silvia a su espalda—, no quiero perderme esto.

Comenzó a sonar la rumba de Pérez Prado, y una sonrisa ancha iluminó la cara de Jesusa. Sus ojos, entonces, parecían despedir chispas de colores. A Jesusa le desapareció lo escuálido y el desgarbo.

Miguel se dio cuenta, entonces, de que aquel baile inicial era premeditado.

Desfiló un traje sastre tradicional, compuesto de una pollera angosta, ajustada al cuerpo, cuyo largo pasaba las rodillas. Llevaba una camisa blanca con *jabot* y saco también al cuerpo.

Jesusa recorrió todo el largo de la pasarela y, después, desanduvo con elegancia el camino hacia la salida de las modelos. Allí se fundió en un abrazo con Silvia y se retiró a cambiarse para la segunda pasada. Nuevamente, sus movimientos cadenciosos, con ritmo y alegría, despertaron el aplauso general.

Al llegar a la mitad de la pasarela, ingresaron otras modelos, tal cual estaba previsto. Lo hicieron de manera espaciada para dar lugar a una observación detallada del público y ocupar buen tiempo en que no se notara la limitada cantidad de modelos. Toda una ecuación y un desafío coreográfico.

Los problemas que se habían presentado se fueron solucionando en equipo; cada uno exponía una idea y explicaba lo que quería hacer. Nombraron un moderador para contener y ordenar el aluvión de propuestas. Para Miguel esto era materialismo dialéctico en estado puro.

—Le dije que no se podía perder la salida de Jesusa —comentó Silvia a un Miguel confundido y extasiado.

—A propósito, Silvia, tengo que hablar con usted…

—Ahora no tengo tiempo, Miguel —interrumpió Silvia y se alejó hacia los vestidores.

***

El festival se iba desarrollando dentro de lo esperado. El locutor anunciaba cada salida y, también, el vestido, el corte, su costura, etc. Siempre asistido por la Sra. Marta que, junto con Silvia, habían elaborado el texto para cada presentación.

La muchacha se mostraba incansable. Estaba en cada detalle y, como buena previsora, tenía a mano una almohadilla con las agujas e hilos listos. Hasta en la boca sostenía el brillo de algún alfiler.

La música se emitía a través de un moderno tocadiscos, propiedad del dueño de la propalación, único en el pueblo. Había parlantes bocina ubicados de manera estratégica, aunque técnicamente el sonido no era de lo mejor debido a la mala acústica del galpón.

Miguel recorrió todo el predio a modo de supervisión. Sus pasos lo llevaron adonde estaba Silvia, que era un lugar apartado dentro del vestuario. Tenía a su lado a un silencioso Rogelio, que esa tarde había abandonado su enojo.

—Lindas chicas, Rogelio.

—Sí, Sr., pero la mejor de todas es Silvia. Mírela, se parece a mi mamá cuando era más joven. Tengo una foto.

“Claro que sí, muchacho —pensó Miguel—. Es tan linda como la belleza misma”.

—Será mejor que no interrumpa su tarea, se la ve muy concentrada.

Se dio vuelta para retirarse, sin advertir que en ese momento Silvia levantó la vista y lo vio.

—Miguel, por favor, no se vaya, tengo que hablar con usted. —Al llegar a su lado, expresó—: Quería comentarle que decidí desfilar y que lo haré al final, gracias.

Miguel la escuchó felizmente asombrado y la miró a los ojos con intensidad. Tenía ganas de comerla a besos.

—Me alegro por usted, Silvia. Hoy tiene que ser su día, el más importante de su vida. Queda poco tiempo, vaya a prepararse. Vamos, Rogelio, tenemos que apurarnos; hay mucho por hacer.

Y se retiró presuroso.

Mientras Silvia se introducía en un vestuario, Miguel tenía el firme deseo de que todo saliera bien, de que fuera un momento espectacular para ella. Para que fuera perfecto, tenía que verificar la música, la iluminación, la presentación, todo.

Habló con el iluminador de cómo un haz de luz tenía que acompañarla.

—Rogelio, tenés que preguntarle al encargado de la música si tiene *Las cuatro estaciones*, de Vivaldi ¡Hay que apurarse!

Su mente creativa funcionaba a todo vapor. No tenía tiempo para armar un nuevo esquema de presentación, pero confiaba en encontrar las palabras adecuadas.

—Sí, Sr., dijeron que tienen *Las cuatro estaciones*, pero esperan sus indicaciones —transmitió Rogelio casi a los gritos.

—Gracias, chango.

Y se dirigió hacia donde estaba el presentador.

—Te vengo a pedir un favor. ¿Me dejaría presentar a la última modelo? Tal vez sea mucho pedir porque, a lo mejor, has dejado para lo último algún floreo idiomático, pero puedes trasladarlo para el cierre. Necesito trasmitir una emoción, un sueño…

—Es muy bonita la Silvia —interrumpió el locutor—. Le dejo el micrófono, Sr. director.

Fue hacia la cabina de sonido, que daba justo a la puerta de salida a la pasarela. Instruyó al

sonidista para que supiera el momento justo del tema, una obra vibrante y de gran impacto. “Ideal para esta ocasión”, pensó Miguel con el corazón acelerado.

El gran *shock* fue la aparición de Silvia. Nadie la esperaba, nadie la había visto llegar. Apareció como un relámpago en plena noche, con la diferencia de que su luz era permanente, como una presencia cósmica, inconmensurable.

Miguel luchó para volver a un estado racional, y de a poco pudo sentirla más terrenal. Su cabellera se asemejaba a una cascada negra que caía compacta sobre su espalda. Sus ojos, delineados al estilo Cleopatra, resaltaban el verde amarillo de su mirada. Su boca, carnosa, insinuante, pintada de rosa fuerte. Sonrió y a Miguel se le antojó ligeramente provocativa, al igual que su pose, sus piernas, su cintura. El vestido era de color oscuro, entallado hasta la cintura y con un acampanado corto, diez centímetros arriba de las rodillas, con muslos de perfecto torneado. Sin dudas, era un modelo atrevido para la época.

De pronto, Miguel se dio cuenta de que Silvia le hacía una seña con la boca y no sabía qué le estaba pidiendo o si solo quería que la presentase de una buena vez.

—Sras. y Sres. —comenzó—, tengo el agrado de presentar el último modelo de esta tarde noche. Esta colección es la realización del sueño de una joven inteligente a la que le fascina lo que hace. Es de ustedes, nació en el seno mismo de este maravilloso pueblo, hoy dividido por la reaccionaria ambición de unos pocos. De esa división, de esa grieta, precisamente, surge el talento creador de Silvia Ortiz que, como hemos podido apreciar, ha presentado modelos distintivos, innovadores, como este que les va a detallar ahora la señora Marini. Yo solo les pido…

En ese momento, los acordes de *Primavera* interrumpieron repentinos, prepotentes, fuera de tiempo. La puerta se abrió y Silvia apareció en la pasarela. Todas las luces fueron hacia ella. Su exquisita presencia, sumada a la música, produjeron un cimbrón entre los espectadores, como si de pronto hubiese acontecido el renacer de la belleza.

—Silvia lleva un encantador vestido de…

La voz de la señora Marini, dando una explicación sobre lo que lucía la modelo, era apenas audible. Todos los ojos seguían a la joven, que caminaba ágil y desenvuelta sobre la pasarela, haciendo movimientos de cadera y mostrando sus largas piernas, ligeramente curvadas en las rodillas. A Miguel le extrañó tanto silencio por parte del público. Y la señora Marini parecía desconcertada. Pensó en tomar el micrófono y alentar a que se expresaran. Silvia había llegado a la mitad del recorrido, justo a la curva de la herradura. Allí se detuvo, giró el cuello mirando a todos y derramó en los gestos toda su sensualidad.

—¡Silvia, sos una reina! —gritó alguien desde la tribuna, y entonces empezaron los aplausos desde todos los costados.

Algunas personas se aproximaron peligrosamente a la pasarela. Querían ver de cerca a la modelo, pero al final nadie traspasó el límite de cada ala. Silvia se puso de nuevo en movimiento, mientras el público aplaudía de pie. La algarabía cubría los bellos acordes de la música.

Las demás modelos salieron para el saludo final. Desfilaron todas juntas en aquel acontecimiento, que había sido un festival de elegancia y buen gusto.

***

Miguel por fin pudo relajarse. Se desprendió el botón superior de la camisa, se aflojó el nudo de la corbata y se sentó al lado Rogelio, quien comentó:

—Señor, parece que Silvia hubiera hecho el gol del triunfo, ¿no?

—Es buena la comparación, chango. Mirá como la buscan para sacarle fotos. Se la ve preciosa, encandilada, feliz.

—Si yo fuera mayor, señor director, tendrían que matarme para sacármela —dijo Rogelio con seriedad.

—Entonces debe agradarme que seas una criatura. Yo no sé si es correspondido, pero estoy contento de lo que se logró este día. Ahora —continuó— hay que ver cómo desarmamos esto.

Se levantó y se dirigió al bufet. Le hacía falta un trago.

Rogelio se quedó sentado. Hasta que apareció Silvia y se encaminó hacia ella para saludarla.

—Gracias, Rogelio, mi caballero preferido.

Se agachó para poder abrazarlo y, como tantas veces, el muchacho no supo qué hacer con sus manos. Los interrumpieron: la gente quería hablar con ella, reportarla, sacarle fotos. También vio que tanto María como la señora Marini trataban de avanzar y llegar a ella. Las acompañaban dos periodistas de una revista de moda de la capital cordobesa.

—Quisiéramos que nos conceda una entrevista —dijo uno de ellos—. Nos sorprendieron sus diseños, las presentaciones, cómo los lucieron.

—Gracias, señores. Cualquier duda e información, les pido que hablen con la señora Marini, yo dependo de ella —agregó dando por terminada la charla.

María, por su parte, la aturdió con comentarios positivos sobre su actuación.

—Ese vestido corto y entallado le quitó la respiración a más de uno. Y de tu andar no digo nada, nunca te había visto así… Parecías flotar. Eras como un ángel femenino pero audaz. ¿Te diste cuenta de cuánto te ovacionaron? ¿Cómo te sentiste?, ¿qué te dijo el “dire”?

—¡Pará un poco, María! A propósito…, ¿no lo viste? Tengo que encontrarlo. Rogelio, ¿sabés dónde está Miguel?

—Creo que se fue al bufet. Vamos, yo la ayudo a encontrarlo —respondió Rogelio.

***

Al poco de caminar, lo encontraron sentado en un banco, con un vaso de coñac en la mano y la mirada perdida en algún punto del infinito. Cuando él levantó la vista, los vio, se levantó rápidamente, pero no le dieron tiempo a nada. Ambos habían emprendido una carrera hacia él y, de pronto, sintió todo el peso de ella sobre su cuerpo, colgándosele del cuello.

—¡¡Miguel!! Oh, Miguel, gracias, gracias —repetía llenándole la cara de besos—. Todo esto te lo debo a vos. ¡Por Dios, cómo te amo!

Miguel se fue reponiendo de a poco y, recién entonces, pudo disfrutar del tibio cuerpo de Silvia y de ese aliento acaramelado que le invadía el rostro. Sus manos varoniles tomaron

delicadamente la cabeza de la joven, mientras murmuraba:

—Chiquita, chiquita mía.

Así estuvieron un buen rato, hasta que una voz gruesa y ronca de tanto fumar interrumpió el abrazo.

—Silvia, hija mía, si te hubiese visto tu madre...

—Papá —respondió Silvia—, papito querido, qué feliz me siento. Se me cumplió el sueño. —Y se arrojó a esos brazos fuertes y musculosos para el hacha y la pala—. Papá, él es Miguel, director del colegio.

—Ya lo conozco.

—Señor…, yo… —tartamudeó Miguel.

—No tiene nada que decirme; yo solo digo que ella es mi vida misma, y que le juré a su madre que la cuidaría y la haría respetar.

Sus palabras se sentían como una advertencia simple pero profundamente terminante.

—Solo pretendo hacerla feliz, le aseguro —respondió Miguel sin amilanarse—. Si me permite, yo la voy acompañar a su casa.

—Gracias, Sr. director, yo también voy a festejar. A mi modo, claro.

Y se fue caminando despacio hacia un bar cercano.

Rogelio, su niño amigo, estaba a su lado. No se había perdido absolutamente nada.

—¿Qué te parece? —preguntó Miguel.

—Jamás estuve cerca de una pareja de novios; estaban muy unidos recién, como si sus cuerpos se besaran…

—Algo de eso hay, Rogelio, algo de eso.

Y se quedó mirando como rodeaban a Silvia. Todos querían tenerla cerca.

No fue fácil rescatarla. Solo lo logró cuando la tomó de la mano y la retiró casi intempestivamente.

—Perdón, señores, la señorita tiene que retirarse por una cuestión de urgencia.

Y se la llevó al bufet, donde estaban casi todos los colaboradores y miembros de la comisión. Marta y María salieron inmediatamente a encontrarlos.

—Silvia —dijo la señora Marini—, debés estar agotada. Aunque, pese a eso, se te ve feliz. Debés ir a descansar.

—Un momento —intervino el padre de Rogelio—. Sugiero que cerremos bien todo y mañana, a primera hora, nos juntamos aquí para desmontar las estructuras y ver lo del dinero.

Como nadie respondía, María intervino.

—Me parece perfecto. Así vamos a tu casa, Silvia, y hablamos… Tenemos tanto que charlar…

—Si me permites, María —interrumpió Emiliano—, deja ese tema para mañana. Con Rogelio podemos acompañarte a tu casa y te ayudamos con lo que tengas que llevar.

Recién entonces, María cayó en la cuenta de que estaba siendo inoportuna.

—¡Qué boluda que soy! —exclamó en medio de una risa picaresca.

Todos rieron y salieron. Silvia y Miguel fueron los primeros.

Al hacerlo, todo desapareció a su alrededor. Ganaba la urgencia de unirse, de juntarse; deseaban, casi con desesperación, besarse.

No obstante la pasión que sentían, el contacto de sus labios fue suave, de intensa ternura. Sus ojos se entrecerraron, como si estuvieran en un estado de ensueño.

A través de los besos, Miguel supo que Silvia estaba viviendo una primera experiencia en el amor y, al separarse, vio que ella aún tenía cerrados los ojos y el rostro humedecido por una lágrima.

"Qué vulnerable, chiquita mía, qué vulnerable sos —pensó Miguel—. Espero estar a tu altura y ser merecedor de tu entrega".

Finalmente, pudo susurrarle:

—Silvia…, querida, te amo con toda mi alma.

—Yo también te amo, Miguel, no sabés cuánto.

***

Se fueron caminando, muy juntitos, hacia la casa de Silvia. Una vez ahí, se sentaron en el patio abierto, en un banco largo de madera, y se contaron sus vidas, alternando con prolongadas caricias y besos. Miguel logró, por fin, que Silvia abriese más la boca; necesitaba acariciar su lengua y degustar su aliento.

La joven todavía llevaba puesto el conjunto que había exhibido al cierre del desfile. La falda era revolucionariamente corta y, al sentarse, el vestido se retraía sobre sus piernas y dejaba —para deleite de Miguel— al desnudo sus hermosos muslos.

En un momento de la charla, Miguel dejó caer una mano sobre la rodilla de Silvia, y ella se levantó como impulsada por un resorte.

—Perdón, no fue mi intención molestarte —se justificó Miguel.

Pero la muchacha no contestó y, súbitamente, algo se enfrió. Se quedaron callados, pensativos, excepto cuando fueron en auxilio del padre, que entraba tambaleante. Lo llevaron a su habitación y lo recostaron en la cama.

Volvieron al patio, se sentaron en el largo banco. Ella apoyó la cabeza en el hombro de él y se embriagó de su perfume, mezcla de agua, colonia y cigarro. Miguel sintió que la joven buscaba protección y él tenía una faceta protectora, potente e invencible.

Aquello era el inicio de todo.

***

El sueño de Silvia fue interrumpido por unos insistentes golpes en la puerta. Alguien estaba apurado para ser atendido. Se levantó acomodando su ropa de dormir, creía saber quién era la visita. No estaba errada: al abrir, encontró a María plantada, impaciente y bien despabilada.

—Contame, contame, por favor, casi no dormí anoche pensando en vos.

—Buen día, María, estoy bien y enterita.

—Ya veo y creo adivinar el porqué de esa sonrisa de boba. ¿Me contás? —dijo y apartó a su amiga para poder entrar.

—Estoy feliz, María, muy feliz. Se me dio todo, es como si Dios hubiese posado sus ojos en mí y hubiese derramado su magia celestial en mi camino.

—¡Qué mística, pequeña!

—De ninguna manera… Los besos y caricias eran bien terrenales, cada beso me llevaba lejos, lejos… Solo retornaba cuando sentía que acariciaba mi cuerpo. Los silencios, María… Ah, los silencios… Era como si nuestras almas se estuvieran alineando para recorrer un solo camino.

—¿Y bajo el vientre?

—¡María, sos insoportable!

—Es lo más común del mundo, Silvia. Es normal que, en esas circunstancias, sientas humedad entre las piernas y que se te endurezcan los pezones…

—Creeme, María: si lo sintiera, no te lo diría, no comparto mi intimidad.

—Está bien, como digas. Contame, entonces, tus sensaciones en el desfile, si no altera tu intimidad, por supuesto —se burló María.

—Fue otro “regalo” del Señor. Creo que Jesusa nos marcó el camino: a partir de ella, cada una de las chicas fue contagiada por el espíritu festivo, sin dejar de lado la seriedad. Mucha elegancia, muy glamoroso. La gente lo interpretó así. Fue todo espontáneo; me atrevo a decir, el arte en estado puro, la impronta de la creatividad.

—No exageremos tampoco. Era solo una presentación de modelos, nada más —la contradijo María.

—Pero, a falta de talento o experiencia, las chicas entregaron el corazón —afirmó Silvia.

—Lo que nadie puede negar es que vos le pusiste el broche de oro. ¿Cómo lo viviste?

—Fue extraño. Yo no me iba a presentar; mi gran sueño era mostrar los modelos que había creado, solo eso. Pero ver a las chicas luciéndolos y la ausencia de Concepción hicieron que cambiara de opinión. Mi interior, en un principio, se negaba por miedo, pudor o capricho, no sé; hasta que Miguel me sacudió y me habilitó una alfombra para caminar la realidad. Y salí a modelar sonriente y feliz. Creeme que, cuando me detuve en la pasarela, fue para demostrarle al público y a mí misma que allí estaba yo.

—Y te ovacionaron —completó María.

—Fue por el vestido, ¿verdad?

—Sí, pero, además, lo llevabas vos.

—Después, la unión y el beso con Miguel. Ojalá podamos armar una relación, un lazo irrompible —finalizó Silvia

***

En la reunión posfestival, no faltó ninguno de los colaboradores, y de las chicas solo asistió Silvia. ¡Cómo iba a perdérsela!

Al llegar, la actividad estaba a pleno. Ella buscaba constantemente, con la mirada, a Miguel.

Cuando lo vio, aceleró el paso, lo tomó de la cintura y apoyó la cabeza en sus omóplatos.

Miguel, como estaba de espaldas, se sorprendió gratamente. Giró hacia ella y admiró su cara lavada, sin maquillaje, y esa belleza natural la hacía más bonita. ¿Podría acostumbrarse, alguna vez, a verla así y no emocionarse? Seguramente no.

Durante la reunión estuvieron siempre juntos. La tarea de quitar la estructura se realizó rápido, y también la limpieza del lugar. De acuerdo a lo ya hablado, organizado y previsto, tampoco hubo especulaciones al momento de distribuir lo recaudado.

Una vez que finalizaron, se juntaron en una rueda de amigos, satisfechos por lo conseguido, enalteciendo la solidaridad. Alguien sugirió una “picada” y a todos les pareció una buena idea.

La conversación giró en torno al éxito artístico y económico del festival.

—Quiero aprovechar la oportunidad para recordarles la necesidad de crear una “cooperadora” para el colegio; creo que aquí está la base para ello. Quedó comprobado que, hombro a hombro, codo a codo, con un objetivo claro, se logran resultados exitosos —sentenció Miguel—. Eso, por un lado. La otra gran cuestión es el acontecimiento cultural y social, que ha dejado una enseñanza para tener en cuenta. Creo que con el festival se abrió una puerta; ahora le toca a nuestra escuela adoptarla y extenderla.

Cada uno fue aportando ideas, pintura, teatro, artesanías.

—Sin ánimo de oscurecer la discusión, me interesa traer a la mesa el tema de la actitud negativa que tuvo el papá de Concepción al no permitir que su hija participara en el festival —intervino Javier Carnero—. No me pareció casual, y menos aún su expresión soez hacia Miguel, si no me equivoco.

—No te equivocas, Javier, fue efectivamente así. Indudablemente, toda una provocación.

—Creo que forma parte de una ofensiva hacia vos, Miguel, y una advertencia a todos aquellos que te apoyamos.

—Si me buscan, me van a encontrar—respondió Miguel—. Solo apoyé el festival y tomé algunas medidas en el colegio que sin duda molestaron, y eso que aún falta profundizarlo. Creo yo, sin temor a equivocarme, que es un amedrentamiento para aquellos que tengan en mente integrar y colaborar con la cooperadora. Parece ser que hemos pisado algunos “callos” y no piensan permitirlo. Tengo la pretensión de formarla lo más rápido posible. Nadie está obligado, lo que manda la conciencia individual.

El resto asintió silenciosamente. Quien estuvo al borde de aplaudir fue Silvia, que sentía un orgullo desbordante y apretó fuerte el brazo de Miguel.

Pronto, cada uno se dirigió a sus propias actividades, con la firme promesa de volverse a juntar.

Miguel y Silvia también se fueron caminando con su amor a cuestas, enlazados en un halo de ternura y felicidad ¿efímera?, ¿eterna? Tal vez no importaba, pero en el mundo había un amor más.

***

La vida de Silvia había cambiado y sus hábitos también. Su máquina de coser gozaba de una

inmovilidad alarmante, ya no soñaba con nuevos diseños. Sus imágenes oníricas habían cesado. Esto le valió una reprimenda de su amiga.

“El amor, en todo caso, debe reforzar tu profesión, engrandecerlo, enriquecerlo, no abandonarlo”, había manifestado María.

No obstante, Silvia hacía caso omiso a tales argumentos. Se dedicaba fundamentalmente a la lectura y al estudio del marxismo. Miguel tenía mucho que ver en eso, la había entusiasmado con sus relatos y enseñanzas. Leía constantemente a Marx, a Lenin, a Trotsky, a Engels. Y luego podía explicarlo con una claridad conceptual asombrosa.

De a poco fue descubriendo el mundo real, aquel que estaba más allá de la aguja y el dedal, más allá de la sisa y el bretel. Y no le gustó. Es más, le dolió. Empezó a recorrer la pobreza, no la que le era cercana, sino otra, mucho más profunda, con la que no había comparación posible.

Ella no era una militante y tampoco quería serlo, solo acompañaba a Miguel a las reuniones que, por ese entonces, se habían incrementado debido a los conflictos (cada vez mayores) entre los dueños de la tierra y los obreros rurales. Para ese momento Miguel se había convertido en el asesor permanente.

Su intención era no participar. Él pertenecía al colegio, su pasión era la docencia, pero la injusticia lo alteraba mucho. El pueblo, en esos momentos, vivía una suerte de conmoción por la controversia de intereses (en algunos casos, dramáticos), en donde estaba en juego la subsistencia misma. La parte trabajadora no estaba organizada, no poseía sindicato alguno, y por ello los reclamos eran puramente espontáneos y hasta individuales.

Hasta que ocurrió un hecho desgraciado: un obrero rural cayó entre las rejas de un arado en movimiento y sufrió múltiples heridas. No eran fatales, pero debían ser tratadas rápida y acertadamente. Pero eso no sucedió. El pueblo carecía de un centro de atención médica. El único hospital quedaba en Santa Rosa, una localidad cercana.

Tardaron más de un día en trasladarlo; en tanto, la infección avanzaba. Pese al esfuerzo de los médicos, el obrero falleció. Este acontecimiento desató la indignación de la masa trabajadora, y realizaron manifestaciones sobre la calle principal del pueblo. No se atrevieron a hacer la protesta donde correspondía, frente a la casa de Pocho Rossi, ya que el accidente se había producido en su campo y el obrero era de su plantel. Sus compañeros acordaron no ir a trabajar, una especie de huelga. Se quedaron en las puertas de los galpones del ferrocarril que servían para el acopio de cereales y no permitían que fueran utilizados.

De estos conflictos, generalmente, surgen líderes espontáneos que guían a sus pares en este tipo de enfrentamiento. Ese fue el caso de Javier Carnero. Había comenzado siendo una especie de vocero de los obreros rurales en los conflictos cotidianos: falta de herramientas, retrasos en los pagos, entre otros. A partir del accidente, dejó de ser mediador para ser parte.

—No puedo ser espectador cómodo —le comentaba a Juana—. Tenemos que hacer algo, esto no puede pasar como un suceso más. Es muy grave, es la vida de un ser humano que fue apagada por la falta de seguridad en las máquinas, a causa de una patronal desalmada.

Hablaba con fuerza, con ímpetu, como si estuviese frente a una multitud. Hasta él se sorprendió de su histrionismo.

—Tenés razón, pero deben ser cuidadosos con lo que hacen. Hay que actuar de manera inteligente. Alejá la pasión, solo para el discurso —alentó orgullosa Juana.

Pero había un gran problema: Javier no tenía experiencia en conflictos obreros. En realidad, nadie de por ahí los tenía, aunque eran conscientes de que alguien debía conducir a los demás, y confiaban en el instinto y la fuerza de la verdad.

Javier pronto aprendería que no era suficiente.

Los obreros seguían en los galpones. ¿Esperando qué? No tenían en claro como seguir; tal vez debían impedir que se cargaran los granos, aunque los podían llevar después. “Entonces ¿qué?”, se preguntaban. A pesar de que no fuese la solución, cualquier acción debía mantenerlos unidos.

Javier recorría los lugares donde había obreros sentados en el suelo, hablando tonterías, contando algún cuento. Por suerte, hasta entonces, mantenían el buen humor.

Debía evitar que los muchachos quisieran tomarse “un vinito”. El alcohol, en aquellas circunstancias, no era conveniente. Pese a que dedicaba tiempo a hablar con todos y hacerles entender la necesidad de continuar con la medida y mantener el espíritu de lucha, el paso de las horas atentaba en contra.

***

Rodolfo “Pocho” Rossi era una persona irascible, de mal carácter y prepotente, que solo se interesaba en él. Era hijo único de una familia de hacendados ricos, de pocos estudios y mucha juerga. Al padre de Pocho le había costado un dineral la juventud de Rodolfo Rossi. Debía desembolsar para pagar multas y para acallar a padres que reclamaban que el joven había pisoteado el honor de sus hijas. Él daba por hecho que todas las mujeres debían rendirle pleitesías.

Su entonces esposa era una muchacha culta, de buena figura, que Pocho había acechado por un corto tiempo.

Un día la invitó a dar una vuelta en sulky *y, como él no le era indiferente, aceptó. Dieron una vuelta por el pueblo, conversando animadamente, y luego enfiló hacia la salida camino a Diego de Rojas.*

—¿A dónde me llevás? —preguntó curiosa Amapola.

—Ya te vas a enterar —respondió Rodolfo.

A poco de andar, detuvo el sulky *y ayudó a bajar a su acompañante. Rodolfo la tomó por la cintura y la besó violentamente. Amapola, sorprendida, trató de apartarlo sin lograrlo. Se defendió como pudo: con los pies, con las manos y hasta con los dientes. Esto enfureció más al agresor. Y sin miramiento le arrancó el vestido, la arrastró hasta un lugar aplanado y la violó. Así, sin más ni más, ¡la violó! Penetró con su miembro, cuantas veces quiso, en ese cuerpo virgen. Luego, la ayudó a vestirse, le arrancó la enagua para limpiarle la sangre sobre sus piernas, la cargó en el sulky y la depositó en su casa, cuando apenas podía caminar.*

La señorita Amapola Sastre Ahumada pertenecía a una familia poderosa e influyente y, por lo

tanto, lo ocurrido había producido una conmoción importante en el pueblo.

Como siempre, el padre de Rodolfo había tenido que dar la cara, impedir que su hijo fuese encarcelado. Había llegado a un acuerdo con la familia de la joven: se casarían de inmediato. Y Rodolfo, aunque de mala gana, había tenido que aceptar la decisión.

Los primeros tiempos, Rodolfo parecía haber cambiado. Se había dedicado a los negocios familiares y actuaba con respeto. El nacimiento de su primera hija había ayudado a que la pareja estabilizara su vínculo.

La bonanza había durado poco. Rodolfo había vuelto a la juerga y a las mujeres, y la relación de pareja se había resquebrajado. Amapola había comenzado a beber, tratando inútilmente de mitigar su dolor. Esa actitud había empeorado la situación a tal punto que, cuando ella se oponía a tener relaciones íntimas, él usaba la fuerza, la ponía en cuatro patas (como a un animal) y la poseía. Ese era Rodolfo Rossi, sin contar la brutalidad con que trataba a sus empleados.

Por esa razón, lo enfurecía tanto el conflicto. Además, tenía que entregar miles de quintales de trigo a una empresa de Rosario, y estos “negros de mierda” le estaban impidiendo cargar los granos. Al principio, pensó en sacarlos a la fuerza con su servicio de choque o con la policía misma; pero, en ambos casos, llevaría tiempo, organización, y el pueblo no aceptaría el costo social que eso significaría.

Contaba con los vagones listos para cargar y el tren por llegar. Pese a la indignación que tenía, debía negociar. Hasta entonces, la queja era solo por la muerte. Tenía que ponerse en contacto con sus pares y unificar posiciones, aunque el accidente hubiese ocurrido en su campo.

Después de la reunión, se dispuso a ir, con otros patrones, a negociar con los obreros rebeldes. Se sorprendió al ver la cantidad de gente que había en la puerta de los galpones. No solo estaba la peonada, sino habitantes del pueblo que iban para acompañar la protesta o, tal vez, estaban ahí por simple curiosidad. La otra sorpresa fue descubrir que el líder de los obreros era Javier Carnero. Como no era peón, sino puestero, se le cruzó por la cabeza que quizás podría cuestionar su competencia en el conflicto. “Ya veré”, pensó Pocho.

Llegaron y los peones los rodearon. Los patrones no eran de amilanarse por situaciones como aquellas, no obstante, eran muchos. Javier no quería que se produjera un litigio mayor y fue en auxilio de Rossi. Le pidió que subiera al andén, un metro sobre el nivel, y que hablara con los obreros.

—Escuchen todos —empezó diciendo—, no entiendo esta movilización ni la razón por la que no van a trabajar. Lo que ocurrió fue solo un accidente y, como tal, pretendo resolverlo.

Desafortunada expresión. Los peones reaccionaron con gritos desaforados e insultos, y Javier debió intervenir nuevamente. Cuando pudo calmar a la multitud, tomó la palabra para encauzar la reunión.

—Compañeros, no tenemos que dejarnos llevar por el enojo, por la ira, aunque sea justificada. Lo principal, en este momento, es resolver el problema. El Sr. Rossi no puede ignorar la gravedad de lo sucedido. No es “solo un muerto”, “nada más que un muerto”; las máquinas deben ser seguras para que los trabajadores hagan su trabajo con tranquilidad y confianza. Compañeros, hay una verdad inobjetable: el accidente ocurrido en el campo del Sr. Rossi pudo

suceder en cualquiera de las chacras. Vale decir que este reclamo es en contra de todos los patrones que explotan a los campesinos. La mayoría de los obreros no conocía sus derechos, no tenía en claro esto, hasta ahora. Fue necesario que algo así ocurriera para que abrieran sus mentes sometidas. Una liberación que se tradujo en estas expresiones desafortunadas.

Asintieron y volvieron los gritos. Rossi y sus pares sintieron un resquemor. El suelo vibraba por el golpeteo de los pies en el piso. La atmósfera estaba muy cargada, parecía una centella invisible.

Javier sintió que era el momento de rebelarse, lo percibió desde lo alto del andén, solo que debía tener la calma suficiente para manejar bien la situación. Y, ya que carecía de experiencia, debía seguir su instinto. Toda la vida se había sentido un laburante. Bueno, era hora de luchar por los derechos de todos.

—Compañeros..., compañeros —gritó por sobre el tumulto. No era fácil calmar semejante alboroto—. Compañeros —insistió, y de a poco llegó la calma. Aprovechó para continuar su discurso, tenía en claro lo que iba a proponer—. Compañeros, debemos exigir tres puntos fundamentales. —Hizo un alto para dar fuerza a lo que debía decir—. ¡Primero, seguridad! No se puede trabajar en condiciones precarias, atados a la máquina con una soga para no caer. Y ustedes saben que es un ejemplo, que hay mucho más. En segundo lugar, necesitamos un seguro de vida que nos cubra de eventuales accidentes. Y, por último, una mejora sustancial en el salario. No puede ser que nuestros patrones nos paguen lo que se les antoje, sino que debe ser un porcentual de lo realizado. Es decir, más se trabaja, más se gana.

Nueva explosión de júbilo. Se lograba una adhesión firme y solidaria. Se establecían razones contundentes del movimiento y no era un pedido, era una exigencia.

Pocho Rossi estaba cada vez más incómodo. Debía poner fin a la situación aunque estuviera ante una “multitud salvaje”. El tiempo corría en su contra. Miró a quienes lo acompañaban; dependían de él por el momento. Debía aceptar la derrota. Ya verían después esos negros de mierda quién era él.

Buscó con la mirada a Javier Carnero y lo llamó.

—Che, decile a esta gente que acepto el pedido.

—No, don Rossi, suba y dígaselo usted.

Javier quería que fuese él mismo quien se comprometiera a cumplir el acuerdo. Sin vacilación, el patrón subió al andén e intentó hablar. El bullicio continuaba.

—Compañeros —pidió Javier—. El Sr Rossi tiene algo que decirles.

Y recién entonces se hizo silencio.

—Solo quiero decirles que acepto el pedido y que yo personalmente…

No pudo continuar hablando; lo interrumpió el griterío, el desahogo triunfal de la masa. Todos saltaban, motivados por el paso grotesco de la exaltación. Se abrazaban, se daban la mano, sentían una efusiva alegría.

¿Alguien recordaba haberle ganado alguna vez a un patrón? Era tanta la algarabía que nadie escuchaba el reclamo de Javier.

—Compañeros, esperen, vuelvan aquí.

Pero habían iniciado una suerte de procesión carnavalesca. Cantaban, reían, bailaban. Habían ganado. Javier se preguntó si realmente habían ganado. ¿En dónde constaba el triunfo?, ¿quién lo avalaba? No quería ser pesimista; después de todo, la aceptación de Rossi era un gran logro y tenía que paladearlo.

Se bajó del andén y apoyó su espalda en el muro como buscando aliviar la carga que llevaba. Ensimismado en sus pensamientos, no advirtió que Juana se aproximaba presurosa, contenta. Lo abrazó con fuerza y, luego, lo besó largamente.

—Eres mi héroe, estoy orgullosa de ti.

Los dos hijos llegaron también y se colgaron a su cintura. La paz le invadió el cuerpo y el alma. Se zambulló en la profundidad del “remanso” que significaban los suyos. Solo faltaba un artista que pudiera inmortalizar semejante cuadro.

En esa armonía los encontró Miguel, que de lejos había presenciado todo lo ocurrido. En la desconcentración se había cruzado con Rodolfo Rossi y su comitiva, que iban arrastrando la derrota y el odio de clase.

—Espero que no sea su mano la que accionó esto, director —le vomitó rencorosamente el Pocho Rossi.

No fue mi mano. Fue la suya, señor —respondió irónico Miguel.

***

Entonces disfrutaba de la familia Carnero y de su íntima felicidad.

—Salió todo bien, Javier, aparte de que ha nacido un nuevo líder para la clase trabajadora —opinó Miguel.

—No lo completamos, amigo, solo se logró un acuerdo de palabra. Y si hay algo de lo que desconfío es de la palabra de Pocho. Nos faltó contundencia, nos ganó el entusiasmo, nos faltó experiencia.

—Es un primer paso. El pueblo se conmovió, nunca vivió algo semejante. Hay que estar atento; es solo la primera batalla —opinó Miguel.

—Es como tú nos decías ayer, cuando discutíamos el tema: el enfrentamiento con la patronal es permanente, aún en pleno gobierno peronista.

—Es que tu gobierno no resolvió ni resolverá la contradicción fundamental: burguesía, proletariado —agregó Miguel como una sentencia.

De pronto, sintió un rápido cambio en el ritmo cardíaco. Era Silvia, que se acercaba.

—Hola a todos, y un especial saludo al héroe de la jornada. Mis respetos, Javier, y mi admiración a la mujer que te sostiene y alienta. ¡Hola, Juana querida! Hola, chicos, ¡qué padre tienen!

—¿A mí no me saludas? —rezongó alegremente Miguel.

—Es que siempre estás en mí, entonces verte es una redundancia.

Y le plantó un beso en la mejilla.

—Cómo has cambiado, muchachita —opinó Emanuel, que llegaba con Rogelio—. Qué bueno es verlos juntos en este acontecimiento memorable. Creo que esto merece un brindis. Podemos ir a casa; tengo grapa, ginebra, y anís para las damas.

Todos asintieron gozosos. ¡Sí que valía la pena!

Antes de partir, Rogelio se acercó a Javier y le dijo muy serio:

—Cuando usted estaba allí arriba... —Señaló el andén—... hablándole a la gente, se me representó mi abuelo domando a las mulas.

***

El Pocho Rossi no podía ni respirar de la bronca, el pecho se le aceleraba, y su mente trabajaba a la misma velocidad. Sentía que las venas se le hinchaban por el fervor enardecido de la sangre. Se sentía burlado, vejado por esa chusma. Muertos de hambre. ¡No! De ninguna manera podía admitir lo que había pasado. Hasta habían tenido el tupé de enfrentarlo guiados por ese mequetrefe de Javier Carnero, y eso que parecía que no mataría ni a una mosca.

Pero no lo engañarían. Ese muerto de hambre, seguramente, era guiado por las ideas y pensamientos del director del colegio. Estaba clarito.

Su calentura se atenuaba en la medida que creía saber quiénes eran los causantes de su traspié. Tendría que planear su venganza; ¡ya verían esos con quién se habían metido!

Decidió ir a visitar a la viuda del hombre que había muerto en el accidente. Vivía en un rancho que había hecho levantar en una zona del campo que necesitaba ser cuidado para evitar la fuga de animales. Era una construcción precaria, que denotaba pobreza.

Encontró a la mujer sentada en una silla destartalada, dándole de comer a su hija de apenas año y medio. Una mujer muy joven pero mal vestida, con el pelo desprolijo, sucio. Y un rostro que no podía disimular el dolor, la angustia, la tristeza. Sus ojos no trasmitían nada. Su mirada era distante, apagada, sin vida.

—Ester, he venido a traerte unos pesos. Dejá el chango por ahí y vamos adentro —ordenó el Pocho. —La mujer dejó a la niña sobre una improvisada cuna y entró al rancho, lenta, sumisa—. Escuchame, por ahora podés quedarte aquí. Más adelante veremos. Te dejaré plata, pero haceme el favor de quitarte el vestido. Ya sabés, de lo contrario, te lo arranco yo. Rapidito…

No era la primera vez que se presentaba y le ordenaba que lo complaciera. La mujer pensaba que ya no podía pasarle nada más. Se sacó el vestido y dejó al descubierto una parte de su cuerpo joven.

Rodolfo Rossi la poseyó salvajemente, sin palabras ni caricias, sin sentimiento. Se levantó, acomodó su pantalón (que ni siquiera se había quitado del todo), dejó unos billetes sobre la mesa y salió tranquilo, más tranquilo.

La mujer volvió en busca de su hija, todavía más hundida en la tristeza y desesperanza que tenía cuando Rossi había llegado.

***

El Pocho sabía que tenía que ganar tiempo y tomar medidas ejemplificadoras. Había que atenuar la derrota de algún modo. Lo primero fue hacer llamar a Javier Carnero. Además, debía buscar los puntos débiles del maestrito para poder bajarle los humos. Hablaría con su mujer acerca de la actitud del director en el colegio y, también, acerca de qué clase de relación lo unía con la costurerita. Debía atacar en todos los frentes. En cualquier momento vendrían sus pares para realizar una reunión que definiría el accionar sobre el reciente conflicto. Por supuesto que no tenía la menor intención de cumplir con el acuerdo.

***

Cuando llegó Javier Carnero, lo hizo pasar. Se acomodó en su sillón preferido, más suntuoso y alto que los demás asientos. Mirar desde arriba lo hacía sentir bien, y esa postura, como él quería, era ciertamente intimidante.

—¿Cuánto falta para terminar nuestro contrato de trabajo?

—Tres meses —respondió Javier.

—Lo vamos a dar por finalizado. Te pagaré el valor de cinco meses. Y quiero que desalojes la casa inmediatamente y saques a tus animales. Tenés una semana —le dijo tajante.

A Javier no lo agarró desprevenido, sabía que el Pocho Rossi no admitiría tener en su propiedad al enemigo. Firmó la rescisión del contrato, tomó su dinero y se retiró sin decir palabra.

Por su parte, Rodolfo Rossi sintió la satisfacción de manejarle la vida a quien se le antojara. Quitando del medio al líder de los rebeldes sería más fácil dominarlos.

Su plan tomaba forma. Todo volvería a la normalidad.

***

Esa noche, como le ocurría últimamente, Silvia había soñado con Miguel. Estaba feliz. En cuanto abrió los ojos, recordó el sueño. Si bien había sido hermoso, la había dejado ensimismada en algunos interrogantes.

Ambos eran apasionados. Ella lo deseaba con el alma, pero su religiosidad se imponía al deseo. Sentía que cada vez era más débil ante los avances de Miguel y que no podía ni debía abandonarse a sus inquietudes. Se dio cuenta, también, de cuánta falta le hacía su madre. Necesitaba de su consejo para que la relación de amor entre ellos no se convirtiera en un problema.

También pensaba en que Miguel —aprovechando el receso escolar— quería viajar a Catamarca y visitar a sus parientes. Eso la tenía inquieta, no le gustaba mucho la idea de separarse de él aunque fuese por unos pocos días. Mas sabía que, de todos modos, en ese tiempo, ella debía resolver algunas cuestiones.

Miró hacia donde estaba su silenciosa máquina de coser y supo que volver a la costura era lo principal. Le había dedicado mucho tiempo a la lectura y al estudio del marxismo; descuidado lo que era su pasión, su propósito, aunque tenía en claro que había crecido en personalidad e

intelecto.

Iría a ver a su amiga Marta Sánchez Renán. Sonrió. A ella le gustaba que la llamara así.

Escuchó que golpeaban la puerta. Interrumpió sus pensamientos y fue a atender. Era María, su amiga de siempre.

—¡Hola, Silvia! —dijo eufórica.

—Hola, María.

—Muchacha, qué carita. ¿Qué te pasa?

—Mucho, pero vos también pondrás esta cara cuando te cuente. ¿Te acordás de Ester Pizarro?

—Sí, por supuesto, éramos inseparables en el primario.

—Se comenta que se trasladó a Santa Rosa con su hija. Parece que volvió con su familia en las peores circunstancias, viuda y en la miseria.

—Oh, Dios, pobre chica.

—Debemos ubicarla María —agregó Silvia secándose las lágrimas. Intentaba no quebrarse para poder actuar con firmeza—. María, la Ester nos necesita, debemos estar a su lado.

—Voy a averiguar dónde podemos encontrarla —respondió solícita María.

—Debo ir a la casa de Marini. Cuando vuelva, si vos ya sabés como llegar a ella, vamos a verla.

Salieron juntas. Mientras Silvia se dirigió a la casa de Marta, María salió dispuesta a conseguir información sobre el paradero de Ester.

***

—Hola, Silvia, mi palomita. Qué gusto me da verte —saludó tiernamente la señora Marta, al recibirla en la puerta principal—. Pasá, ponete cómoda, qué linda sorpresa. Silvia, hace mucho que no nos vemos. Contame, sé que tu vida ha cambiado, contame.

—Bueno, algunas cosas sabe. Mi noviazgo sigue viento en popa y soy muy feliz por ello. Miguel es especial, y sí, me cambió la vida. Además de disfrutar de este idilio, me dediqué a leer mucho y estudiar, en lo que puedo, al marxismo, con el cual me identifico totalmente.

—Me alegra muchísimo que seas feliz. Sabés que siempre estás en mis oraciones y, fundamentalmente, en mi corazón. Con lo que no estoy de acuerdo es con el marxismo y los marxistas. Creo que se aprovechan de gente ingenua, como vos, les lavan la cabeza y los llevan por caminos caóticos, ajenos a nuestra fe cristiana y a las buenas costumbres.

—Permítame disentir, Sra. Marta. A mí nadie me obligó a leer y estudiar al marxismo; yo, por mi cuenta, comencé a desmenuzar esta ideología, nueva para mí y, a medida que avanzaba, más me convencía. Fue un logro totalmente personal. Y no creo que vaya en contra de la fe cristiana, si muchos de sus conceptos coinciden con las palabras evangelizadoras de Jesús.

—Mi querida Silvia, no hay duda de que pensamos distinto, lo cual no significa que te quiera menos —dijo Marta tomando las manos a la joven—. Te propongo dejar esta discusión para otro momento y nos dediquemos al motivo por el cual viniste.

—Sra. Marta, la amo y la respeto como si fuera mi madre. Usted es adorable, perdone si en

algo la ofendí.

—De ninguna manera, palomita. No me ofendiste, de ninguna manera. Y ante todo quiero que saques ese “señora” absurdo de tu vocabulario y me llames por mi nombre, sin ningún tipo de protocolo, como corresponde a las amigas que somos.

—Gracias, Marta, será como llamarla mamá —dijo Silvia muy emocionada y agregó—: Quiero retomar la costura, pero no en la forma que lo estaba haciendo. Quiero salir a buscar trabajo, no esperar a que lo traigan. Quiero crear un taller de costura, y pensé que usted podría ayudarme.

—Claro, con todo gusto. Sabés que tengo muchos contactos y relaciones. Debemos organizarnos. Lo principal es…

Estuvieron varias horas organizando las tareas por realizar. Hasta que Silvia recordó el compromiso pendiente con María.

—Marta, tengo un compromiso importante y urgente.

Y le relató el desagradable acontecimiento de Ester Pizarro.

—Andá tranquila, mi pequeña samaritana. Cumplí con tu amiga y después nos juntamos nuevamente para finalizar nuestras estrategias.

Silvia salió presurosa hacia su casa.

Cuando llegó, María estaba esperándola.

—Ya sé dónde vive Ester. Vamos a tener que caminar bastante porque no es accesible, no hay caminos ni calles por donde puedan entrar los vehículos. En diez minutos nos pasa a buscar un coche de alquiler. Te sugiero que te cambies de ropa. Ponete un pantalón y calzate unas zapatillas cómodas, vamos a atravesar a pie algunos campos arados.

***

Tuvieron que caminar más de una hora sobre un piso irregular; los surcos hacían mella en los delicados pies de las muchachas.

Cuando avistaron el rancho, se sorprendieron de su estado calamitoso y, a medida que se acercaban, era peor. Horrorizadas ante lo que era una verdadera tapera, pensaron que difícilmente alguien pudiera vivir en semejante ruina.

—¡Ester, Ester, hola! —gritaban al unísono las mujeres.

Del rancho salió una mujer sorprendida por los gritos. Su figura era patética. Al reconocerlas, intentó correr hacia ellas, pero no lo logró. Parecía que apenas podía caminar. Se quedó parada, con la vista baja y los brazos laxos al costado del cuerpo. Lanzó un grito conmovedor y rompió en un llanto convulsivo. Sus amigas la abrazaron y lloraron largamente.

—Ester, ¿qué te han hecho? Por Dios, ¿qué te han hecho? —se lamentó Silvia sin dejar de llorar.

Cuando lograron reponerse, se apartaron sin soltarse las manos. Fue Ester quien habló primero.

—Chicas, estaba tan sola que lo único que me sostenía era la existencia de mi hija. Vengan…, vengan.

Las muchachas nunca habían visto una situación tan extrema; era la miseria en su máxima

expresión, indescriptible para sus ojos solidarios. Solo la pequeña vida rompía con ese cuadro de horror.

—Salgamos —dijo Silvia.

Le faltaba el aire, estaba asqueada y enojada. No podía creer que se pudiera someter a la gente a vivir de esa manera. Ni que ellos tampoco reaccionaran y se dejaran arrastrar a lo más bajo.

—¿Cómo fue que te dejaste denigrar así? Ester, no debiste permitirlo —se lamentó María.

—Se acabó, te venís conmigo. Vamos a preparar una habitación en casa; allí vas a vivir junto con tu pequeña —sentenció Silvia—. Recogé lo que mínimamente necesites.

—Lo mío es solamente lo que llevo puesto; tengo alguna ropa de la beba —aceptó Ester un poco más calma—. Te agradezco lo que hacés por mí, pero ¿estás segura?

—Segurísima. Vamos, no demoremos. Cuando lleguemos a casa, nos contarás tu drama.

Iniciaron el regreso en silencio. Entonces Ester tenía el paso más seguro y estaba calmada. Llevaba a su niña en brazos y el viento jugaba con sus escasas pertenencias. ¿Sería esto un sueño?, ¿podrían ayudarla realmente a cambiar su vida?

***

Después de sortear los obstáculos del camino, llegaron a la casa de Silvia e inmediatamente acomodaron a la niña en el cuarto donde se quedarían.

—Te preparo un baño, Ester. Antes que nada, tenés que asearte y lavarte la cabeza. No puedo creer el estado en que tenés el cabello. Te voy a conseguir ropa para que te cambies. ¿Tenés ropa interior?

Ester bajó la cabeza y, conteniendo el llanto y avergonzada, contestó:

—No tengo. La última bombacha me la arrancó el Pocho Rossi, destruyéndola.

—¿Qué tiene que ver ese personaje con vos? —preguntó azorada María.

—Hace unos días vino a mi casa y abusó de mí.

—¿Y vos qué hiciste? ¿Cómo lo permitiste? —preguntó sorprendida Silvia.

—¿Qué podía hacer? Mi vida había dejado de ser mía.

—Creo que es mejor que te higienices, nosotras nos encargamos de la nena. Luego, hablamos tranquilas —interrumpió Silvia; seguramente les esperaba una confesión dolorosa.

Estuvo mucho tiempo bajo el agua y apareció al rato, totalmente cambiada.

Su pelo —ensortijado por la mugre— se veía lacio, cepillado y recogido. Su rostro redondeado lucía agradable. Sin ser bonita, resaltaba su boca carnosa y sus ojos de mirada profunda y entristecida. Su figura seguía viéndose desvalida.

—Bien por vos, muchacha. Bienvenida al mundo de los vivos, sentate con nosotras y compartí unos mates —invitó solícita María.

—Gracias, chicas, por todo esto. Más aún en este momento difícil, de abandono y soledad. Estuve viviendo una pesadilla constante y el estar aquí, con ustedes, es como haber puesto un freno a mi vida, que iba destinada a la perdición total. —Hizo un alto para apaciguar la congoja,

recuperar la voz y secarse las lágrimas. Rápidamente, Silvia y María se acercaron a tomarle las manos—. Hace un tiempo, mi padre recibió un llamado para trabajar en Santa Rosa —continuó Ester—, lo que nos obligó a viajar de urgencia; no me dio tiempo siquiera a despedirme de ustedes. Nos instalamos en un campo que mi papá tenía que cuidar y trabajar. Mi vida transcurrió monótona y sin ninguna perspectiva. Al tiempo conocí a Daniel, con quien me casé. No me costó mucho enamorarme y me aferré a él desesperadamente, más aún cuando mi padre murió. Tuvimos que abandonar la casa donde vivíamos. Comenzó una peregrinación interminable, de terror. Daniel perdió su trabajo, yo quedé embarazada, no teníamos dónde vivir y rara vez dormíamos bajo techo. La miseria nos fue ganando y se apropió de nuestras mentes y de nuestros sentimientos, resignándonos a lo poco que teníamos. Para entonces salió la propuesta de Pocho Rossi. Creíamos que, al aceptar, terminaría el suplicio. Nos equivocamos y, pese a que ya estaba con nosotros esta gorda hermosa que nos daba una esperanza de vida, los problemas no cesaron; al contrario, se fueron multiplicando. El patrón no solo se atrasaba en el pago del jornal, miserable, por cierto, sino que también empezó a rondarme cuando Daniel no estaba. Rechacé firmemente sus propuestas, hasta con una azada en mano. Esto exacerbó su instinto. La tercera vez que vino, me tomó por sorpresa. Me inmovilizó los brazos, aquietó mis piernas entre las suyas, y la única posibilidad de defensa fueron mis mordiscos. Ese hombre es muy fuerte, y mi resistencia moral y física sucumbió ante su atropello. Me arrancó el vestido y me violó.

—Hijo de puta, hijo de puta —repitió Silvia indignada—. Asqueroso, salvaje.

—Lo peor de todo es que me venció. Ya no me oponía a sus deseos. Y, el día que vinieron a comunicarme la muerte de Daniel, caí en depresión, al borde de andar todo el día como alma en pena. Ni siquiera lo lloré. Supongo que necesito tiempo para, más adelante, despedirlo como corresponde y hacer mi duelo. Tal era mi estado de ausencia que, en esta última visita, ordenó que me sacara el vestido y lo hice como si tal cosa. Seguramente, se dio cuenta de mi indiferencia, se lo notaba molesto; me arrancó la bombacha y la rompió ante mis ojos. Yo estaba en otra realidad, ardía de locura. Y así anduve unos días. Recién cuando las vi a ustedes, pude reaccionar.

—Ester, ¿y tus sentimientos hacia Daniel? —preguntó María.

—No lo sé, creeme que no lo sé —contestó Ester y comenzó a llorar silenciosa y convulsivamente.

—Escuchame, Ester —intervino Silvia—: como te dije anteriormente, vas a vivir aquí, le voy a decir a mi papá que te haga una cunita para la beba. Tenés que recuperarte, y lo mejor es ocupar la cabeza en algún proyecto y trabajar en él. Yo tengo uno que nos involucra a las tres. Vamos a reactivar el taller de costura, las tres tenemos experiencia en esto. Estuve hablando con la señora Marta y nos va a dar una mano. A propósito, ¿cómo se llama tu hija?

—Se llama Soledad.

***

A poco de terminar las clases, Miguel ya se preparaba para viajar a su Catamarca querida, donde vivían sus padres y algunos parientes. Inmediatamente, pensó en Silvia. Claro, estaba

enamorado; vivía con ella, el gran amor de su vida. Pero ya no retornaría a su provincia del mismo modo que había salido de ella. Debían quedar atrás aquellos mentirosos ojos negros que lo habían avasallado en el pasado. Entonces vivía una felicidad a corazón abierto y no quería que se presentara ningún contratiempo.

Un presentimiento le hurgaba el pecho como una mancha inquieta en su límpido cielo. Y su instinto le decía que, aunque pequeña, debía prestar atención a esas señales.

Meses atrás Emiliano Correa le había presentado a un señor que vivía con su familia sobre la calle principal del pueblo. Poseían un local de venta de bebidas alcohólicas y de las otras. Su nombre era Víctor Giusti; el de su esposa, Rina. Y tenían dos hijas: Rosinda, de diez, y Sofía, de diecisiete. En esa ocasión, habían compartido una agradable tarde de mates y tortillas con grasa. Víctor era un hombre callado, bondadoso, lo que permitía que Rina se hiciera cargo de la conversación, casi sin respiro. En aquel momento, a Miguel no le había pasado desapercibida la insistente mirada de Sofía que, pese a ser una niña todavía, tenía una actitud atrevida y cruzaba las piernas de tanto en tanto en una forma muy sugestiva.

Miguel había olvidado el incidente, para él, intrascendente. Pero, en las últimas semanas, la joven había ido a visitarlo en dos oportunidades, aunque en ninguna de las ocasiones la había recibido. Algo le decía que hacerlo le traería problemas. La había observado oculto tras una ventana, y descubierto que no era tan niña como había pensado. Rellenita, de estatura media, piernas bien formadas; ojos claros, verdes, apagados. Una linda muchacha, pero —para su gusto— de belleza etérea.

No sabía para qué lo buscaba, sin embargo, decidió ocuparse de ella y de otros problemas concernientes a la escuela recién a su regreso de Catamarca. Entonces tendría que visitar a Silvia para despedirse. Era la primera separación de la pareja. Solo por treinta días o un poco más de un mes, eso dependería del tiempo que le implicaran los trámites que necesitaba realizar.

El recibimiento de Silvia fue como siempre: muy efusivo. Tenía por costumbre colgarse de su cuello y llenarlo de besos.

Pasaron al interior de la casa, donde María y Ester trabajaban sobre un vestido.

—Mis respetos, señoritas; veo que están muy atareadas y más lindas que nunca.

María lo notó feliz.

—Gracias, Miguel. Con estas dos amigas, no hay lugar para la infelicidad.

Estuvieron charlando un buen rato, felices de tenerse, hasta que Miguel decidió retirarse. Después de saludar, Miguel y Silvia salieron.

—No tardes tanto en volver, Miguel, no me gusta que te vayas.

Lo besó largamente y Miguel se sintió transportado a ese lugar celeste que Platón llamaba Topus Urano.

***

Miguel recogió su valija de viaje y se encaminó a la estación de trenes. Allí estaban, como siempre, Zenón y su esposa Irene, que esperaba. También descubrió a Rogelio, que estaba en un

rincón, apoyado en la pared, y hacia él se encaminó.

—Buenas tardes, amigo, me alegro de verte —saludó Miguel—; hace un tiempo que no disfrutaba de tu presencia.

—Buenas, señor director, aprovecho las vacaciones para jugar al fútbol y salir a hondear.

—Allí llega el tren, te dejo el fuerte a cargo.

Y abordó el vagón de pasajeros, presuroso y sonriente.

No entendió muy bien lo que dijo el “dire” y miró acongojado el tren que se alejaba. El director lo dejaba en ascuas, como lo había hecho Susana. Lo extraño fue como se había enterado de lo de su novia.

Caminaba despreocupado por la calle principal cuando se plantó, delante de él, Cristina, amiga de ella, y en un modo despectivo le dijo:

—La Susana no quiere ser más tu novia, el padre le dijo que no quería verla junto a vos. Me parece bien, sos poca cosa para ella.

Sorprendido, Rogelio levantó la vista y, mirándola a la cara, atinó a decir:

—Qué lindos ojos tenés, Cristina, parecen de cristal.

—Ah, ¿sí? En cambio, vos sos un negrito de las vías.

***

El verano transcurrió rápido, sin intenciones de quedarse. Por eso marzo le dio paso inmediato al otoño, que traería consigo una serie de acontecimientos que nadie esperaba y que, tal vez, estuvieran guiados por la mano del destino. Algunos, en cambio, pensaban que había una lógica que enhebraba los hechos y formaba un tejido resistente al que llamaban azar o casualidad. Como fuera, se desatarían en breve.

En el pueblo nadie podía adivinar el futuro y, por consiguiente, sus habitantes transcurrían sus vidas al mismo ritmo de siempre.

Miguel volvió de su viaje. Se ganó una cariñosa reprimenda de Silvia por su retraso en regresar, y juraron no separarse más.

Lo que fue inmediato fue el retorno a clases, lo que significaba volver a los conflictos con la vice y la maestra Ahumada de Rossi. Más entonces, que se había enterado, por su amigo del Ministerio de Educación, de que su expediente había aparecido en la Junta de Calificaciones. Estaría atento a cualquier movimiento.

Silvia, por su parte, también gozaba de la tranquilidad de sus días, de la relación con Miguel y de su remozado taller de costura, que cada vez le daba más satisfacciones. La clientela aumentaba y sus diseños de ropa eran muy requeridos. Su fama comenzaba a trascender los límites del pueblo. Siempre con la estrecha colaboración de María y de Ester que, por suerte, se recuperaba día a día.

A Rogelio le resultaron cortas las vacaciones. Se la pasaba jugando al fútbol o a las “bolitas”, un juego donde no se destacaba y en el que, por el contrario, siempre perdía.

El comienzo de clases produjo el reencuentro con sus compañeros; entre ellos, Susana, que ni lo miraba. A él ya no le importaba demasiado, solo debía buscarse a otra.

La vida en el pueblo transcurría con tranquilidad, y de ello se aprovechaba Pocho Rossi. Mandó arar la mayor cantidad de campo posible, movió y vendió animales, hizo acopio de cereales y duplicó la actividad agropecuaria. Por supuesto que todo a su manera, sin darle vacaciones a la peonada y exigiéndole más horas de trabajo, sin ni siquiera pagarle como correspondía. A la vez, alentaba a los demás dueños de la tierra a que hicieran lo mismo, incluso a explotar a sus empleados.

A Javier Carnero no le había costado mucho tiempo encontrar trabajo luego de su experiencia sindical y de su consecuente despido. Había comenzado un emprendimiento que siempre le había atraído: el de “comisionista”. Se le encargaban algunas compras y distintos trámites en la ciudad de Córdoba. Hacía falta honestidad, dedicación y responsabilidad, cualidades que a él le sobraban.

Viajaba todos los días a la capital, tomaba el primer tren y volvía a la tarde noche, por el mismo medio. Aquel día bajó del tren cargado de paquetes y se dirigió a su casa. En el camino fue abordado por tres hombres a los que conocía bien; eran peones rurales.

—Queremos hablar con vos, Javier, pero no queremos que nos vean juntos.

—Dejo los paquetes en casa y estoy con ustedes, esperen en la plazoleta —contestó Javier algo sorprendido.

Al entrar a la casa, Javier fue prácticamente “asaltado” por sus hijos, que le pedían el regalo que acostumbraba a traerles de cada viaje, mientras lo abrazaban y besaban. Juana tuvo que esperar a que sus hijos se calmaran para poder saludar a su marido. Fue un largo beso de bienvenida y, en un susurro, le dijo:

—Te extrañé mucho, Javier.

Mientras, le arrimaba el cuerpo sugestivamente.

—Me parece que esta muchacha quiere guerra.

—¿Tanto se nota? —inquirió amorosa.

—Tengo que salir ahora, cuando regrese te cuento. Queda pendiente, para después de la cena, nuestro combate.

Salió sonriente al lugar de encuentro con los peones, creía saber de qué se trataba.

***

Los encontró fumando un armado, tensos, expectantes.

—Queremos que nos ayudes —disparó Prudencio, apodado “el Tigre” por lo del tango, “bastante morocho picao de viruela”.

—¿Qué les pasa, muchachos?

—No nos pagan lo prometido y nos están haciendo trabajar como animales. En algunos casos, hasta se burlan de nosotros. Y los accidentes no han cesado, solo que no han sido fatales —finalizó Prudencio.

—Ustedes saben que ya no trabajo más en el campo, ahora soy un trabajador independiente.

—Antes tampoco eras un obrero del campo, sin embargo, la gente te eligió como líder. Hoy podría pasar lo mismo —enfatizó Prudencio.

—No es lo mismo, Tigre, ya no estoy entre ustedes.

—No es así. ¿Por qué creés que estoy hablando con vos? Te llevamos con nosotros, Javier. Ayudanos.

—Me halagan, Tigre… Habría que lograr reunir a la gente como la vez pasada. No es fácil organizar una concentración así. No olviden que aquello fue espontáneo.

—Pero los motivos son los mismos, salvo la muerte de Daniel.

—En realidad, eso fue el detonante, y hoy no lo tenemos —objetó Javier.

—¿Hace falta una muerte habiendo tanto que reclamar? —preguntó uno de los acompañantes de Prudencio.

La pregunta los llamó a un reflexivo silencio que fue interrumpido por Javier.

—Creo que la respuesta está en los compañeros, por eso hay que trabajar en lograr una concentración y unanimidad. Debe hacerse, digamos, en quince días, clandestinamente, trasmitir la convocatoria de boca en boca. La patronal no debe enterarse. Hay que cuidarse de los alcahuetes a toda costa y recalco: ¡a toda costa! Por último, quiero que recuerden que yo no tengo experiencia en estas lides; lo mío es solo voluntad y solidaridad. Espero que, entre todos, se pueda resolver el problema.

***

Lo habló con Juana después de hacer el amor. Ella puso su cuerpo y su espíritu para llevarlo por el camino de la esperanza y la sabiduría. Javier sintió que abrevar en sus pechos le daba la fortaleza y temple necesarios para enfrentar el porvenir.

—¡Qué suerte tenerte!

—La suerte es mía, Javier, y mutua. Tú me das y yo te doy.

***

Los días fueron pasando y el Tigre Prudencio no podía lograr que la gente se decidiera a emprender la lucha. ¿Tan errado estaba al evaluar el humor de la gente? Ya se habían cumplido los quince días y nada se había conseguido. Se lo hizo saber a Javier, y él insistió en que no cejara en su intento. Ya se daría. Aunque, a solas, Javier se preguntaba cuál sería la razón de la negativa de la gente. Hablaría con Miguel, tal vez pudiera asesorarlo.

Lo encontró en el colegio después de la jornada escolar. Se sentaron a disfrutar de la mutua compañía. Javier le expuso el motivo de su visita informándole todo lo acaecido en la reunión con los peones y lo que le había contado después Prudencio.

—Mi querido Javier —comenzó diciendo Miguel—, el problema que has traído es de muy difícil solución. Las condiciones objetivas siempre van delante de la conciencia subjetiva. Interpretar la conciencia colectiva es el tema. Saber leer si está madura para modificar la

realidad; hace falta tacto, olfato, instinto. La que tuviste vos cuando tomaste las riendas del conflicto y al final, también, cuando convocabas desesperadamente a tus compañeros para que volvieran para plasmar el acuerdo logrado. De haberse llevado a cabo, tal vez no estarían en esta situación. Es muy poco lo que puedo aportar, soy solamente un intelectual con algunas ideas claras. Razono e infiero que los objetivos tienen que ser transparentes, firmes; y las consignas, inapelables, contundentes. La mejora salarial es inobjetable, lo mismo que la seguridad laboral y que se cumpla lo acordado. —Miguel se tomó un tiempo para seguir—. Hasta acá llego yo, Javier. Jamás podría ponerme al frente del conflicto, eso te toca a vos.

—Me falta capacidad intelectual para hacerlo. Además, ya no estoy trabajando en el campo —objetó Javier.

—No hace falta ser un colegiado para ser líder de un conflicto gremial. Además, vos sabés todo lo concerniente al obrero campesino aunque no lo hayas sido estrictamente. O quién se levantaba a las cuatro de la mañana para el ordeñe; quién se movía en el corral, pisando bosta continuamente; quién pasaba días y días pegado a la reja del arado, roturando la tierra, haciendo surcos para la siembra. Es cierto que lo hacías para vos, y no tenías que rendir nada a un patrón. Pero siempre tuviste conciencia de la explotación salvaje que debe soportar el trabajador rural.

Se despidieron con un fuerte apretón de manos, llevando cada uno sus propias ideas e interrogantes.

Miguel se dirigió a su casa, donde se asearía, y visitaría a Silvia. Degustaba de antemano el dulce sabor de sus besos.

***

Al llegar, le sorprendió ver una ventana abierta. ¿Sería un descuido o alguien la había utilizado para entrar? Al ingresar descubrió el motivo. Sentada en el sofá estaba Sofía, con las piernas cruzadas y la falda de la pollera recogida, exponiendo provocativamente los muslos de sus piernas blancas.

—¿Qué hacés acá, Sofía? —inquirió muy serio Miguel.

—Quería hablar con usted, señor Miguel —respondió Sofía levantándose del sofá y alisando su pollera.

—Pero entraste por la ventana. Has violado mi domicilio, y eso está penado por la ley.

La seguridad y su sonrisa cautivadora se esfumaron al tomar conciencia de la gravedad de su accionar. Es que Sofía no dejaba de ser una niña atrapada en un cuerpo de mujer, y era muy religiosa y temerosa de Dios; pero, aparentemente, sus hormonas no le daban respiro.

Sus amigas, al ser consultadas, le aconsejaban que se acariciara con los dedos de su mano y se introdujera en la vagina una vela fina, de las comunes. Sin embargo, no parecía ser lo que necesitaba, aquello no colmaba sus expectativas. Es más, como miembro de la Acción Católica, había ingresado a la sacristía y conseguido allí el cirio pascual, culpa que la estaba destrozando. Aunque se sometiera a castigos dolorosos, no lograba que sus deseos cesaran. Necesitaba ayuda, pero no se animaba a hablar con su madre, tampoco a confesarse; ¡qué podía saber el cura!

Cuando había aparecido Miguel en su vida, supo inmediatamente que era la persona indicada

para resolver su problema; se lo había dicho su corazón, no había podido ni querido apartarle la mirada cuando había visitado su casa. Dos veces había intentado reunirse con él sin lograrlo. Por eso había ido hasta su casa y se había introducido por una de las ventanas. Había elegido el sofá y se había puesto en la pose que, según decían, atraía a los hombres. Entonces, debía soportar a pie firme su mirada acusadora.

—Pensé que usted podía ayudarme sobre un tema científico —mintió descaradamente.

—Tendrías que haber esperado a que yo viniera y no entrar como si fueras una ladrona. Vamos a tu casa, tengo que hablar con tu padre —apuró Miguel bastante molesto.

—¿No me irá acusar? Yo solo quería información.

Miguel no respondió y apoyó la mano en la espalda de Sofía para hacerla salir de su casa y emprender la marcha hacia su domicilio.

***

La caminata fue silenciosa por parte de Miguel y, aun cuando la joven intentaba entablar conversación, se mantuvo parco. Al llegar le pidió que llamara a su padre.

Víctor Giusti lo saludó efusivamente y lo invitó a pasar.

—Prefiero hablar aquí —dijo Miguel—, tengo que tratar un tema delicado con usted.

—Me preocupa, Miguel. Adelante, lo escucho.

—Se trata de su hija Sofía. Estoy padeciendo, por parte de ella, una especie de acoso y creo que usted debe conocer lo que pasa. Tal vez yo esté equivocado, cosa que no creo, pero, si es así, le pido disculpas de antemano. Procuro siempre comportarme según mis valores, y esto puede ser utilizado en mi contra por aquellos que no me quieren nada. Además, estoy cuidando el prestigio de Sofía y de la familia. Hay gente en este pueblo que no se detiene ante nada.

—Lamento este contratiempo, Miguel, y la molestia que pudo haberle causado mi hija. Le pido disculpas y le prometo que pondré en vereda a Sofía.

—Por favor, don Víctor, espero que lo considere como una simple travesura y que este episodio no incida en nuestra incipiente relación.

—De ninguna manera, Miguel, su actitud lo enaltece y resalta su hombría de bien.

***

Pese a la conversación con Víctor, la preocupación no se iba. Se encaminó a ver a Silvia, pensando que tal vez ella lograría calmarlo y quitarle de la cabeza esa sensación horrible de estar viviendo la previa de un desastre.

—Buenas tardes, señor director, pase usted —saludó María al abrirle la puerta de entrada.

Miguel descubrió que había llegado en plena actividad laboral. Al notar su presencia, Silvia dejó todo y emprendió una corta carrera hacia su cuello. Él la tomó de la cintura y la hizo girar como en un paso de baile. Cuando le liberó los labios, saludó también a Ester sin soltar a su amor.

—Si ustedes me permiten, voy a preparar el mate y les voy a cebar gustoso a estas tres reinas

hermosas.

Se armó un círculo de alegre camaradería y de complicidad. A tal punto que Miguel, casi sin darse cuenta, contó la reciente experiencia con Sofía. La alegría se esfumó por un momento, aunque luego estrecharon filas y las mujeres hicieron comentarios lapidarios para con la muchacha.

—Zorra —dijo indignada Silvia.

—Es una gata en celo, disfrazada de mosquita muerta —opinó María.

—Creo que tenemos que hacerle una visita —sentenció Ester.

—No olviden que es una criatura —dijo Miguel procurando atemperar la conversación.

—¿De qué criatura hablás si tiene la misma edad que nosotras? No trates de justificarla, Miguel —agregó Silvia sumamente enojada, al momento que le acercaba el cuerpo, lo que le produjo un escalofrío.

Los escalofríos son premonitorios de algo malo, hubiese dicho su abuela, aunque nadie en su casa fomentaba aquellas creencias.

***

Rogelio abrió el diario mientras caminaba por la calle principal del pueblo. Buscaba afanosamente la noticia de que el general Perón había desbaratado el intento de un golpe de Estado. Recordó el discurso de la noche anterior, en el que un presidente agitado decía: “Si matan a uno de los nuestros, mataremos a cinco de ellos”. “Bien por él”, había dicho el muchacho en la intimidad de su casa. Era junio de 1955.

Venía tan concentrado en la lectura que no había notado que, enfrente de él, estaba Cristina, parada con las manos en la cintura y que por poco lo lleva por delante. Al levantar la vista, se topó con esos ojos claros y transparentes; era como si el sol saliera de ellos. Nunca se había fijado en eso.

—Ey, abriboca, casi me chocás. ¿No ves por dónde caminás?

“¿Por qué siempre me pelea esta rubia desabrida?”, pensó Rogelio, pero solo dijo:

—Me pareció que no había nadie delante de mí.

—Como siempre, parece que para vos yo no existo. De todas maneras, quería decirte que me voy.

—¿A pasear? —preguntó Rogelio en tono burlón.

—Nada de eso. Dejo el pueblo, me voy a vivir a Córdoba. He ganado una beca en el conservatorio más importante de la provincia. Voy a completar mis estudios de piano, terminar el primario y hacer el secundario. Por lo tanto, no te veré más, Rogelio —terminó Cristina casi sollozando.

—Te voy a extrañar, “ojos de cristal” —respondió Rogelio atravesado por una extraña punzada en el pecho.

—Chau, negrito de las vías —dijo Cristina y, como si nada, le chantó un beso en la mejilla, lo que dejó al muchacho sin reacción y más que sorprendido.

Se pasó la mano por el lugar donde había sido besado y notó que esa parte estaba húmeda. ¿Acaso Cristina había llorado? No comprendía nada, ¿qué estaba pasando? Ella se había opuesto a su relación con Susana y entonces… le había dado aquel beso. “¿Quién entiende a las mujeres?”, se preguntó.

***

Los peones rurales, por otra parte, demoraron en tomar la decisión, pero finalmente reaccionaron y se declararon en huelga general.

Habían pasado ya varios meses desde que Javier y el Tigre Prudencio habían hablado del conflicto patronal y los empleados. Habían pensado de manera equívoca en que el obraje reaccionaría con más animosidad a las impopulares y provocativas medidas de sus patrones. No fue así y entonces el conflicto era prácticamente un calco del anterior.

La peonada se juntó en el mismo lugar de las veces previas. Y, a medida que avanzaba el día, se iban sumando más trabajadores hasta convertirse en una muchedumbre rugiente. Reclamaban a su líder, sabían que sin dirección no iban a lograr nada, eran solo una masa pasiva que podía desbocarse de forma descontrolada y sin sustento.

Fueron a buscar a Javier y lo llevaron casi a la fuerza. Y allí estaba, como la vez anterior, sobre el andén del galpón de cereales, parado frente a una multitud que coreaba su nombre y que confiaba en él. Pero, además, otra gente se acercó en apoyo. Los conocía a casi todos; allí estaban sus amigos, sus compañeros de colegio, con la mayoría había compartido una travesura infantil o un vaso de vino en alguna juerga juvenil.

Divisó a don Pedro y a don Juan, amigos de su padre, alentando, reclamando por justicia. Notó también la presencia de los boyeros, niños sufrientes a quienes les habían robado la infancia, víctimas de la explotación infantil. Se preguntaba cómo, en pleno gobierno peronista, pasaban estas injusticias. Allí todavía no había llegado ningún cambio.

Pensó en resolver el problema aunque no fuese de fácil solución. Tampoco era momento de dudas y vacilaciones. “Vengan, santos milagrosos, vengan todos en mi ayuda”, suplicó.

—Compañeros —arrancó por fin Javier—, nuevamente juntos. Juntos para luchar por nuestros derechos. Otra vez nos convoca la injusticia, el engaño y la soberbia de los que tienen todo y arremeten contra nosotros, los desposeídos. Pero les advertimos a estos señores dueños de la tierra que no permitiremos más atropello. —Javier alzó las manos y dijo—: Hoy, las tenemos vacías, pero las llenaremos de justicia. Necesitamos que ellos paguen por sus ultrajes. —La ovación interrumpió el discurso. Volaban sombreros y boinas; les había dicho lo que querían oír. Entonces tendrían que escuchar la importancia de resolver el conflicto y el modo de hacerlo—. Saben ustedes —continuó Javier— que tiempo atrás logramos sacarles a estas patronales desalmadas un acuerdo que consistía en una mayor seguridad en el trabajo, un seguro de vida y un aumento de sueldo acorde a la faena realizada. Vale decir: mientras más trabajás, más ganás. Nada de esto se cumplió; todo lo contrario, se exigió más sin aumento. Lo que sí aumentó fue la inseguridad en el trabajo. En otras palabras, compañeros, volvieron el engaño y la manipulación. A mí no me gusta que se burlen de mí —enfatizó Javier y preguntó—: ¿Y a ustedes?

—¡No, no, noooo! —respondió la multitud levantando los brazos con el puño cerrado y golpeando con sus pies el suelo, como si fuesen parte de un gran tambor de notas discordantes.

—Compañeros… —Javier intentaba continuar—. Por favor, compañeros —insistía en vano. Había tocado una fibra muy sensible. La multitud, de a poco, fue calmando su euforia y prestó atención a las palabras de su líder—. Compañeros, haremos un petitorio para que se cumplan aquellos tres puntos a los que se comprometió el Sr. Rossi en nombre de todos los demás. ¿Hay apoyo para esta moción? Esto es necesario para poder votar —razonó Javier. Fueron muchos los que apoyaron. —¿Existe otra propuesta? —preguntó Javier. Esperó un momento y, después, exclamó—: ¡Pasemos a votar por la presentación del petitorio! Los que estén a favor que levanten las manos. —No quedó nadie sin hacerlo—. Se aprueba por unanimidad el petitorio. Debemos elegir tres compañeros que lo lleven en nombre de todos.

—Te elegimos a vos, Javier.

Y unánimemente todos aprobaron.

—Compañeros, no olviden que yo no trabajo en el campo, que trabajo en otra cosa que no tiene nada que ver con lo de ustedes. Son sus patrones, no los míos. Ellos lo saben y van a rechazar todo lo que yo presente.

—¡Sos de los nuestros, Javier! —gritó alguien de la multitud—. Mi vieja te parió, hermano…

En ese tono se fueron manifestando.

—Gracias, compañeros, yo también lo siento y pienso así; solo que la patronal no lo va a aceptar. Y, para evitar que desvíen el tema, les propongo que busquemos juntos a otros compañeros para representarnos. Yo propongo que uno de ellos sea el Tigre Prudencio.

***

Finalmente, sumaron a dos más y se dirigieron, junto con Javier, a la casa de Rodolfo Rossi, quien los recibió de mala manera. Por supuesto que Rossi ya sabía que irían, tenía una engrosada red de informantes.

—Vos no tenés nada que hacer aquí —dijo dirigiéndose a Javier.

—Vine solo para acompañar, no sabían dónde vivía —bromeó Javier.

—No te hagas el gracioso, hijo de puta, te juro que me la vas a pagar.

Recibió el petitorio y lo leyó sonriente, comentando entre dientes que aquello no tenía valor legal alguno. Abrió la puerta de su casa y desapareció en ella.

***

Los delegados se cansaron de esperar y decidieron volver al lugar de la asamblea. Allí el Tigre Prudencio tomó la palabra por primera vez e informó, muy contrariado, lo que había ocurrido; manifestó, también, que para él habían sido ignorados. Esto ocasionó que la asamblea se dividiera en pequeños grupos de discusión. Al notar esto, Javier decidió intervenir para evitar que se disgregaran.

—Compañeros —llamó Javier—, no debemos dividirnos en grupos para aportar ideas y

discutirlas. Necesitamos hacerlo juntos, cada uno de ustedes puede subir aquí o manifestarse desde donde estén. Por favor, compañeros, resolvámoslo entre todos y organizadamente.

Esto logró hacer más participativa a la asamblea. La mayoría nunca había hablado ante tanta gente y no se atrevía a hacerlo, ni aún desde el llano. Don Pedro, amigo del padre de Javier —un hombre entrado en años, bonachón y muy respetado—, empezó diciendo:

—Vean ustedes, yo siempre he sido de muy pocas palabras, “pegao pa dentro” y de mozo siempre me costó hablar, y pa esa época la descubrí a la Eulogia y me gustó. Cada vez me gustaba más, quería hablarle y no podía, tenía tantas cosas pa decirle. Había veces que me miraba como alentándome a que le hablara, y yo nada. Descubrí, además, que había otro mozo que le arrastraba el ala, y se me hacía que la iba a perder si no hablaba. El finado Jacinto, que era más leído que yo y había terminado tercer grado, se ofreció a ayudarme; él hablaría por mí y juntos la encararíamos. Nos plantamos ante la niña. Jacinto le dijo que yo la consideraba muy bonita, que me gustaba, pero que no me animaba a decírselo. Ella me miró a los ojos y, en un gesto de audacia, le tomé la mano; fue suficiente para destrabar mi lengua, las palabras se vinieron a mi boca como una tropilla de yeguarizos. Con esto quiero decirles que a los problemas hay que tomarles la mano y, como en este caso, hablar como se pueda, con las palabras que tengan.

Hubo muchas propuestas, las pacíficas y de las otras. Todas fueron respetuosamente escuchadas, sin descartar ninguna. Se habló de extender el conflicto, de la necesaria participación del pueblo y de buscar solidaridad en los pueblos vecinos. Javier propuso llevar al Ministerio de Trabajo un acta firmada por todos, pidiendo que se tomara parte en el diferendo. Se eligieron a dos compañeros que acompañarían a Javier para entregarlo. Y así se hizo.

***

Viajaron a Córdoba y fueron atendidos, de manera amable, por dicho ministerio. Se interesaron en los pormenores, y los enviados relataron el conflicto lo más objetivamente posible. Lo que contaron causó sorpresa y malestar entre los empleados y funcionarios que participaban.

Parecía que todos los juicios u opiniones eran favorables a los obreros rurales que, entre otros, representaba, en ese momento, el Tigre. Prudencio no disimulaba la sonrisa en su rostro. Todo lo contrario le ocurría a Javier, que permanecía con el semblante adusto. Había notado un nerviosismo generalizado en todos los niveles de las oficinas ministeriales y, en un alto de las tareas, se lo dijo al funcionario que los atendía. El hombre se quitó los anteojos, se restregó los ojos y expresó:

—Buen observador, compañero, aunque no hay que ser muy perspicaz para darse cuenta de lo que pasa. Usted sabe que este es un lugar muy sensible a los acontecimientos sociales; incluso, recientemente, hubo hasta un intento de sacar al Gobierno.

—¿Usted piensa que puede haber un golpe de Estado? —preguntó angustiado Javier.

—Creo que algo está gestando la oligarquía, y el movimiento obrero no está organizado para oponerse.

—Pero está la CGT.

—No alcanza, hace falta una organización política.

—Están las unidades básicas.

—Son un título nada más.

—Perdone la pregunta: ¿usted es peronista? —interrogó Javier.

—Trabajo en el peronismo —respondió rápido el funcionario, bajando ostensiblemente la voz —. Creo que el peronismo revolucionó a la clase trabajadora, le dio protagonismo y la fue sacando de la pobreza.

—Volviendo a lo nuestro —dijo Javier evitando perder el eje—, ¿usted cree que se pueda lograr algo bajo estas circunstancias?

—Las condiciones están dadas, pero va a llevar tiempo lograr que cumplan con lo que les corresponde. Debemos pasar por alguna etapa previa, como llamar a las partes, para lograr un acuerdo.

—La extensión del conflicto en el tiempo nos perjudica —replicó Javier.

—Son protocolos que hay que cumplir —explicó el funcionario—. Presionaremos a la patronal, pero no olvide que la misión de este ministerio es la conciliación. Y un consejo: busquen sindicalizarse lo más rápido posible.

Finalizada la reunión, la delegación obrera se fue con más dudas que certezas.

***

El viaje de retorno fue silencioso y reflexivo, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Acordaron, para el día siguiente, organizar una asamblea informativa. Prudencio se encargaría de convocarlos. Era el único que tenía un semblante diferente; se debía, seguramente, a que por fin había conocido la ciudad de Córdoba.

Una vez en el pueblo, Javier fue a hablar con Miguel. Pensaba que solo él podía aclararle las ideas.

—Es un burócrata oportunista —sentenció Miguel cuando Javier se refirió al funcionario ministerial—. Típico intelectual de izquierda que cree que la revolución pasa por el peronismo, pero asegurándose, mientras tanto, un “puestito” bien remunerado. No creo que pueda ser de gran ayuda. Lo que sí es correcto es el juicio que tiene sobre la CGT. y algunas unidades básicas peronistas que, como acá, están dirigidas por traidores. Estos personajes suelen estar bien informados; si es así, se avecinan momentos muy difíciles. Tenés que actuar rápidamente, Javier.

“No hay manera”, pensó Javier camino a su casa. Solo quedaba, por el momento, movilizar a la gente por el pueblo, buscar adhesiones.

No veía la hora de llegar a su casa, saludar a sus hijos y tener a Juana recostada en su pecho.

***

A Rodolfo Rossi no le preocupaba mucho el nuevo conflicto que se había desatado, no tenía grandes compromisos que cumplir. Lo más cercano era la cosecha, que se realizaría recién dentro de dos meses. Si hasta había pensado en tomarse unos días de descanso. Sin embargo, no lo hizo; no quería abandonar a sus pares, que se apoyaban en él para dar solución a la huelga. Pero la

razón más fuerte para quedarse era la jugosa información que había llegado a sus manos, referida a su enemigo principal.

Pensó que, si era bien manejada, acabaría también con aquello de los *derechos* y los continuos reclamos por parte de sus empleados. Estaba convencido de que el director del colegio les había llenado la cabeza a esos ignorantes de mierda. Contaba con datos interesantes y comprometedores que, fueran verdad o no, echaría a correr para que levantaran polvareda. Contaba con una foto muy interesante donde se veía a Miguel Jamil salir de su casa, tomando la espalda de Sofía Giusti. No mostraba nada fuera de lo normal ni reñida con la moral, pero, seguramente, algunos podrían hacer una interpretación maligna. Y, ya se sabe, esas noticias corren como reguero de pólvora, más si él podía poner su granito de arena.

Y lo hizo del modo más vil. La foto debía verse como una prueba de abuso a una menor. Él se encargaría de anoticiar al pueblo con un anónimo. Tal vez, incluso, agregando alguna interpelación: "¿Qué hacía esta niña en la casa del director del colegio?", "¿Por qué la familiaridad de tomarla de la espalda?". Estaba satisfecho y tenía que ser así; la red de espionaje era costosa, pero pagaba con creces el esfuerzo.

El fotógrafo había tomado imágenes de todo: cuando Sofía había llegado, cuando había entrado por la ventana de la casa del director y también cuando habían salido juntos. Solo había que lanzar la información. El trabajo de imprenta no le llevaría más de dos días.

Cuando llegaron a sus manos los volantes, valoró la nitidez de la foto impresa. Por la información recibida, al día siguiente, se concentrarían los obreros en los galpones de acopio de cereales y, desde allí, se manifestarían por la calle principal. Era el momento de volantear. Ordenaría que dejaran afiches en la sala de espera de la estación y por el trayecto previsto para la manifestación. Luego, se sentaría a ver pasar el cortejo fúnebre de su enemigo.

***

La madre despertó a Rogelio temprano. Quería que ayudara a su padre con unos paquetes que debía llevar a Córdoba en el tren de las once, y que de allí se fuera a cumplir con las tareas educativas.

Ayudó a su padre y se quedó un rato, hasta que el tren se hubo ido, mostrando lo que él llamaba el trasero irreverente del último vagón. Como era temprano todavía, entró a la sala de espera de la estación; le gustaba el olor a creolina que tenían los pisos. En uno de los asientos, descubrió un toco de papeles bien acomodados que seguro ponían para que la gente leyera mientras esperaba. Retiró uno y vio la foto del director en la que estaba abrazando a Sofía. No sabía qué significaba aquello, pero no parecía nada bueno; intuyó que era en contra de su amigo Miguel. Entonces sí se apuró en llegar al colegio, debía encontrar al director.

El colegio todavía estaba cerrado. Recorrió los laterales y golpeó, lo más fuerte que pudo, la puerta principal. El portero le abrió sorprendido.

—Hola, Rogelio ¿te caíste de la cama?

—¿Está el director, Sr. Quinteros? —preguntó Rogelio anhelante.

—Sí, por supuesto, está en Dirección.

Fue rápidamente allí y encontró, tras un escritorio, impecablemente vestido de traje y corbata, a Miguel, que al levantar la vista detectó la presencia del muchacho.

—Mi gran amigo Rogelio, buen día, ¡qué grata sorpresa! ¿A qué debo tu madrugadora visita?

Rogelio desdobló el volante y se lo entregó a Miguel sin ni siquiera saludarlo. Miguel tomó el papel y su rostro se transformó en una máscara de ira. Lanzó un incontenible grito de negación.

—¡No, nooo!

Fue tan alarmante el grito que rápidamente apareció Julián.

—¿Qué pasa, señor? —Miguel, sin responder, le mostró el volante—. Caramba, señor, esto es muy grave, diría lapidario.

—Infame y mentiroso —completó Miguel—. Gracias, Julián —lo despidió Miguel—. Le ruego discreción, esto es muy delicado.

Una vez solos, Miguel se refirió a Rogelio confidencialmente.

—Quiero que vayas urgentemente a la casa de Silvia y le entregues este volante. Cuídalo para que llegue a sus manos. Ya le digo a tu maestra que has ido a hacerme una diligencia. S tenés algún mensaje para mí, le pedís a Julián que me avise.

Rogelio salió a toda prisa; su mente infantil dedujo que este problema era muy grave y perjudicial para sus dos amigos.

***

Al llegar a destino, golpeó la puerta y esperó ser atendido.

—Atiendo yo —dijo Ester, que estaba más cercana a la puerta.

Al abrir se encontró con un morocho de guardapolvo blanco que, mirándola tiernamente, le dijo:

—Mi nombre es Rogelio Correa y traigo un mensaje para la señorita Silvia.

—Si me lo entregás, se lo hago llegar —dijo Ester totalmente atrapada por la sonrisa de Rogelio.

—Eso es imposible, señorita, tengo que entregarlo en manos propias.

—Silvia —dijo Ester al entrar—, un príncipe azul disfrazado de colegial trae un mensaje para vos; dice llamarse Rogelio.

—Caíste en sus redes, amiga. No eres la única; si ese chico no fuera tan niño, Miguel estaría en graves problemas —bromeó Silvia siguiendo la charla—. Mi querido Rogelio, pasá, qué gusto me da verte —le dijo agachándose, como siempre, para abrazarlo y darle un beso—. Me dicen que tenés un mensaje para mí.

—Sí, señorita Silvia, y me recomendaron que se lo diera solo a usted.

Alisó el papel y enfocó la vista en el contenido. Rogelio presenció la transformación del joven rostro.

—¡No, Dios, no! Todo terminó.

Sollozó mientras caía de rodillas. Alertadas, María y Ester salieron a ver qué pasaba y

encontraron a Rogelio intentando levantar inútilmente a Silvia.

—¿Qué pasó? —dijeron al unísono, mientras ayudaban a Silvia a incorporarse.

—Yo solo le entregué el volante y cuando lo leyó…

—Veamos qué dice este maldito papel.

Apreciaron la nitidez de la foto donde Miguel posaba su mano en la espalda de Sofía, mientras salían de su casa. Leyeron, también, las mal intencionadas preguntas.

—¿Vos viste este volante? —preguntó María a Rogelio.

—Sí, lo vi. La foto es del “dire”, que conduce a la Sofía para que sepa por dónde salir. Yo he ido varias veces a la casa del Sr. Miguel, entonces ya sé. Lo demás no lo entiendo, Ester. ¿Qué es abusar?

La joven bajó la cabeza. Justo a ella le preguntaba.

—Cómo explicarte… Es hacerle a una persona algo que ella no acepta, aprovechándose de su debilidad o desconocimiento. En general, se refiere al abuso sexual —trató de explicar conmovida.

—¿Besarla, por ejemplo? —preguntó Rogelio interesado.

—Besarla, toquetearla o algo más.

—Pero nada de eso veo en la foto.

—Efectivamente, pero la intención de este volante es crear la duda, aprovechando la imaginación y la malicia de la gente. Además, no olvides que Sofía es menor de edad —finalizó Ester—, y eso empeora las cosas.

A Rogelio se lo notaba desconcertado, enojado; sus pequeñas manos se abrían y cerraban en un claro gesto de impotencia. Caminó hacia donde estaba Silvia y se plantó frente a ella.

—Señorita Silvia, yo no entiendo mucho lo que pasa con este volante. Lo que sí tengo claro es que el señor Miguel es mi amigo, y yo elijo a mis amigos, y todos ellos son buenas personas. Mi director es muy respetuoso e incapaz de hacerle daño a nadie, siempre es muy considerado con las demás personas, salvo cuando me quitó la bandera —dijo Rogelio intentando ponerle un poco de humor a su discurso.

Y, en un impulso salido de no se sabía dónde, le dio un beso en la mejilla y se encaminó hacia la puerta de entrada. Allí lo detuvo la voz de Ester, que le dijo:

—Rogelio, yo sé jugar a las bolitas.

Cuando el muchacho se marchó, cada una de las mujeres quedó sumida en sus pensamientos. El tema, por supuesto, era común y excluyente en las tres.

María rompió el silencio.

—No hay que bajar los brazos. Son calumnias, eso está claro. Salgamos, es obvio que a Miguel le tendieron una trampa. Él es incapaz de cometer semejante aberración, ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto —contestaron Silvia y Ester—. Entonces hay que estrechar filas con él.

—Supongo que debe estar devastado, es tan serio y formal.

—Lo único que le reprocho es que tendría que haber venido personalmente en vez de mandar a un mensajero —expresó Silvia dolida.

—Puede que tengas razón, pero eso es solo un detalle. Lo que tenemos que pensar es qué haremos nosotras, no podemos quedarnos de brazos cruzados. Sugiero que le hagamos una visita a Sofía.

***

Ella misma les abrió la puerta de su casa; se le notaba calma, sin preocupación aparente, lo que llamó la atención de las muchachas.

—¿Te enteraste de lo que está pasando? —preguntó Silvia ansiosa.

—Sí, por supuesto, a esta hora todo el pueblo está enterado.

—Y… ¿no te afecta? —inquirió María un tanto molesta—. Es tu honor el que está en juego.

—¿Cómo podés estar tan tranquila ante semejante calumnia? —acusó Ester a punto de perder la paciencia—. Pensamos que estarías desconsolada, molesta, preocupada.

—Mi mamá dijo que capaz es cierto.

Esto enervó a Silvia, sintió la sangre atravesándole el pecho e impidiéndole respirar.

—Por lo visto, a tu madre le hubiese gustado que las cosas fuesen así…, sin considerar en demasía tu reputación. Creo entender que, desde hace un tiempo, tenés cierto interés en Miguel; has andado persiguiéndolo sin importarte nada, ni siquiera lo que él pensara. Te advierto, Sofía, voy a defender con uñas y dientes a mi novio, con todas las armas a mi alcance. Lamento que, por tus intenciones espurias, arrastres por el suelo el honor de un hombre respetable.

—A vos también te espió cuando fuiste a orinar a la plaza —dijo Sofía en tono burlón.

***

El día recién comenzaba y ya se sentía caliente y problemático. Los afiches aparecieron apiladitos, dispuestos en pequeños grupos, bien a la vista y por todos lados, lo que permitía su rápida visualización.

El explosivo contenido afectó fuertemente, en especial a los primeros asistentes. Una parte del objetivo se había cumplido.

—Hay que evitar que esta distracción rompa el motivo principal de la convocatoria —dijo Javier hablándole al Tigre Prudencio—. Comencemos la asamblea.

—Compañeros —gritó el Tigre con su férrea voz, para lograr la atención de sus compañeros—. Es importante no dejarnos distraer con rumores de viejas chismosas. Pensemos que una de las formas más efectivas para conmover y presionar a esta patronal insensible es manifestarnos por las calles del pueblo, buscando además el apoyo y solidaridad de los vecinos. En principio, debemos hacerlo ordenadamente, sin reaccionar ante ningún intento de provocación.

Y comenzó la bulliciosa marcha de los obreros campesinos. A la cabeza iban el Tigre Prudencio y Javier, seguidos por un obrero que portaba una bandera argentina, contribución de vaya a saber quién. Le habían escrito “¡Venceremos!” con letras irregulares de color rojo. De pronto, y podría decirse “curiosamente”, apareció la fuerza policial montada en nerviosos caballos. Se fueron ubicando estratégicamente en los laterales de la manifestación; sin dudas, un

grupo de choque que incluía a uniformados de los pueblos vecinos. También se podían divisar a algunos vagos pendencieros, a aprendices de matones y hasta a un militar retirado.

Con el correr de los años, se sabría cómo aquella fuerza se iría perfeccionando hasta convertirse en los tristemente célebres “parapoliciales”.

En ese momento intentaban amedrentar a los campesinos tirándoles los caballos encima. No les era fácil, los trabajadores rurales estaban acostumbrados a manejarse con los equinos diariamente.

Arremetieron contra Javier y el Tigre, y este último sufrió algunos latigazos, pero sus compañeros enfrentaron el ataque a pie firme. El Tigre se envolvió el brazo izquierdo con el poncho para amortizar los golpes, mientras con el derecho procuraba tomar el látigo del contrincante. Tiró con tal fuerza hacia él que, aunque el jinete intentó soltar el látigo, ya iba camino al suelo, donde lo esperaban también un par de brazos ansiosos.

A Javier lo tenían acorralado dos jinetes que trataban de aplastarlo con el cogote y pecho del animal o pisarlo con sus cascos. La presión sobre el cuerpo era inaguantable y, además, soportaba las burlas y carcajadas de los uniformados. A duras penas logró tomar a los animales de las riendas y usarlas como punto de apoyo para columpiarse; de ese modo zafó de la presión y de golpear, con el taco de la bota, las piernas de los jinetes.

Reaccionaron aún con más furia, castigando brutalmente a Javier con sus látigos trenzados. Hasta que varios compañeros intervinieron cortando las cinchas de los aperos y causando la caída estrepitosa de los castigadores. El método había dado resultado, y pronto no quedó ningún agresor montado.

Alguien sugirió desnudar a los integrantes de la fuerza y quemar sus ropas en una única fogata. Era, sin dudas, una buena forma de inmovilizar su accionar.

Pronto los caballos y algunas pistolas reglamentarias cambiaron de dueño. Entonces la turba estaba armada, aunque, a decir verdad, no eran más que cuatro o cinco pistolas calibre 45. No obstante eso, los manifestantes se sentían envalentonados; algunos propusieron tomar la comisaría y otros, el municipio.

Javier se preguntó qué estaba pasando. El reclamo era solo salarial, y esto se había convertido en otra cosa; era como si el pueblo quisiera tomar el poder. Los habitantes se iban agolpando junto a ellos. ¿Sería que se estaban expresando en respuesta por lo sucedido hacía tres meses atrás, cuando había sido bombardeada Plaza de Mayo, en un intento de derrocar a Juan Domingo Perón? A Javier la realidad objetiva lo había superado.

De pronto, surgió una propuesta que prendió de inmediato: ir a la casa de Rodolfo Rossi, y manifestarle el repudio popular por su despiadado accionar antiobrero y explotador.

***

Javier sintió un cierto alivio al emprender la marcha hacia la casa del Pocho; era, tal vez, el mal menor.

Al llegar, los obreros comenzaron a los gritos, empleando palabras fuertes y amenazantes en contra de Rossi. Como nadie salía, los hombres tomaron piedras, cascotes, palos, ramas

arrancadas de los árboles cercanos, y tiraron contra el frente del domicilio, lo que hizo añicos los postigos y los vidrios de las ventanas. También intentaron abrir el portón por donde se accedía a la casa. Seguramente, habría cedido a la presión de no haber sido por la intervención de un vecino que les dijo que el Pocho había salido muy apurado en su auto.

Esto aquietó un poco a los manifestantes; si Rodolfo Rossi no estaba, no había nada que hacer. La familia no tenía la culpa. Todos se llamaron a silencio, y el orden volvió hasta que la calma fue rota por los gritos de un pibe de guardapolvo que encaraba a la multitud.

—Javier, Javier, ¡estalló la revolución!

Era el 16 de septiembre de 1955.

***

Miguel no la tenía fácil esa mañana. Muy temprano, casi cuarenta minutos antes de la entrada, se hicieron presentes la vicedirectora y la esposa de Rossi y pidieron una reunión urgente con las demás maestras.

—¿Por qué la urgencia? —preguntó con indiferencia el director.

—Por un motivo muy delicado —respondió la vice.

—Me pueden decir… el motivo, digo.

—La cuestión es su falta de moralidad, señor director.

—Me suena extraña esa palabra en su boca, señora. No obstante, si así lo desean, organicen ustedes e incluyan a las maestras del turno tarde —expresó Miguel resignado.

—Usted, señor, ha cometido un acto vergonzante de abuso contra una inocente criatura de diecisiete años —comenzó la vicedirectora, sin esperar la autorización para iniciar la reunión; evidentemente, ya tenía el discurso planificado—. Sugiero —dijo mirando a los demás— que elevemos un pedido de destitución, como director, del Sr. Jamil. Aquí tengo el memorándum para que ustedes lo firmen y yo, personalmente, lo llevaré al Consejo de Educación para su aprobación.

Con el papel en las manos, se dirigió hacia una mesa y se dispuso a esperar a que las maestras firmasen.

Miguel trató de no perder la calma. Esa mujer trataba de desestabilizar su espíritu y ensuciar su moralidad. Buscaba el apoyo de las maestras para vencerlo y no iba a permitirlo.

—Señoras y señoritas —comenzó Miguel—, soy víctima de una conspiración que intenta desprestigiarme. Paradójicamente, soy acusado por señoras que sufrieron y sufren vejaciones por parte de su marido; más aún en el caso de la señora de Rossi, justamente el hombre que creó este montaje, esta farsa que me perjudica y abruma. ¿Hace falta que hable de sus andanzas, Sra. vicedirectora? Creo que no —se respondió a sí mismo Miguel—. Simplemente, quise destacar la paradoja. Ahora bien, si ustedes se detienen en la foto que aparece en este volante, se destacan dos elementos fundamentales. Uno es el permanente acecho, día y noche, a mi persona, con la expectativa de que tropezara; el otro es que mi mano está obligando a esa niña a retirarse. Fue solo una travesura juvenil.

Se hizo un largo silencio, hasta que Juana Maurín dijo:

—Sr. director, me solidarizo completamente con usted e invito a mis compañeras a que hagan lo mismo.

Dio un paso al costado y comenzó a aplaudir. Las demás docentes siguieron la actitud de Juana, dejando en soledad y en ridículo a las acusadoras.

En eso, apareció Julián y trató de hablar con Miguel, que estaba rodeado por las maestras. Algo le susurró al oído.

—Se ha levantado el Ejército contra el general Perón.

—¡Basuras, lo hicieron de nuevo! —alcanzó a decir—. Por favor, llame al alumno Rogelio, hay que avisarle a Javier.

***

Silvia se despertó temprano. Al levantarse la asaltó un desasosiego profundo, una premonición de desastre; era una sensación nueva y desagradable. Pensó que, con el correr de los minutos, se le pasaría; tal vez solo fuese una fantasía pesimista.

—Buen día, Silvia —saludó Ester, que silenciosamente apareció en el cuarto; sus ojos despedían ternura y su cuerpo —ahora erguido—, poco a poco, se iba recuperando.

—Buen día, Ester —respondió Silvia casi como un lamento.

—Mujer, ¿qué te pasa? Parecés un espectro. —Se dirigió a abrir las ventanas que daban al patio—. Te hace falta el aire mañanero —dijo. Entró un refrescante aroma a yerba buena mezclado con el delicado perfume de la rosa Francia—. Vení, chiquita, vamos a tomar unos mates, mientras me contás cuáles son esos pensamientos que te atormentan.

—Me atormenta saber que mi relación con Miguel está en peligro —se lamentó Silvia mientras tomaba un mate saborizado con “boluquitas” de molle—. Me siento así desde que ese pasquín maldito llegó a mis manos. Pero voy a luchar por mi felicidad a cualquier costo. Si tengo que tomar decisiones extremas, lo haré, sean o no correctas.

—¿En qué pensás?

—En entregarme a él —respondió Silvia con voz apenas audible, y la vergüenza le maquilló de rojo el angustiado rostro.

—Pará, pará, Silvia. La virginidad siempre ha sido muy importante para vos.

—Lo que pasa es que soy muy creyente y se considera pecado perderla antes de casarme, pero… no sé, también tengo en claro que amo mi cuerpo y mi alma, y tengo mucho respeto de mí misma.

—Amiga, respeto tus creencias. Si creés que el acto sexual debe ser un acto de amor, la entrega tiene que ser de a dos, sin condiciones ni obligaciones. Muy distinto es hacerlo por el solo hecho de pasarla bien, que lejos está de ser tu caso. Yo también creo en Dios y no creo que él me castigue por perder la virginidad en una acción que yo creo que es de amor. Lo único es que debe ser acordado, querido, deseado. En mi caso, el que viví con el Pocho Rossi, la cosa fue diferente; yo no acordé, me tomó por la fuerza, ¡me violó! Al principio me resistí con todas mis fuerzas,

después me debilitó, me sometió, me tomaba las veces que quería, me hizo descender hasta el estadio más bajo; hasta que tú y María me devolvieron la condición de mujer. Pero no es de mí que estamos hablando, sino de ti, mi venerada muchachita.

—¿Sabés, Ester? Estoy consustanciada con la teoría del materialismo dialéctico, pero no me he detenido a cotejar o revisar mis viejos pensamientos a la luz de esta teoría. Creo firmemente en la evolución del pensamiento y en la existencia de las verdades eternas. Creo en la existencia de Dios y sobre ese tema no transo ni transaré, trato de vivir lo más rectamente posible. Por lo tanto, he decidido…

Un golpe insistente en la puerta principal interrumpió la charla. Al abrir la puerta, María entró como una tromba.

—¿Qué hacen ustedes encerradas, mientras el pueblo arde?

—Calma y contanos qué pasa.

—Resulta que hubo un enfrentamiento entre los campesinos y la policía; los malditos recibieron la ayuda de un grupo de hombres salidos de vaya a saber dónde. Igual triunfaron los obreros. Después de eso, se envalentonaron más todavía y se fueron a la casa de Rossi, pero parece que se fue antes de que llegaran. Y, como si esto fuera poco, amigas, ha estallado la revolución. El Ejército se levantó contra el general. Casi todo el pueblo está en la calle. Vayamos junto a la gente.

***

Las tres se dirigieron hacia la concentración con espíritu de curiosidad. Los pobladores estaban reunidos en silencio, temerosos, desconcertados.

En cuanto descubrió a Miguel, se desprendió de sus amigas y salió a su encuentro. Se arrojó a sus brazos, necesitaba con urgencia de su calor y protección.

—Caramba, chiquita, ¿qué pasa? —preguntó sorprendido Miguel.

—Nada —mintió Silvia apoyando fuertemente su cara en el pecho de Miguel—, solo quería tu amparo.

Juntos se dirigieron hacia Javier, quien estaba con un grupo de conocidos.

—Buen día a todos —saludó Miguel—. Menudo problema tenés entre manos, Javier.

—Todos lo tenemos, Miguel. Fijate que yo vine por un simple conflicto laboral y se ha convertido en una insurrección local. Alguien propuso tomar la comisaría, y era factible hacerlo, y se podía tomar la municipalidad y el juzgado de paz; en definitiva, tomar el pueblo. Y., para colmo, estamos en medio de un golpe de Estado que no sabemos en qué terminará.

—Si triunfan los militares, la represión va a ser brutal a nivel nacional. Ni hablemos de lo que van a hacer en pueblos como este, más chicos —completó Miguel.

—¿Están en condiciones de organizarse y resistir, Javier? —preguntó Emiliano Correa, que se había integrado al grupo.

—No, no estamos en condiciones. Sería, creo, un baño de sangre.

Nadie habló, ninguno tuvo una propuesta para decir. Silvia quedó asombrada de que Miguel no

aportara una idea salvadora. Si no sabía él…

—Debemos llamar a una asamblea —sugirió Javier.

Una vez que se agruparon todos, comenzó la asamblea.

—Compañeros —abrió el Tigre—, estamos en una situación difícil. Vinimos a manifestarnos en contra de una patronal desalmada y explotadora, y nos tiraron encima a la fuerza policial, reforzada con una fuerza irregular. Aunque pudimos vencerlos, la huida de Rossi es algo que no esperábamos. Ya se sabe, son unos cobardes. Para colmo de males, ya todos saben que estamos en medio de un golpe de Estado. Si logran echar a Perón, habrá represión contra el movimiento obrero. Y nosotros, compañeros, nos hemos rebelado contra la patronal y este golpe de Estado es de patrones apoyados por milicos. Y, bajo estas circunstancias, yo no tengo en claro lo que debemos hacer.

—¡Entonces no te hubieras metido! —protestó alguien.

—Me metí porque, como a vos, nos estaban cagando. Si tenés algún problema, vení, que lo resolvemos —respondió con enojo el Tigre.

—¡Compañeros! —intervino mediando Javier—. No tenemos que pelearnos entre nosotros, debemos estar unidos contra el verdadero enemigo; discutir, pero de forma pacífica. Recuerden que la situación nacional nos condiciona.

—¡Debemos tomar la comisaría! —aportó otro obrero rural.

—Y tomar la municipalidad, el juzgado de paz, y convertirnos en el primer pueblo liberado de la República Argentina, ¿verdad? —ironizó Javier—. Debemos tener los pies en la tierra, buscar una solución coherente y objetiva —continuó.

—¿Por qué seríamos culpables por un reclamo justo?

La sorpresa de Silvia era inmensa, comparable solo con su enojo. Recorrió con la mirada los rostros de la multitud, adustos y desencajados, y se le ocurrió que eran la viva imagen de la desilusión. Pero lo que más la sorprendía y enojaba era la actitud de Miguel. Era imposible admitir que, con semejante formación y experiencia, no aportara nada, ni una idea ni una acción. Absolutamente nada.

Buscó en su interior, pero, pese a que había estado estudiando acerca de la confrontación de clases, no encontraba algo válido para el momento. Faltaba, sin dudas, ese instinto de clase, que era fundamental. Había líderes naturales y de los otros.

Miró al Tigre Prudencio y en él se detuvo. Tenía el rostro encendido, pero su mirada no condecía con la situación que estaba viviendo. En sentido inverso, encontró la mirada de Ester, que estaba a su lado. Interpretó el lenguaje silencioso de sus ojos; parecía estar experimentando un milagroso nacimiento, el de un encuentro amoroso. La notó más bella que nunca. El Tigre se le acercó más y simplemente, cuando la tuvo a tiro, la besó en los labios de manera suave, le tomó las manos y le dijo que lo esperara, que ya volvía. Se subió a un palco improvisado. Tenía que mostrarles el camino a sus compañeros. No todos estaban seguros de que lo supiera.

Y allí estaba Prudencio, con su sobrenombre tanguero, el hombre tosco y solitario que trataba de pasar siempre desapercibido. No se explicaba cómo había tenido la audacia para llegar a ese lugar. Tal vez fuera a fuerza de la bronca que le causaba la injusticia, lo conmovía el dolor de sus

pares. Intelectualmente, quizás, no tenía las herramientas para resolver el conflicto, pero sabía que los más dotados de ideas tampoco. Finalmente, tomó la palabra.

—Compañeros —comenzó tomándose un instante para continuar—, debemos resolver nuestra lucha. El conflicto se ha estancado en un lugar del que es difícil sacarlo. Todos sabemos lo que ha pasado, el incumplimiento de la palabra empeñada y la irregularidad del salario. Ustedes vivieron la represión y cómo desaparecieron los patrones. Entonces debemos preguntarnos: ¿a quién reclamamos?, ¿dónde están los enemigos?, ¿acaso nos han desarmado con la ausencia? Compañeros —reaccionó—, les pido que todos aportemos ideas que se conviertan en soluciones. —Pero las respuestas a esas palabras eran silencios cada vez más largos—. Compañeros, si no sabemos qué hacer, tendremos que levantar la medida.

—¡Noo, nooo! —Fue la respuesta inmediata de la multitud—. Si levantamos, es traición.

Fue la unánime expresión de los obreros.

—Bueno, compañeros —dijo el Tigre satisfecho de haber despertado a sus compañeros—. Entonces, debemos mantenernos en estado de asamblea permanente, sin abandonar la calle, para que no sea ocupada por nuestros enemigos.

—Tigre —llamó un asambleísta—, nos ganó la tarde. Estamos sin comer y no tenemos dinero para llevar a nuestras casas. ¿Qué hacemos con eso?

—Creo que lo mejor es pedir colaboración a la gente del pueblo. Podríamos hacer una olla popular con los alimentos que nos den los vecinos; organizar una gran cocina aquí, en la calle, y que participen nuestras esposas e hijas en la elaboración. Y, así, también nuestras familias podrán alimentarse.

Inmediatamente, se organizaron y aparecieron las verduras, la carne, las brozas. Empezaron a traer recipientes de gran tamaño y pronto se armaron los fogones, lenguas de fuego contenidas por cercos de ladrillos para maniatar cualquier desborde. Las mujeres preparaban todos los elementos para hacer un buen guiso carrero.

En medio de la algarabía por la olla popular, Prudencio se dirigió hacia Ester, que lo esperaba con su hija en brazos. Tomó a la niña e invitó a Ester a seguirlo.

—¿A dónde vas, Ester? —preguntó Silvia.

—No sé —contestó.

—Si no sabés y casi no lo conocés, ¿por qué vas?

—A mí me parece que lo conozco desde siempre —respondió Ester sonriente, colgándose del brazo de Prudencio.

Rogelio, que andaba por ahí, los vio irse y dijo:

—Siento como un cosquilleo en el pecho, como cuando la mami me besa la frente.

—Por Dios, chiquito. —Sonrió Silvia—. El tiempo nos jugó una mala pasada, o el mío se adelantó o el tuyo se atrasó.

Rogelio no entendió absolutamente nada; su padre sí. Puso un brazo en el hombro de su hijo y dijo:

—Hubiera tenido mucha suerte si se hubiesen alineado los tiempos.

Y se alejaron hacia su hogar. Silvia se quedó mirándolos un rato; luego, se dirigió a Miguel, curiosamente callado y distante.

—Señor director, ¿por qué no me invitás a tu casa y me agasajás con una cena?

—Sería para mí un honor que visites mi modesta morada y disculpes la desatención que he tenido contigo estos días. Estoy pasando por un mal momento.

—La situación general es muy delicada, lo sabemos, y el golpe de Estado crea incertidumbre. Pero me equivoco, querido, ¿o lo tuyo es personal?

Miguel no le contestó, mejor dicho, lo hizo con un cariñoso beso en la mejilla. La tomó de la cintura y la guio hacia su casa.

***

Se sorprendió de que estuviera tan ordenada, tan pulcra. Se detuvo frente a la biblioteca, cuyos anaqueles estaban atestados de libros. En su mayoría, sobre temas marxistas.

—Te invito a que me acompañes a la cocina. Pongo un trozo de carne al horno y, mientras se hace, continuamos la conversación —sugirió Miguel mientras descorchaba una botella de vino riojano de tono rojizo, tinto gran reserva. Le sirvió a Silvia y otra copa para él, saboreó gozoso el primer trago y se sentó al lado de su novia, en un cómodo sofá antiguo—. Debo admitir que mi situación personal es delicada —comenzó Miguel—, te diría que peligrosamente delicada. Siempre traté de ser una persona recta, confiable y respetuosa. Hoy parece que todos me cuestionan y eso me desespera. Soy el director del colegio, y mi moral tiene que ser intachable.

—Y lo es —interrumpió Silvia—. Lo que no debés permitir es que una calumnia haga mella en tu espíritu y te lleve a bajar los brazos. Vení, querido, te propongo un brindis. Levantemos las copas y permitámonos un largo trago de este buen vino.

Más tarde se preguntaría si el brindis fue por él o por ella, para darse aliento, por lo que siguió. Miguel se aproximó y la tomó en sus brazos. La besó largamente y ese beso trajo otro, y las caricias se hicieron cada vez más audaces hasta terminar desnudos en la cama.

—Soy totalmente ignorante en estos menesteres. Es mi primera vez. Por favor, no te detengas.

Ni por asomo Miguel tenía la intención de hacerlo, solo besaba goloso los tiernos pechos de Silvia. La sentía ronronear como un animalito desvalido. La piel de su cuerpo invicto le transmitía una vibración acompasada y envolvente.

Miguel se sintió superado por tanta belleza, le pareció un momento inmerecido, como si hubiese profanado un templo prohibido.

—¿Qué pasa, querido? —preguntó Silvia, que había notado su cambio.

—Nada, mi amor, es que a veces me supera tu belleza.

—Tonto, ayudame a ser tu mujer.

“Es valiente, tierna, perfecta”, pensó Miguel. Sus manos buscaban el bajo vientre de ella, su sexo.

A través del sedoso vello púbico, encontró labios húmedos y anhelantes. La sintió gemir y supo que era el momento de entrar. Abrió suavemente las piernas de ella y comenzó a penetrarla de

manera lenta; percibió su agitada respiración y un apagado quejido. Algo detuvo su avance, retrocedió y empujó con más fuerza hasta sentir la libertad del acto. Silvia gozaba y eso lo hacía feliz. De pronto, su respiración se aceleró y su cuerpo se contorsionó como el mimbre bajo el viento. Entonces él se abandonó a ese festival de sensaciones carnales y espirituales. Juntos se fueron lejos para luego volver a la realidad de la existencia.

Inesperadamente, Silvia comenzó a reclamar por su padre.

—Si querés te llevo inmediatamente junto a él —dijo Miguel tratando de consolarla.

—Papá, oh, papá —insistía Silvia.

La ayudó a vestirse y, con un trapo húmedo, quitó algunas manchas de sangre que tenía entre las piernas. Luego, emprendieron el regreso a su casa, en silencio, muy juntos pero lejanos, dos sombras en las sombras. Se había hecho noche cerrada.

***

Llegaron a la casa de Silvia y Miguel quiso entrar, pero ella se lo impidió.

—Después te veo.

Le dio un beso corto y entró. Allí estaba su papá, en camiseta malla que resaltaba su cuerpo delgado y musculoso. Ella pensó que, por suerte, estaba sobrio.

—Vengo por ti, viejo querido.

—Aquí me tenés, mi chiquita. ¿Te pasa algo? Me lo dicen tus ojos, contame. Si alguien te faltó, se la tendrá que ver conmigo.

—Papá, no todo se resuelve a golpe de puños.

—Es cierto, a veces se necesita de cuchillo.

—¡¡Papá!! —exclamó Silvia escandalizada. Tomó las manos de su padre y lo llevó hasta el sillón que su madre, alguna vez, había aportado como única “dote”. Se sentaron juntos y, sin soltarle la mano, mirándolo a los ojos, le dijo—: Hoy pasó algo que, en vez de hacerme sentir mujer, me hizo sentir chiquita, desvalida, necesitada de vos.

Apoyó la cabeza en el hombro de su progenitor y así se quedó dormida.

***

Todo se precipitó como si alguien hubiese abierto la puerta donde se guardan las desgracias.

Llegó un contingente de militares de Infantería bien armado y provisto de equipos de trasmisión, con camiones llenos de soldados y un transporte con carpas, provisiones y elementos de acampe.

Dos vehículos con oficiales se hicieron presentes en las cercanías de donde estaban reunidos los obreros rurales, más precisamente una cuadra antes. Inmediatamente, bajaron los soldados y se desplegaron a todo lo ancho de la calle, al mando de un sargento mayor que daba la orden de avanzar. Atrás iban dos *jeeps* y el resto del convoy. Al verlos acercarse con los fusiles hacia adelante, daba la sensación de que tenían la intención de atacar.

Los obreros estaban desperdigados y relajados mientras las mujeres preparaban la comida del

día. La sorpresa fue mayúscula al llegar los militares, y más aún al ver su modo de avance. La tropa se detuvo a pocos metros de las ollas, y tres soldados de la formación las patearon y desparramaron su contenido en el suelo. Los obreros no tuvieron poder de reacción, menos con sus líderes ausentes; no estaba Javier ni el Tigre.

De uno de los *jeeps*, bajó un milico corpulento, con ropa de combate, armado con pistola 11,25 en un costado y una bayoneta en el otro. Avanzó hacia donde estaban los obreros, escoltado por dos subalternos.

—¿Quién es el jefe aquí? —interrogó con un tono áspero que dejaba traslucir su desprecio por los que estaban. Nadie respondió. No era miedo lo que sentían, pero sí mucho desconcierto. Se preguntaban dónde estaban los líderes, ellos sabrían qué hacer—. Tengo órdenes que cumplir. Deben desconcentrar y desalojar las calles para evitar cualquier situación que perturbe la paz de este pueblo —dijo el capitán Ramírez, a cargo del contingente—. Tienen cinco minutos para desocupar el lugar.

Las tropas, por su parte, calaban bayoneta por orden del sargento mayor. Tamaña amenaza desalentó cualquier reacción y, en minutos, en la calle, solo quedaban los milicos. Hasta allí llegó un grupo de civiles, entre los que estaba Rossi, contentos de que el pueblo había retomado el poder, aunque formalmente nadie lo había tomado.

Los militares acamparon entre los galpones y el tejido que rodeaba el terreno del ferrocarril. Montaron el campamento y, una vez instaladas las carpas, salieron a patrullar con la intención de marcar presencia y, también, de buscar a los líderes.

***

Se formó un comité de crisis con los dueños de grandes estancias y dos o tres importantes comerciantes; un oficial militar y la presidencia del Pocho Rossi. Ningún obrero. Se reguló la presencia policial y el aumento de personal. En pocos días, se conoció la huida de Perón y el definitivo triunfo de la revolución. Los obreros retornaron a sus lugares de trabajo en las mismas condiciones de siempre o tal vez más precarias; había que hacerles saber a esos “negros de mierda” quiénes mandaban.

A Javier y al Tigre no pudieron encontrarlos. Juana Maurín desapareció con su familia, como así también Ester. Sobre la máquina de coser, Silvia encontró una nota que decía: “Estamos bien. Quemala”.

La vida en la escuela ahogaba a Miguel. La vicedirectora se mantenía en firme oposición a su gestión, contradecía su accionar y todo lo que él planteaba. Amapola Sastre, por supuesto, continuaba siendo una aliada natural de la vice, impulsada por un esposo al que obedecía ciegamente, pese a que la seguía maltratando. Hubo, además, una presencia que lo hizo reflexionar acerca de su seguridad laboral y personal: el capital Ramírez, que un día se presentó en el colegio para hablar con él.

—Buenos días, señor, soy el capitán Ramírez y vengo a presentarle mis respetos en una visita absolutamente protocolar. —Miguel, pese a su desagrado, tuvo que darle la bienvenida, mostrarle el colegio y presentarle al personal docente. El recorrido no duró más de media hora—.

Un gusto —dijo el capitán y se encaminó hacia la salida. De pronto, se detuvo y, volviendo sobre sus pasos, enfrentó nuevamente a Miguel—. A propósito, director, ¿qué me puede decir de este volante?

—Nada —respondió Miguel mirándolo a los ojos, sonriente.

—Mal asunto —condenó el capitán—, mal asunto.

Y se retiró en el *jeep*.

“Me vino a advertir”, pensó Miguel.

***

Cuando finalizó la jornada, se encaminó hacia su casa. Quería cambiarse para ir a ver a Silvia; habían pasado tres días de aquella noche de amor.

Estaba terminando de lavarse cuando escuchó un golpe suave en la puerta. Era el portero del colegio.

—Julián, qué agradable sorpresa. Pase, pase. ¿Qué hace allí al oscuro?

—Baje la voz, señor, no tengo que hacerme ver. Necesito decirle algo, director. De muy buena fuente, me he enterado de que esta noche vienen a hacerle un allanamiento, buscando no sé qué.

—Gracias, Julián, yo…

—Después hablamos, ¡cuídese!

Y se perdió en la noche con mucho sigilo.

“Por Dios. ¿Qué está pasando? Miguel, tranquilízate —se dijo—. Pensá de dónde viene esta medida y para qué”.

Tal vez era obvia la procedencia, Rossi estaba nuevamente en el pueblo. Quería su desprestigio, conocía sus ideas, y una acusación de sedición no le vendría mal. No tenía armas, pero sí libros sobre marxismo. Tenía que sacarlos, mas ¿a dónde llevarlos? Julián le había insinuado, con su accionar, que tal vez lo seguían o espiaban. No podía comprometerlo. Tenía que buscar un lugar neutral.

Estuvo pensando largo rato y llegó a la conclusión de que el mismo colegio era un buen sitio.

Estuvo más de una hora moviendo los libros con cautela, yendo y viniendo. Llevó los que podían resultar comprometedores, y colocó en su biblioteca algunos de historia y de tradiciones argentinas. Lo convencional para un auténtico y patriota director de escuela primaria.

Se le había hecho tarde para ir a la casa de Silvia. La visitaría al día siguiente, esta noche sería larga y tediosa. Se puso el pijama y se dispuso a esperar.

A las tres de la mañana, se presentó una comitiva policial-judicial. Golpearon la puerta de entrada con insistencia. Miguel les abrió fingiendo que había sido despertado y que el sueño aún le palpitaba en los ojos.

—¿El señor Marcos Miguel Jamil?

—Sí, ¿quiénes son ustedes?

—Somos de la Policía y traemos una orden de allanamiento —dijo el visitante mientras

extendía un papel firmado por un juez.

—Adelante. Sean cuidadosos, no rompan nada, por favor.

Desacomodaron y revolvieron todo, aunque por supuesto no encontraron nada. Se retiraron evidentemente frustrados, sin llevarse nada, pero dejando a Miguel preocupado, y hasta podía decirse que en estado de desolación.

Sin lugar a dudas, iban por él.

***

El nuevo día trajo consigo una pegatina de volantes en muros, postes, vehículos; prácticamente, se lo tildaba de violador.

Cuando se enteró Miguel, lo invadió la furia, hasta quedar a nada de perder el control. Fue a la casa de Silvia en busca de la calma perdida.

—Por favor, Miguel, no te pongas así. Intentaremos buscar una solución.

—No está en nosotros resolver esta situación.

—¿Estás seguro de que no está en nosotros resolverlo?

De pronto, la mirada de Miguel se perdió en el infinito, como si algo se le hubiera ocurrido.

—Silvia, me voy a casa. En este momento no soy buena compañía para nadie.

Se levantó bruscamente, besó a Silvia y se marchó. Ella se quedó sorprendida y enojada, también.

***

Miguel caminó rápidamente hacia su casa, incómodo, con la sensación de que la gente lo miraba de manera acusadora. A poco de llegar, fue interceptado por Víctor Giusti.

—Justo iba a su casa para hablar con usted.

—Un placer, señor Giusti. Sí, vamos a casa.

Una vez allí, se sentaron y, con una copita de grapa en la mano, comenzaron a dialogar.

—Miguel, vengo de una familia respetable y de moral intachable, y yo formé la mía bajo los mismos principios. Que uno de nosotros se vea involucrado en un escándalo es poco menos que fatal —se expresó Víctor. Al terminar la oración, debió tomar aire y, también, un trago de grapa —. La aparición de estos volantes —continuó— alteró y consternó nuestros espíritus sensibles y cristianos. Mi presencia ante usted es para pedirle que resuelva este problema que tanto nos afecta.

Por momentos Miguel sintió que Giusti tenía aprendido el discurso de memoria. Resultaba gracioso pese a la seriedad del hecho, y Miguel se tomó tiempo para responder lo más formalmente posible.

—Mi respetable señor, ¿cómo puedo resolver el problema si yo también soy una víctima y principal atacado?

—No, señor, es mi hija la principal víctima. Es su moral la que sale lastimada y es por su culpa,

director.

—De ningún modo. Ella entró a mi casa sin que nadie la invitara y no lo hizo por la puerta, sino que forzó una ventana.

—Es una criatura, tiene la misma edad que su novia. —Miguel sintió esas palabras como un golpe bajo. No había punto de comparación, Silvia era toda una mujer—. De cualquier manera, limpie usted el honor de mi hija.

Y con un “Buen día” dio por finalizada la conversación.

***

El pueblo, con la presencia de los militares, había perdido su frescura y espontaneidad habitual. Los uniformados se dedicaban a patrullar las calles y a buscar a los “prófugos” Javier Carnero y el Tigre Prudencio. Recorrieron campos, “peinaron los montes”, pero no obtuvieron noticias de ellos. Detuvieron, sí, a tres obreros rurales tomados al azar y los encarcelaron en la comisaría del pueblo. Transcurridos algunos días, fueron liberados a instancia de Juan Marini, que abogó por sus libertades.

Después de once días de haber arribado, las fuerzas se retiraron sin pena ni gloria. Todo volvió a la normalidad: las mismas bajezas, las mismas glorias, las mismas contradicciones. Esto le permitía al Pocho Rossi retomar su lucha contra el director del colegio, y seguir con su particular y descarnada explotación de la mano de obra. A los obreros se les hizo sentir con más rigor quién era el patrón.

Miguel sufrió un renovado ataque a su persona. Fue llamado por el Consejo de Educación, le abrieron un sumario y le advirtieron sobre la posibilidad de que quedara cesante. La vicedirectora y Amapola Sastre también le hacían la vida imposible reprobando y desobedeciendo cada una de sus órdenes.

Una parte del pueblo lo condenaba por el supuesto abuso, y su relación con Silvia se deterioró ostensiblemente; no por culpa de ella, sino por responsabilidad absoluta de su parte. Decidieron tener una charla sincera. María quería quedarse en la casa, pero no le fue permitido. Necesitaban hablar a solas, sin testigos.

Puntual como siempre, llegó a la cita bien vestido y con un pimpollo de rosa. Silvia lo recibió más bella que nunca: lucía una pollera acampanada floreada que resaltaba su pequeña cintura y sus piernas perfectamente torneadas. Tenía una camisa abotonada al frente, sobre la que hacían presión sus pechos redondos y demandantes. Miguel no soportó la tentación y la estrechó entre sus brazos. La sintió tibia, anhelante y temblorosa. Ella se zafó de él de manera suave pero firme, lo guio hasta una mesa donde estaba el equipo de mate y unos *scons* recién elaborados.

Al sentarse, él la tomó de las manos, buscó sus ojos y, al encontrarlos, notó que las pintitas de sus pupilas verdes tenían un brillo especial.

—Quiero decirte, ante todo, que te amo como a nadie en el mundo.

—De entrada, te estás justificando —interrumpió Silvia dolida.

—Es la pura verdad.

—Vos me enseñaste que no hay verdades absolutas.

—De todos modos, es una realidad y, en este caso, la única verdad. —Silencio. No se sabía si era para disfrutar el momento de la discusión o la calma antes del desastre—. Tengo un problema. Llamalo existencial, serio, determinante; no me da paz, me consume el alma —dramatizó Miguel—. Debo resolverlo inmediatamente.

—Tenés toda mi atención —lo alentó Silvia.

—Como ya sabés, han iniciado una campaña de desprestigio hacia mi persona. Ponen en duda mi moral, mi hombría de bien, situación que se agrava por el cargo que ocupo.

—Y porque sos mi novio —aguijoneó Silvia.

—Seguro. Además, está esa jovencita y su familia, inocentes, involucrados por un conflicto ajeno.

—No tan inocente ni tan ajeno —sentenció Silvia.

—El padre sostiene que su hija es una criatura y que yo tengo que lavar su honor.

—Miguel, ¿qué criatura ni criatura? Ella tiene mi edad y, salvo con los hombres, ya tengo mi experiencia de vida y la madurez suficiente para considerarme adulta. ¿O acaso te parece inocente entrar por una ventana a la casa de un hombre que vive solo?

—No hay manera de comparar tu forma de vida con la de ella: una niña malcriada, de buen pasar económico, que hace lo que quiere.

—En cambio, yo soy una pobretona, sin una mamá que me mime. ¿No me digas que la valorás más a ella? Y, a propósito, ¿cómo es eso de tener de limpiar su honor?, ¿en qué consiste?

Miguel no respondió inmediatamente, sabía que la respuesta iba a destruir a Silvia. Se levantó, caminó alrededor de la mesa ante la interrogante mirada de su novia.

—Según creo yo, pretende que me case con su hija.

—¡Por Dios, Miguel! ¿Acaso ese hombre está loco? —gritó Silvia enfadada. Golpeaban la puerta. Era María, que pretendía entrar—. Supongo que no aceptarás semejante despropósito.

—No tengo opciones, Silvia.

—Vámonos de este pueblo. Yo puedo trabajar en lo mío y vos podrás conseguir un traslado a otra parte y, si no, podés renunciar y buscar otro empleo.

—A donde vaya llevaré la culpa.

—No sos culpable de nada —insistía desesperada.

—No puedo, creeme, no puedo.

—¡No, nooo! —estalló angustiosamente Silvia, mientras un torrente de lágrimas le inundaba la cara.

La puerta de calle se abrió y María entró como una tromba para auxiliar a su amiga.

—¿Qué te han hecho, chiquita? —dijo mientras trataba de consolarla. Hasta que sus ojos se enfocaron en Miguel—. Has lastimado al ser más puro y limpio del mundo; ella es un ángel, un ser de luz. No tenés perdón, Miguel.

—Resultaste un hijo de puta, andate antes que te rompa algo en la cabeza —atinó a decir Silvia mientras, furiosa, se dirigía hacia él.

Miguel la vio acercarse descontrolada y temió por su integridad. Lo mejor era retirarse, y así lo hizo.

María volvió a ocuparse de Silvia. Arrimó un lavatorio y tiernamente le mojó la cara limpiándole las lágrimas, que no paraban de salir. Apenas si podía escuchar su balbuceo.

—Lo único que hice fue amarlo. ¿Por qué, Dios…, por qué?

—¿Qué te hizo?, ¿qué te dijo?

—Se casará con otra —dijo y nuevamente el llanto le conmocionó el cuerpo, y apoyó su cabeza en el pecho generoso de su amiga, hasta que su malestar se fue esparciendo.

Al rato apareció su padre, que se asustó cuando vio a su hija en ese estado.

—¿Qué pasa, mi florcita? ¿Qué ocurrió? —le preguntaba mientras la acariciaba.

—El infeliz del novio —alcanzó a decir María.

Para Rosendo Ortiz su hija significaba todo, absolutamente todo, la reverenciaba como si fuese un ser divino. La bronca fue transformándole el rostro.

“Con ella no”, se dijo a sí mismo. Se dirigió a la pieza, alzó el puñal, se lo acomodó en la cintura, y salió. Sabía adónde ir, a quién buscar.

En medio del dolor, Silvia reaccionó.

—Rápido, María, debemos ir por papá. Si se armó con el puñal, significa que va tras Miguel.

—Sinceramente, amiga, yo dejaría que ese animal reciba lo que se merece.

—No quiero que Miguel muera, María, eso no. Y menos que mi padre se desgracie.

***

Miguel caminaba como un zombi, totalmente desorientado, sin rumbo, dolorido. Había cometido un acto desdeñable, pero tenía que hacerlo por su moral, su prestigio, sus convicciones.

Sus pasos, sin atender razón alguna, lo habían llevado a la casa de Emiliano Correa. Golpeó las palmas y el dueño de casa salió, seguido por su esposa Ada y Rogelio. Lo invitaron a pasar, como se acostumbra con los amigos de la casa. La más perspicaz de la familia preguntó preocupada:

—¿Qué pasa, Miguel? Tiene una cara…

—La peor, señora. Acabo de cortar con Silvia.

Se produjo un silencio. La noticia era inesperada y no deseada. Rogelio vio tan triste a su director que tuvo la intención de acercarse para consolarlo, pero lo impidió una voz profunda, salida de una garganta áspera, recia. Rosendo Ortiz apareció de la nada.

—A usted lo estaba buscando, mocito —dijo encarando a Miguel—. No puede pisotear la flor más pura y salir ileso de eso. Prometí a su madre que cuidaría de mi hija y la protegería con mi vida. Usted le faltó y vengo a cobrarme.

Rogelio descubrió el facón en la mano del hombre y vio cómo avanzaba hacia Miguel. Supo que el desenlace sería inexorable.

—Detenete, papá, por favor. —Silvia hablaba con voz agitada y temblorosa mientras corría

desesperada hacia su padre. Cuando lo tuvo de frente, tomó la mano armada de él para frenarlo —. No podés ni debés matar a Miguel. No vale la pena, papá.

—Debo hacerlo, hija, de vos no se burla nadie.

—Si lo hacés, vas a la cárcel y me dejás solita. Solo te tengo a vos. —El cuerpo de Rosendo comenzó a aflojarse y su mano soltó el cuchillo. Su hija pudo domar su furia. Buscó la mirada de Miguel y dijo—: A quien tanto heriste hoy acaba de salvarte la vida.

María levantó el puñal del suelo, y se retiraron de la casa.

Rogelio, tan cerca del drama, vio el miedo dibujado en el rostro de Miguel y no le había gustado para nada la mirada sacada de Rosendo. También observó la tristeza de Silvia, y su pequeño corazón infantil la amó.

Miguel había tenido que enfrentar situaciones estresantes esos días y aún debía resolver algunos temas, entre ellos, su posición ante el Consejo de Educación. Lo tenían acorralado: o renunciaba al cargo de director de colegio primario o solicitaba el traslado a otro lugar, que posiblemente fuera Catamarca. O, en el peor de los casos, lo exonerarían y perdería todos los años trabajados.

El panorama era complejo. Sin embargo, la prioridad era salvar su buen nombre; el abuso a una menor era, sin dudas, una acusación horrenda.

Cuando fue citado por el juez en calidad de “testigo”, su señoría le aconsejó arreglar la situación con la familia Giusti. Si llegaba a un acuerdo, no se levantaría cargo alguno. Además, podría lograr el traslado a Catamarca con el mismo puesto de director.

Evidentemente, la trampa estaba tendida.

Enfrentó a Víctor Giusti y le pidió la mano de su hija. Cuando se lo comunicaron, la joven aceptó de inmediato y sorprendió a Miguel con un efusivo beso. Se apropió rápidamente de la palabra *novio* y lo tomó del brazo para no soltarlo más. Se quedaron hasta tarde planificando la boda, que se haría en Catamarca. Dentro de una semana, viajarían hacia allí.

***

La semana pasó vertiginosamente. El día y hora de la partida era ya un presente inapelable.

En la estación ferroviaria, como siempre, estaban Zenón y la señora Irene Carrasco, con su espera infinitamente frustrante. La familia Giusti y Miguel aguardaban que el tren arribara. También estaba Rogelio, que miraba a Miguel de manera permanente, sin saber si debía hablarle o no.

Desde una de las oficinas, a resguardo, Silvia lo observaba todo. Había ido para ver por última vez al amor de su vida y dar el primer paso para olvidarlo. Lo notó vacilar, inquieto, dubitativo, buscando algo con la mirada. Lo vio dirigirse a Rogelio para abrazarlo y salir apresurado hacia el tren, que ya había iniciado la marcha. Cuando lo alcanzó, saltó al estribo y desde allí se quedó mirando. ¿A quién buscaba?

Cuando el tren hubo desaparecido de vista, Silvia salió de su lugar y fue hacia donde estaba Rogelio, lo tomó de la mano y empezaron a caminar.

—¿Me acompañás a la placita? Podemos sentarnos un rato en un banco.

Así lo hicieron. Se sentaron muy juntos. El niño quedó atrapado por el aroma de Silvia. Él sabía: una mezcla de lavanda con perfume de la rosa Francia. En verdad, olía a primavera.

—¿Te molesta sentarte al lado mío?

—Todo lo contrario —respondió formalmente Rogelio.

—Estoy muy triste, Rogelio. En poco tiempo, conocí el amor y, en poco tiempo, lo perdí. Nunca pensé que doliera tanto el amor y que lastimara tanto la ausencia.

Las lágrimas intentaban desbordarla, y Rogelio solo la miraba y escuchaba impotente.

—Lamento no ser mayor para ayudarte —expresó el niño.

—Me estás ayudando mucho, chiquito —le respondió Silvia agradecida y sin saber que estaban preparando el camino que juntos recorrerían unos años más tarde.

—Hoy no sé qué haré con lo que me enseñó, con las ideas revolucionarias que aprendí de él.

Entonces ya no pudo contener el llanto. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y sus labios sin contención alguna. Fue inclinando la cabeza en el delgado pecho de Rogelio mientras murmuraba:

—Amigo, mi pequeño amigo…

Y por fin Rogelio supo qué hacer con sus manos. Acarició suavemente la cara mojada de Silvia.

Dale la oportunidad a un novel

Conocé más sobre esta obra en
www.tintalibre.com.ar
o escaneando el código.

RESEÑAS
FRAGMENTOS
EXTRAS BIOGRAFÍA
SINOPSIS
COMENTARIOS
EBOOK DISPONIBLE

Este libro se terminó de imprimir
en abril de 2024
Córdoba - Argentina

www.tintalibre.com.ar
info@tintalibre.com.ar
+54 351 3581899

(tinta libre) ediciones